

ADALBERTO CHAPUSEAUX.

EN CONSEJO DE GOBIERNO.

(COMEDIA POLITICA).

TOMO II.



SANTO DOMINGO, R. D.
IMPRESA MONTALVO.
1928.

11354-20

V.2

D.28

BRUNNEN
POLY
R.0862.42
C4682
V.2



OCT. 1 1974

CUARTA PARTE.

Escena Quincuagésima Tercera.

Don Horacio.—Chuchú; lo que me dijiste está sucediendo. Están las protestas al granel contra Luisito. Los principales Nacionalistas se niegan á cooperar con él y le niegan su asentimiento á todo cuanto sea benefactor para el gobierno. Pero nosotros tenemos que ayudarlo á vivir y prepararlo para la campaña venidera. Este es un muchacho muy vivo y nos puede dar un resultado favorable. Ahora, en cuanto á la campaña que le tienen no tenemos nosotros que tomar parte activa. El sabe defenderse de sus compañeros que lo atacan, y de los enemigos en cubiertos que pudiera tener. En las cuestiones políticas no se puede ser redentor. Hay que tomar las cosas tal como vienen, y tal como ellas son. Si para triunfar se necesita el apoyo de nuestros enemigos, ofrezcámosles hasta lo que no se haya inventado si es posible para saciar sus apetitos. Estoy convencido ya de que la honorabilidad de los hombres se ha perdido. Tan solo hay desmedida ambición y grosera terquedad en los que ayer se llamaban mis amigos.

Chuchú.—Los hombres de esta tierra, Don Horacio, son aquellos que han sabido engrandecerse con los despojos de la patria y con los despojos de los infelices trabajadores. Ahí los tiene frente á su Gabinete estorbando la marcha reguladora de las cosas. Pero dejemos esto para los Histo-

rindores y sigamos nuestro camino hasta llegar al término de nuestro deseo momentáneo.

Don Horacio.—Hablemos de otra cosa. Qué hubo por fin con Luis el de Puerto Plata?

Chuchú.—¡Ah!..... Y Fello no le ha dicho nada de este asunto?.....

Don Horacio.—No, hasta ahora no lo he visto, parece que está atareado con el asunto de Luisito.

Chuchú.—Entonces llámelo por teléfono.

Don Horacio.—No, no hay apuro, yo creí que tú lo habías visto. Déjalo para cuando él venga.

Chuchú.—Y según Elías no habrá entendido alguno?.....

Don Horacio.—Por lo que he oído es imposible. El quiere que casi todos sus amigos entren en el presupuesto. Yo entiendo que a base de esto no se puede hacer nada. También me dijo que sin este requisito no podía aceptar nada particularmente. De modo que en virtud de estas declaraciones ya no hay mas proposiciones que hacer. En cuanto a Desiderio supe por Ramón que está lejos del engranaje gubernamental. Lo menos que dijo fué que yo era un traidor de mis amigos. Parece que no le gustó lo que Ramón le dijo, respecto a que él, Federico, Elías y Mario Fermín eran unos revolucionarios inconsistentes. En verdad la denuncia la hizo Moisés hace algunos días. Pero después de todo esto no tendría nada de particular porque yo soy de los que creen que llegarán hasta ahí aunque la República se pierda. La incomparable ambición los puede poner completamente desnaturalizados, que piensan hasta el control de sus apetitos. La nube negra de sus aspiraciones no los deja mirar bien claro el porvenir de la patria adolorida.

Chuchú.—En sus pecados llevarán sus penitencias. Cada cual que cargue con su parte de responsabilidad si la tiene. Nosotros no tenemos nada que esperar de los que ayer eran nuestros propios enemigos. Si ellos desean hacer la

revolución que la hagan cuanto antes. Su triunfo estará muy lejos. Ya no son los tiempos aquellos en que por quitarme esta paja se levantaba Desiderio con sus compañeros de armas en la Línea Noreste y mantenía una constante lucha revolucionaria sin fundamento alguno. Ahí están los Norte Americanos acechando permanentemente a los que quieran perturbar el orden público. No es necesario que los llamemos. Ellos están obligados por el Plan de Liberación á sostener la paz del país en todo momento. Así es que durmamos tranquilos por este lado.

Don Horacio.—¡Ah! como eso si es verdad, el Presidente de los Estados Unidos se comprometió personalmente conmigo a no dejar que el gobierno Dominicano sea molestado con revoluciones intestinas. De modo que todo aquel que pretenda levantarse para desbaratar el derecho y la libertad de este pueblo será castigado soberanamente por la justicia de los hombres, y por la fuerza conque está respaldada esa misma justicia. Terminemos por hoy.

Días posteriores.

Don Horacio.—Chuchú, hace rato que en mi gobierno se están sucediendo unas cosas muy bochornosas para el país. Primero un robo de veinticinco mil pesos en Samaná. Después tres alambiques ocultos en el Cibao y mas luego cincuenta mil pesos que también se han robado en San Francisco de Macorís; esto de ningún modo le conviene á mi gobierno. Como ya te he dicho los Norte Americanos nos están vijilando muy de cerca y de momento nos van a llamar la atención sobre todos estos descalabros. Es verdad que yo estoy en muy buenas relaciones con el Presidente de los Estados Unidos de América. Pero esto no obsta para que ellos se salgan de esta buena amistad y quieran comprometer la dignidad de mi persona y la dignidad de la República. Tu sabes mas que yo, lo difícil que es desprenderse de esta gente. Con esto te quiero decir desde luego que quiero te ligan a Martín Fello, para corregir o evitar todos estos

brotos enfermos, y cortar con tu bisturi político la parte gangrenosa. Ya esto es imposible soportarlo. En el Correo, en Rentas Internas, en Obras Públicas y nuevamente en el Correo hay filtraciones que no se pueden tapar con mentiras convencionales, como hemos hecho hasta la fecha. Espero no desmayarás en esto.

Chuchú.—Estos descabros gubernamentales se suceden a diario en los mismos Estados Unidos de América. No se preocupe por cosas que la naturaleza impone. No hay gobierno del mundo que no tenga filtraciones incontables. En Francia, Inglaterra, Alemania y los demás países del globo contando entre ellos á la misma Rusia que es el gobierno mas ideal que tenemos en el mundo, aparecen esas grandes filtraciones que mas luego se tapan con la justicia incorrecta de los hombres. Pero á pesar de todo esto que yo le digo, haré desde luego lo mas posible por que todo sea corregido en el término de la distancia. Como Ud. muy bien dice me entrevistaré con los amigos Fello y Martín, combinándonos desde ese mismo instante para cortar si necesario fuese el miembro enfermo de ese cuerpo de la República á que Ud. se refiere. Mi bisturi está en todo momento á sus órdenes. Cada vez que Ud. crea que hay que cortar por lo sano con su aviso solamente basta.

Don Horacio.—Sí, yo sé todo lo que tu me dices. Pero tú comprenderás que aunque en esos países se suceden todas estas cosas son corregidas a tiempo para que no sigan sucediéndose. Por esto es por lo que te digo que corrigiendo a tiempo quedará subsanando el error. Demos por terminado este asunto y vamos á entrar en otro. Que te dijo Elias de la proposición que le hiciste respecto á la representación en París?.....

Chuchú.—El me dijo que no podía aceptar ese nombramiento por el momento, porque él tiene muchos compromisos políticos en la actualidad que no podría de ningún modo dejar atrás. Yo creo que él se ha comprometido con

Federico para la oposición. Ahora sería bueno que Ud. lo viera personalmente a ver si así queda convencido. Aunque sus intenciones políticas están completamente lejos del engranaje gubernamental talvez si con su entrevista él pueda entrar en algo que le convenga. El me dijo que no le tenía confianza al gobierno porque lo habían engañado dos veces con respecto a los convenios verbales que se hicieron en días pasados. Pero yo le dije que todo eso lo hizo el gobierno por el inconveniente que teníamos por delante, respecto á las exigencias de Federico. Que ahora sería otra cosa.

Don Horacio.—Entonces yo voy á invitarlo al Bonno para la conclusión definitiva. Si con esto no se consigue nada, abandonarlo es lo mejor. Como ya él se fué según tu me dijiste anteriormente, ponle un parte á La Vega diciéndole que yo deseo hablar con él urgentemente.

Chuchó.—Ahora mismo. Elias. La Vega. Desca Horacio entrevista Bonno. Contesta. Elias; después de recibir el parte. Voy Bonno mañana temprano.

Escena Quincuagésima Cuarta.

Al otro día.

Chuchó.—Ud. ve Don Horacio, su silencio me indica que no se consiguió nada. Elias tiene su entendido secreto con Federico y está engañando con su filosofía al gobierno. Lo mejor es dejar todos estos avechuchos políticos a un lado y seguir nuestro camino.

Don Horacio.—Este, como Desiderio, es hombre de a última hora. No es posible conseguir nada de ellos. Por más que quise convencerlo de la responsabilidad y del compromiso que él personalmente tiene contraído con los Norte Americanos respecto al Plan de Liberación, escondió su responsabilidad y la dejó entre líneas después de una larga conversación amistosa. Así es que dediquemos nuestro trabajo á otras cosas de mayor cuantía. La Justicia, según parece es

tá con nosotros. Ya Jacinto fué derrotado judicialmente, y ahora dizque Federico trata de introducir el mismo mamotreto en distinta forma. Pero se convencerá que en el trúcameló no llegará hasta el cielo porque se le va á olvidar decir villano. En este juego hay que tener memoria para no perder la jugada después de ganarla. Al que se le olvida decir villano tiene que tirar su chato de nuevo y que caiga en el cielo para poder ganar.

Chuchá.—(Riéndose) que Don Horacio, ya se ha puesto hasta chistoso. Nadie se hubiera recordado ni se le hubiera ocurrido este recordandum. Pero en realidad parece como que es el trúcameló que se está jugando.

Doña Trina.—(Con un vaso en la mano) Horacio, tómate esta leche.

Chuchá.—Doña Trina, ya su esposo se acuerda hasta de cuando jugaba al trúcameló cuando muchacho.

Doña Trina.—¡Ah! y de eso es de lo que tú te ríes?.....

Chuchá.—Sí, me río porque en este momento también lo está jugando.

Doña Trina.—Como así?.....

Chuchá.—Muy sencillamente. Jacinto creyó que haciéndole modalidades á la ley electoral la Justicia daría un informe favorable, y visto que no fué así que fué todo lo contrario á lo que él se imaginaba, se presentó Federico y le dijo, bien, pues ahora voy yo. He aquí por que dice Don Horacio que es un juego de trúcameló.

Doña Trina.—Sí, yo le he dicho que no se preocupe por nada que vea. Que baile, que beba, que se enamore y hasta que dedique un rato para el juego si así á él le conviene, porque ya sus años le ponen un velo á su porvenir. En cuánto á mí, aunque tengo un corrazón tan joven como el tuyo no hay que hablar. Me gusta la poesía, la música y el arte en general. Soy amante del teatro en sumo grado. Cada hora que pasa para mí envuelta entre aureolas de ensueños y esperanzas, pareceme que miro en el conjunto de mis idea-

lidades la posible recopilación de los buenos sentimientos de los hombres para corregir con sabia inteligencia los errores de estos mismos hombres.

Don Horacio.—(Riéndose) Chuchú, es verdad que ella ha convenido en todo esto, pero con la condición de que yo no me divorcie.

Doña Trina.—¡Ah! pero mire que cosa; esto está demás decirlo. No debe haber más que una estrella en el cielo de tu alma, sin que una nube negra empañe su luz. Todo esto que te digo es hipotético... Los vicios no se pueden cojer en sus extremos, porque todos á la postre redundarían en perjuicio de la salud.

Chuchú.—Yo entiendo lo que dice Doña Trina. Hay que conformarse con las determinaciones de la naturaleza. Pertenecer a ella como pertenece cuanto en ella se encuentra. Hacer todo lo que humanamente se pueda dentro de un orden más ó menos aceptable.

Doña Trina.—Eso es, sin romper la unidad de los buenos corazones!..... Cada cuál que piense con su cerebro y sienta las palpitations de la política contemporánea con un juicio sereno y lleno del mejor sentimiento para con la patria. Ahora, cuando llegue á esta República el amor libre (que supongo yo no lo veré) entonces todo cambiará y dejará de ser lo que es. Bueno, hasta de lata tengo que hacer; hasta luego.

Chuchú.—Hasta luego Doña Trina.

Don Horacio.—Vamos á consultar con Pancho á ver qué opina respecto á la prolongación del período presidencial.

Chuchú.—Bueno, llámelo por Teléfono.

Don Horacio.—Antonio, dile por Teléfono á Pancho que venga á ésta con urgencia.

Antonio.—(Tomando el aparato) Trin.....trin.....trin.....

La Telefonista.—Haló.....

Antonio.—Comuníqueme con la oficina de Don Pancho el de la cucaracha.

La Telefonista.—(Riéndose) ya está comunicado.

Don Pancho.—Qué hay?.....

Antonio.—Don Horacio desea verlo en este mismo momento, qué le digo?.....

Pancho.—Bueno, pues dígale que voy dentro de un rato.

Antonio.—(Dirigiéndose á Don Horacio) dice Pancho que viene dentro de un rato.

Don Horacio.—Está bien.

Pancho.—Se dirige á la casa Presidencial. Sube, saluda y á la vez pregunta por Don Horacio.

Antonio.—Déjeme avisarle que Ud. está aquí.

Don Horacio.—(Que viene detrás de Antonio) como estás, Pancho?.....

Pancho.—Qué hay freccito?...

Don Horacio.—Te mandé á buscar para consultarte un asunto que talvez si á tí te interesa. Se trata de la prolongación de la Presidencia hasta seis años según la Constitución de mil novecientos ocho, y la supresión de la vice Presidencia. Qué opinas tú de eso?.....

Pancho.—Como Ud. sabe todo tiene que hacerse en conformidad con el Plan de Liberación y esto vendría desde luego á estorbar el buen funcionamiento de este instrumento que solo los Nacionalistas han podido combatir y estuvieron combatiendo en todo momento. De modo pues que si se aparta de esta línea va a caer en destruir con los pies lo que hizo con las manos. No hay razón posible ni derecho alguno que envuelva una lógica determinante, para probar que se pueda olvidar la Constitución de 1924, la que fué y ha sido adoptada hasta la fecha. Esta es la opinión sincera de un buen amigo que no quiere verlo caer en el ridículo más grande que ojos hayan visto. No se lleve de algunos abogados de alca que andan por ahí procurando que Ud. le dé entrada en su gobierno para renacer nueva política que daría al traste con la regular administración que más ó menos lleva Ud. á cabo. Deje a cada cual que opine de la peor manera en este asunto y se convencerá sin que para nada

oculte su deseo. Mi humilde opinión no conlleva interés alguno que no sea la felicidad de la República y el bienestar social. Medite, medite bien este asunto y Ud. se convencerá de esta verdad irrecusable. No tengo más que decirle, freccito. Si Ud. se acoge a mi decisión doy las gracias anticipadas y cuente con mi opinión en todo lo que se relacione con la marcha regular del tren gubernativo. Hasta luego.

Don Horacio.—Hasta luego Pancho, gracias por tu advertencia.

Pancho.—de nada, á sus órdenes. (Bajando las escaleras se sube en su auto y marcha de nuevo á su oficina).

Chuchú.—Pero esa no es la opinión de los demás abogados. Cada maestrico tiene su librito. En este caso lo mejor es dejarle este asunto al Senado. Gustavo opina que sí se puede prolongar. Moisés y otros también opinan lo mismo. De modo que en este caso las opiniones están divididas.

Don Horacio.—Sí, pero las opiniones de los mejores abogados son las que deben prevalecer.

Chuchú.—Esto es, son las que deben prevalecer pero que en ningún país prevalecen. En Francia, en Alemania é Inglaterra y en todos los países civilizados las conveniencias son las que tienen una mayoría abrumadora. Cada país desde luego está regido por una Constitución regular encauzando las demás leyes adjetivas. Los hombres entonces invocan el derecho escrito por los mismos hombres y desvirtúan el fundamento de la Constitución y las leyes. Aquí tiene un caso para su convencimiento: Dice la Constitución de los Estados Unidos del Norte, que jamás se podrá extender el poder americano hasta territorios extranjeros. Sin embargo, el poder o sea el Estado corrompido de los norteamericanos ocupa sin justificación alguna, parte de Cuba, Santo Domingo y Haití. El pueblo cubano protesta, como protestan los demás sin resultado alguno. Con esto le quiero decir, Don Horacio, que no hay leyes verdaderas, sólo hay creencias de algunos tontos que no saben manejar esas mis-

mas leyes. Aunque Pancho haya dado su opinión, sabe que esto es una verdad. Ahora, con esto no le quiero decir que abandone la opinión de él.

Don Horacio.—Bueno, hablando de otra cosa, qué trajo el tan esperado Ministro Americano? Este, para mí, no ha traído nada. Los de Federico, dizque, son los que dicen que él está muy satisfecho y les ha ofrecido que todo se arreglará satisfactoriamente. Hay quien crea de sus partidarios, que vuelven a sus puestos respectivos dentro de un mes a mas tardar. Pero yo creo que eso no es más que un tente allá. Se dice también muy por lo bajo, que están preparando una revolución formidable. Que Ellas, Desiderio y otros están en la combinación. Esto no le convendría al país; pero a nosotros no nos haría ningún daño. Todos los dominicanos saben que este Gobierno cuenta con el apoyo de los Estados Unidos de Norte-América en cualquier lugar y en cualquier momento. En estos días dizque se preparan para una protesta cívica. No le haga caso a eso. Déjalos que sigan protestando hasta que se cansen como se cansaron los Nacionalistas. Empero, no dejes de dar órdenes severas en caso de undesorden a mano armada. Hay que prever siempre lo malo para poder caer en lo mejor.

Chuchú.—Sí, todo será previsto, vamos a comer, ya es tarde. (Aquí se despiden).

Escena Quincuagésima Quinta.

Días posteriores.

Don Horacio.—Chuchú, hay que arreglar de algún modo este sistema administrativo. Federico sigue atacando con mucho empeño a Julio. Hay que reponer la suma esa de que tanto se ha hablado, para que entremos en otros asuntos de mayor importancia. Tenemos que quitarnos de arriba todos los inconvenientes para poder conseguir que las cosas se arreglen satisfactoriamente. Hay que hacer el Em-

préstito a la mayor brevedad posible para cancelar todas las deudas que tenemos pendientes y aumentar la Policía para la defensa natural del Estado. Las necesidades se van haciendo todos los días más grandes, a medida que transcurre el tiempo. Pensemos bien todas estas cuestiones y resumamos los compromisos políticos lo mas posible.

Chuchú.—Todas estas cosas se pueden arreglar fácilmente. Tomaremos de cada empleado, proporcionalmente una suma de su sueldo y con la producción total dejaremos complacido a Federico. Como la cuestión se reduce a una suma insignificante..... no hay motivo alguno que lo ponga en duda. Ahora en cuanto al Empréstito no hay que hablar. Esto casi es un hecho. Todos los diputados con raras excepciones están de acuerdo en que se necesita dinero para gobernar. Hay muchas cosas que no podrán resolverse si no proporcionamos el Empréstito. Hay otras cosas antes que éstas, que es muy urgente prepararlas. Fello y Luis según he podido observar están en contra del Empréstito. Es posible que Ud. tenga que llamarles la atención sobre este otro asunto. Si le conviene, le diremos por escrito que Ud. tiene necesidad de que se le pida la renuncia a Luisito en caso de que esté en contra del Empréstito y en contra de lo que su Gobierno determine. Yo entiendo que el que está en contra del Empréstito está en contra del buen funcionar de las instituciones y las leyes. Tan pronto como ellos renuncien, propóngale a Ellas la Secretaría de Justicia é Instrucción Pública. Como Ud. ha tenido oportunidad para un buen entendido, él no dejará de recordar y modificar sus ideas en algunas cosas. Hoy mismo tiene Ud. que resolver este problema.

Don Horacio.—Antonio, hágale un oficio a Fello, diciéndole que le pida la renuncia a Luisito, pues he sabido que él sigue con el nacionalismo atacando la administración de la que él forma parte. Yo entiendo que el que no está conmigo está en contra mía.

Antonio.—Pero es que Fello también está contra el Empréstito.

Don Horacio.—Sí, pero como yo entiendo que para un buen entendedor con una sola palabra basta..... no hay que hablar de esto.

Fello.—(Después de haber recibido el oficio aludido contesta por teléfono). Mi contestación lacónica es esta: pienso lo mismo que Luisito en este momento, y esto conlleva por consiguiente mi renuncia.

Chuchú.—Yo no se lo decía..... que estos muchachos no quieren nada que venga en su favor?... Cada uno de ellos quiere ser una potencia intelectual en el orden político y moral, y caer en el más ridículo impedimento sin resultado alguno. Entiéndase ahora con Elías que es uno de los factores del Plan de Liberación. Según él me dijo, está en buen sentido con Ud. y le ayudará bastante para conseguir la mayoría de sus amigos en el Congreso. También puede acercarlo más a Desiderio que es un Caimán de siete bocas.

Don Horacio.—Pero no crees que antes debias verlo tú para tener seguridad del ejército...

Chuchú.—Bueno, entonces yo lo veré ahora mismo. (Saliendo de la Mansión se monta en su auto hasta su casa. Allí se desmonta, entra, toma la pluma y escribe):
Elías.—Tengo interés de verte ahora mismo en casa. No dejes de venir pues es asunto que puede convenirte. Tuyo,
Chuchú. Entregándole la tarjeta al Chofer le dice: toma, llévale esto a Don Elías y espera la contestación. Sale el auto inmediatamente y a los pocos minutos llega a la casa de éste. Se desmonta. Toca.

Una Señora.—(Abre la puerta). Qué se le ofrece?...

El Chofer.—Don Elías no está en casa?

La Señora.— Espere un momento. (Se dirige a Elías y le dice: ahí te buscan.

Elías.—(Acercándose a la puerta) qué hay?...

El Choker.—Don Elías, tengo esta recomendación para Ud. (Entregándole la tarjeta).

Elías.—(Rompiendo el sobre) lee y dice: bueno, dile que irá dentro de un rato. Que me espere.

El Choker.—Adiós.

Elías.—Adiós.

Después de algunos minutos, Elías toma su auto y se dirige a la casa de Chuchú.—Llega, se desmonta, saluda y entra.

Chuchú.—Elías, te mandé a buscar para ver si tú quieres cooperar con el Gobierno—Don Horacio tiene interés en que tú lo ayudes, pero desde luego no quiso llamarte la atención personalmente porque ha creído más prudente tocarte antes por medio de mi intervención a ver cómo tú piensas nuevamente. Yo entiendo que a tí te convendría aceptar la cartera de Justicia e Instrucción Pública por el momento. Eso no es un compromiso definitivo que te obligue a permanecer estacionado en perjuicio de tus mismos intereses. Piensa bien y tú verás claro lo que yo te digo. Don Horacio tiene también por delante un asunto serio que resolver y cuenta con tus amigos dentro del Congreso. Sabido está ya que el Empréstito tiene mayoría, pero como todo tiene sus inconvenientes... cooperando tú, será más seguro.

Elías.—Pero... qué papel voy yo a representar en esta comedia?...

Chuchú.—(Rascándose la cabeza), por esto no te apures, que tú y yo estamos en consonancia. Tú sabes como sé yo que cuando se está dentro del engranaje algo se consigue. Yo te prometo hacer todo lo que esté a mi alcance en favor de tus aspiraciones. Esperimenta por algunos meses a ver cómo te sale el asunto. La política actual es de cooperación. Cooperando se sale bien o se sale mal. Hace dos años que vengo bregando con Federico y sin embargo hay que seguir luchando. De modo pues, que tu buena acojida será la pauta para salir airoso en todo propósito que tenga el Gobierno.



Elías.—Pero, es que no veo la posibilidad de un buen entendido.

Chuchú.—No te preocupes por eso que los entendidos se hacen y se deshacen.

Elías.—Pero cómo se sostendría este Gobierno sin respetar los compromisos verbales que hace?..

Chuchú.—Tú sabes Elías que la política de hoy no tiene verbo, todos son adjetivos y más adjetivos. Comprender esta política es un poco difícil, pero para tí que eres un político de altos vuelos es pecata minuta.

Elías.—Pero, en definitiva, no me has dicho el papel que voy a representar en esta comedia.

Chuchú.—(Rascándose la cabeza otra vez). bueno, pues tu papel es de cooperador en el ramo judicial hasta que otra cosa se determine. Tú sabes que Fello no quiso apoyar el Empréstito, pero no ha dejado de aceptar como cooperador otro destino en el tren gubernamental. De modo que a este Gobierno podemos llamarle el Gobierno de la Cooperación. Tú puedes entrar a formar parte y si no te conviene seguir cooperando te apartas voluntariamente. El asunto está en saber sostener el puesto con inteligencia. Yo sé que tú eres un buen nadador. Como marino hay pocos que te ganen. Tú has pertenecido en distintas ocasiones a la nave que actualmente estoy yo dirigiendo. Como ya te he dicho en distintas veces, tú y yo podemos entendernos fácilmente, no temas.

Elías.—No, a tí no tengo por qué temerte, a quien le temo es a Horacio.

Chuchú.—No, pues no le temas. Don Horacio es hombre fácil. Experimenta y te darás cuenta de todo cuanto te digo.

Elías.—Bueno, entonces vamos a verlo.

Chuchú.—Vamos en tu auto. (Tomando el auto se dirigen a la Casa Gris, suben, saludan y entran al departamento Presidencial).

Elías.—Qué hay Don Horacio?..

Don Horacio.—Qué hay Elías?...

Chuchú.—Aquí está el hombre de que tanto hemos hablado en distintas ocasiones. Vamos a ver ahora si llegan a un acuerdo.

Don Horacio.—Elías sabe que yo soy un BUEN GOBERNANTE, que no tengo odios ni rencores, que vivo solamente buscando la cooperación de los buenos amigos de la República para envolver en la bandera de las instituciones á todos aquellos que de buena fé me ayuden á salir triunfante en mi propósito. Sostengo como he dicho siempre que no tengo compromiso con nadie. Que al margen de una buena administración acentuaré el decoro y el prestigio de la sociedad. Aunque algunos necios se empeñan en arrancarle parte al edificio levantado á la sombra de la más sabia inteligencia, yo prosigo imperterrito el camino de la edificación soportando el peso de la responsabilidad que sobre mis hombros descansa. Tu sabes Elías, que soy honrado. No puedo decirte más que la verdad.

Elías.—Bueno, Don Horacio, y qué papel representaría yo en su gobierno?.

Don Horacio.—(Pasándose la mano por la cabeza) yo tengo el propósito de nombrarte Secretario de Justicia e Instrucción Pública. En este departamento tú puedes prestar grandes servicios que yo aceptaré gustoso. Como yo supongo desde luego que tu cooperación será honrada no me opondré a nada que esté dentro de un orden perfecto. Es decir, que seré un fiel cumplidor de las disposiciones de ese Despacho. Ten presente que tengo en perspectiva un empréstito para regularizar la Justicia y el tren escolar. Ten confianza en todo cuanto te digo.

Elías.—Bueno, entonces cuente con mi buena cooperación siempre que su palabra sea sostenida en todo momento. Hasta luego.

Don Horacio.—Hasta luego Elías.

Salé.—Baja la escalera, entra en su auto y se dirige a su casa.)

Chuchú.—Ya esta presa está en nuestras manos. Hay que ofrecerlo todo Don Horacio. Esta gente cree que la República es de ellos. Hay que perder el control y hacer cuanto se pueda. Así como entró Elías, así van entrando todos uno a uno. Por medio de Elías podemos conseguir a Desiderio y a los demás que están un poco retráidos. Todos los hombres tienen su valor. Unos se consiguen por hambre. Otros se consiguen por vanidad y otros se consiguen por ambición desmedida al dólar. De modo que hay que seguir esta política de valores. No se arrepienta de nada.

Don Horacio.—Ahora vamos a trabajar por la constitución de mil novecientos ocho. Este es un trabajo un poco más difícil, pero con previsión y con tu inteligencia podemos organizar una campaña seria en el Congreso. Es verdad que la Constitución de mil novecientos ocho no indica el modo de aumentar los diputados ni de modificar el número que actualmente está señalado en la Constitución de mil novecientos veinticuatro; pero, como todo en el mundo se puede corregir.....yo deseo que en esta legislatura discutas el punto. Ya Gustavo está con todo esto. El número de diputados no altera en nada la cuestión. Lo que se busca es la desaparición completa de Federico del tren gubernamental. Haciendo una buena labor podemos llegar a la conquista de una buena propaganda en favor de la Constitución de mil novecientos ocho. Si logramos un éxito completo en las Cámaras legislativas, tendremos no solo la prolongación del gobierno sino también el porvenir asegurado. Así es que te suplico no desmayes en este asunto.

Chuchú.—Aunque el asunto es un poco difícil, cuente con mi voto y con mi humilde pensamiento para hacer todo cuanto esté a mi alcance.

Don Horacio.—Bueno, hay otra cosa que tal vez tu desconoces. El Ministro Americano dice que tiene órdenes de

su gobierno para comunicar a este la no aceptación de la prolongación. El empréstito lo acuerdan con un control financiero. Yo supongo desde luego que este trabajo es de Federico. «El Mundo» de la Habana publica las declaraciones de él y sostiene categóricamente el desbarajuste de la Hacienda.

Chuchú.—Despreocúpese de eso. Como ya le he dicho todas esas cosas están dentro del movimiento político interior del país. Aunque Federico se empeñe en que el empréstito no pase, la mayoría lo resolverá todo. En cuanto a la Hacienda, procure que Julio se dé un paseito por los Estados Unidos de Norte América por dos o tres meses hasta que se pueda pasar el empréstito que será lo que nos vendrá a ayudar a cubrir todas estas faltas. Ya está en segunda lectura en el Senado. Tan pronto se comunique a los Estados Unidos de Norte América tendremos con seguridad el derecho de jirar a la vista.

Don Horacio.—Conforme.

Chuchú.—Ud. vió el artículo de Don Américo....?

Don Horacio.—No, qué dice?..

Chuchú.—Pues dice lo que Ud. no debía soportar. Hace la historia de su vida política hasta decirle traidor. Esto desde luego va al extranjero y le hará mucho daño personalmente. Sería bueno que Ud. sometiera este asunto a la Justicia para que ella resuelva en consecuencia.

Don Horacio.—Así lo haré. (Dirigiéndose a Antonio) haz la querrela para firmarla. Yo no sé lo que quiere esta gente que escribe. Parece ser que no quieren respetar el orden gubernamental, y yo tendré que obedecer en último caso al mandato de la fuerza.

Chuchú.—Tenga paciencia. Así como se cansaron los Nacionalistas se cansará también Don Américo. El tiempo lo determina todo. Ahora esperemos a ver qué hace la Justicia respecto a este desahogo político. Si no se consigue el castigo, buscaremos el modo de callar un poco la prensa.

Ahora cuando tengamos el empréstito en las manos será más fácil la cuestión. Aunque yo creo que este último artículo de Américo es la última plumada política de él.

Don Horacio.—Todo puede ser, pero a mi me parece que él sigue escribiendo.

Chuchú.—Sí, él sigue escribiendo, pero con distinto tono. Ahora la justicia lo pondrá a meditar un poco.

Don Horacio.—(Dirigiéndose a Antonio) ya concluíste la querrela?...

Antonio.—Sí señor, firmela.

Don Horacio.—(Toma la pluma, firma y dice: envíala seguido,

Chuchú.—Es necesario callar un poco la prensa, ya los periódicos están muy irrespetuosos. Dígale a Gustavo que redacte una ley que regularice la responsabilidad de todo aquel que quiera salirse de la buena educación. Si dejamos a los periódicos de oposición decir todo lo que le venga en ganas como hasta ahora, la sociedad se convertirá en indecorosas manifestaciones. Este pueblo no entiende de libertad, la libertad se ha convertido en libertinaje.

Don Horacio.—Así como tu dices será por regla natural que tendremos que hacer. No es posible tolerar más estos insultos. (Dirigiéndose a Antonio) manda a buscar a Gustavo que quiero hablar detenidamente con él.

Antonio.—(Llamando por teléfono) trin... trin... trin...

La Telefonista.—Quién habla?...

Antonio.—Deseo comunicación con el Senado.

Una Señorita.—Habló...

Antonio.—Señorita tenga la bondad de llamarme a Gustavo al aparato.

La Señorita.—Espere un momento. (Dirigiéndose a Gustavo) lo llaman por teléfono de la Presidencia.

Gustavo.—(Acercándose al aparato) quién habla?..

Antonio.—El Presidente desea verte ahora mismo.

Gustavo.—Dile que voy seguido.

A poco rato sale, se monta en su auto y se dirige a la casa gris. Llega, se desmonta y sube. Entra al departamento de Don Horacio y saluda.

Don Horacio.—(Saliendo al encuentro) qué hay Gustavo?...Te mandé a buscar para que redactes una ley que ponga mordaza a la prensa. Ya los insultos no se pueden aguantar.

Gustavo.—Hace tiempo que debió Ud. hacer eso. Este país es un país desorganizado en todos los sentidos. La libertad le hace daño. Cada quien se cree con derecho a insultos injustificados. Por el artículo de Américo deduzca los demás. Ahora haremos una ley que condene todo delito de prensa y terminemos de una vez con las descabelladas idealidades de nuestros escritores contemporáneos. Con esto, seguro estoy de que más de una pluma se recoge o se modifica. Hablando de otra cosa Don Horacio, en qué han quedado Ud. y Martínez Reyna?...

Don Horacio.—Pues en nada. Este muchacho se ha creído que el gobierno está a sus órdenes. Se vé bien que él a mí no me conoce. Yo no soy hombre que acepto insinuaciones de nadie, y si las acepto es convencionalmente. El quiso imponer una candidatura, y como yo no se la acepté, he ahí el por que de su renuncia.

Gustavo.—Entonces, adios Don Horacio, voy para el Senado otra vez, cuente conque hoy mismo redactaré la ley y la someteré para su aprobación.

Don Horacio.—Hasta luego Gustavo.

Chuchú.—Después de todas estas idas y venidas, y después de todas estas vueltas y revueltas, completemos nuestra obra con algo que nos disipe un poco los grandes sufrimientos espirituales. Vámonos a celebrar su cumpleaños con un gran baile que sus buenos amigos están preparando en el Club «Unión». Acepte esto como un homenaje que hacen a su persona, y al buen administrador de los bienes naciona-

les. Después de todo esto seguiremos luchando por la prolongación de los dos años.

Dono Trina.—(Que también está en la combinación del gran baile) parece ser como que Chuchú adivina mi pensamiento. Ahora mismo pensaba yo en ese baile del cual estás hablando. Compelida por las amigas en días pasados para dar una vuelta por los alrededores de la ciudad, y en vuelta por el crepúsculo misterioso de la tarde, de una tarde silenciosa y triste para mí, acaricié la idea de una festecita que culminara las tristes horas nostálgicas de mi vida; y así pensé, decirle a mis amigas de entonces.

Chuchú.—Pues bien, su pensamiento será cumplido como fué también cumplido el ideal de su esposo. Ahora deseo que al despedirse de esta habitación recite alguna de sus composiciones predilectas. Pero eso sí, que no sea como en meses pasados, que me dejó a la luna de Valencia.

Doña Trina.—Tengo por costumbre no recitar mis composiciones. Eso se lo dejo a otro, pero voy a recitar esta que sin duda alguna te gustará.

Chuchú.—Pues bien, ya que no quiere complacerme con el néctar delicioso de sus flores espirituales aceptaré gustoso la de otro jardín.

Doña Trina.—Yo amo las flores como se ama lo bello. Pero a veces el conjunto de muchas perjudica el color de la belleza de cada una respectivamente. Por esta razón, me sostengo en no recitar mis composiciones y sí las ajenas. De modo que acepta mi humilde decisión como la más cara obediencia a mi destino, y oye esta que así se titula:

ACROSTICO.

Cicerón, príncipe de la elocuencia,
Engalzaría piedras muy preciosas
Satisfecho que al paso tu presencia,
Arrancarla aplausos de las diosas
Recordando al poeta con frecuencia.

Aunque en vida de tribus musulmana
Unida al pensamiento de los hombres
Gaste el triunfo que es oro y engalana,
Un mundo nuevo alcanzará las cumbres
Sobre tierra de rica porcelana;
Tomando como ejemplo de los pobres
Orladora templanza circasiana.

Salvastes la honra americana
Alma de gigante enamorado;
Notando la beldad angélica
Despertaste un mundo esclavizado.
I tu mulo blanco incorporado,
Notoria su figura empírica,
Obligó al yanki su traslado.

Chuchú.—Muchas gracias.

Doña Trina.—No las merezco, hasta otra. (Aquí se retiran).

Escena Quincuagésima Sexta.

Después de unos días de descanso en la casa Gris.

Chuchú.—Doña Trina, cómo le fué en la fiesta última del Club?...

Doña Trina.—No me fué bien que digamos, porque un dolorcito de cabeza hubo de interrumpirme en el camino que me haría feliz. Pero a pesar de eso correspondí al acto hasta pasando las doce.

Chuchú.—Talvez si alguna copa de champaña le hizo daño.

Doña Trina.—No, yo salí de casa con él

Chuchú.—Pero Ud. fué muy poco previsora en eso, porque no se tomó una pastilla de Calmol?...

Doña Trina.—No, eso no es cuestión de Calmol, es otra cosa.

Chuchá.—Buena, pues prepárese bien para el otro que viene dentro de unos días. El Centro de Damas de Santiago le dedicará para el sábado que viene un gran baile. Supongo desde luego que ya Ud. sabrá de esto.

Dofia Triana.—No, hasta ahora no me han comunicado nada, pero si es así asistirémos gustosos. (Dirigiéndose a Horacio) qué dices tu a eso?...

Don Horacio.—No digo nada, siempre estoy dispuesto.

Dofia Triana.—Me retiro, espero visita anunciada. Adios.

Chuchá.—Adios Dofia Triana.

En el salón particular.

Llegada de las amigas María, Altagracia, Genoveva, Emilia, Cusita, Josefina, Ernestina, Elvira, Eleonora y Mercedes.

María.—(Después del saludo de costumbre) va Ud. al baile que le han dedicado?...

Dofia Triana. Es posible.

Altagracia.—Pero eso de es posible parece como qué no es seguro?...

Genoveva.—Pero realmente, si Dios no quiere?...

Emilia.—Así es, todo es cuestión de posibilidad.

Cusita.—Pero hay que suponer que para esa fecha no habrá inconveniente alguno. Porque la naturaleza está con nosotras. Las flores de nuestro jardín están muy bien cuidadas por el jardinero mayor.

Josefina.—Pero a veces las flores se marchitan y los pétalos se caen.

Ernestina.—Eso es muy razonable, pero hay que no pensar en las injusticias de la naturaleza.

Elvira.—Convengamos señores en que la mujer no puede más que Dios.

Eleonora.—Rompamos de una vez las incredulidades y pensemos desde este momento en la perspectiva panorámica de nuestras idealidades bellas. Cada una de nosotras debe hacer lo posible por corresponder al deseo de la gran mayoría.

Mercedes.—La virgen María nos acompaña en este momento y nos acompañará después. Así es que brindemos por ella.

Doña Trina.—Esperen un momento. Para brindar escanciamos las copas del licor. (Dirigiéndose a la sirvienta): *Emeterid...*, abre una botella de licor del que tu sabes y trae once copas.

La sirvienta abre la botella, llena las copas y se dirige con la bandeja en las manos hasta el salón.

Mercedes.—.....

Al tomar la copa rebosada
De este licor del medio día.
Yo confío en la dulce enamorada
Que llaman la virgen María.

(Aplausos)

Todas en coro.—Doña Trina ahora, como poetisa contestará ese cuarteto. (Aplausos)

Correspondo gustosa a ese reclamo
Que vosotras pedís con mucho anhelo,
Hilvanando estos versos que tanto amo.
Que cuestan a mi vida los deavolos.

(Aplausos)

María.—.....

Nuevos aplausos yo pido
Y aplausos ella reclama,
No dejemos al olvido
Esos versos que tanto ama.

(Nuevos aplausos).

Genoveva.—Bueno, señores, ya es tarde; terminemos este brindis con el nectar del licor.

Y. José B. Ortega

A beber.—Se llevan todas las copas a los labios y termina la ilusión.

Marta.—Despidámonos. Hasta otra, Doña Trina.

El grupo.—Adios.

Doña Trina.—Que les vaya bien.

Bajan, toman su auto y regresan a sus respectivas casas.

Escena Quincuagésima Séptima.

Al otro día.

Chuchú.—Don Horacio, ya podemos jirar a la vista. El empréstito pasó con lujosa mayoría. La ley de prensa será un hecho, y estaremos sin estorbo en el camino. Los escritores tendrán que lanzar hojas sueltas, porque los periódicos que son casi todos personalistas temerán su caída de repente. Se acabaron los insultos y las falsedades. Cada vez que un escritor se propase será sometido a los tribunales de justicia y condenado a la última pena según la ley de prensa. Ahora, a bailar y a reír que la vida es muy corta. El sábado marcharemos a Santiago a llevar a Doña Trina al baile de confianza. Cambiemos de conversación. Ud. se ha fijado bien en las cosas que pasan en la política?... Ya Jacinto no mantiene la unidad como antes. Ahora dice según sus amigos, que el gobierno tendrá que llamarlo de todos modos porque Ud. se verá en la necesidad de hacerlo así para bien del país. Parece ser que sus amigos no quieren aguantar más el palo de la bandera del Círculo Democrático Evolucionista y se apartan sigilosamente sin renunciar. En este mes de Septiembre de este mismo año mil novecientos veinte y seis, he tenido noticias de algunos de ellos de que un número considerado se han separado para no tomar parte activa en las elecciones, si acaso él pudiese inscribir la cantidad que la ley electoral prescribe. Hasta ahora, según noticias de sus mismos amigos no tienen más que

seiscientos inscritos. De modo que, le será muy difícil la cuestión. Ahora nos queda el camino más amplio para entorpecer el camino de los demás.

Don Horacio.—Pero yo le he ofrecido distintos puestos y no ha querido aceptarlos.

Chuchú.—Sí, Ud. le ha ofrecido en distintas ocasiones, pero las épocas son distintas. Hoy está aspirando ser director de su política.

Don Horacio.—¿Pero él no es quién dirige su política?.....

Chuchú.—No, no es política de él, es la política que actualmente Ud. dirige. Ha habido un mal entendido de parte de Ud. o una mala explicación de parte mía. Pero esto en nada embota la lanza. El propósito de Jacinto no es que Ud. le dé un lugar importante en la máquina gubernativa. Es pura y simplemente la dirección completa del ingenio con todas sus engranduras.

Don Horacio.—Pero esto será difícil conseguirlo. «Cada Cual mntó la suya y dos se fueron volando».

Chuchú.—«Pero aquí fresca no se la comió?»....

Don Horacio.—No, porque yo pude cojerla a tiempo.

Chuchú.—Entonces mire a ver como le tira la capa a Jacinto. Tórtele un poco, cójalo por los cuernos y domínelo. Hay que hacerle como a Fello, que después de tantos insultos al fin cayó en las redes, envuelto como un pescado cojido en una de esas mañanas en que el mar de la política estaba como un plato.

Don Horacio.—Hace tiempo que lo estoy capeando, pero cada vez que me embiste es con ganas de matarme. En estos días es cuando más pacífico lo he encontrado. Ahora voy a ver si puedo hacerle como a Fello. Tiraremos las redes nuevamente para ver qué pescamos. En días pasados pescamos el tiburón del Yaque, el tiburón del Camú, y el pez espada de la bahía noroestana. La ballena del Ozama te la dejo a tí que eres un buen pescador.

Chuchú.—Convenido, si no la puedo pescar de un modo

la pescaré de otro. Estos animales acuáticos tan enormes no se pueden pescar con redes. Es necesario buscar un buen jarpón para clavárselo y que se retire a alguna playa lejana si no podemos cojerla. Como yo entiendo que el mar de la política es muy grande, puede suceder que ésta desaparezca de estos contornos y descansen en otras playas. El caso es que, no perdiendo tiempo sofocamos a la ballena tanto con los últimos clavetazos, que no le quedará más remedio que rendirse por cansancio.

Don Horacio.—Pero entonces nos quedará el Agujón del Yaque del Sur.

Chuchú.—Pero como este es inofensivo lo dejaremos para cojerlo más luego.

Don Horacio.—Que descanso para mí si todo eso se pudiera hacer lo mas breve posible!...

Chuchú.—Hasta ahora vamos bien, los amigos nos van abriendo la trocha para poder pasar francamente.

Don Horacio.—He consultado el punto sobre la ley de prensa y se me ha dicho con clara inteligencia que no hay necesidad de ella. Qué te parece?...

Chuchú.—Mi criterio es que, como eso está previsto en nuestros códigos la ley de prensa está demás. Pero si Ud. cree que es una necesidad?...

Don Horacio.—No, yo estoy en retirarla.

Chuchú.—Bueno, entonces retírela del Senado.

Don Horacio.—Antonio, Antonio, hazte un oficio para el Senado retirando la ley de prensa.

Antonio.—(Después de un rato) ya está, Don Horacio, firmela.

Don Horacio.—(Tomando la pluma) después de firmada deseo que la envíes inmediatamente.

Antonio.—Está bien.

Don Horacio.—(Dirigiéndose a Chuchú) tengo interés en que te veas con Ellas para ultimar la cuestión elecciones municipales.

Chuchú.—Don Horacio, esto hay que hacerlo con mucha discreción. Los Veteranos pueden ariscarse y hacer de esto una montaña. Solamente porque se ha dicho que Ud. le va a dar un cuarenta por ciento a los bolos, la Junta Comunal se ha preparado para la protesta. De modo que, la regla de alicación hay que hacerla, pero con cautela. Los grandes problemas no se pueden resolver si no se pone la debida atención. Si las elecciones son en noviembre hay seguridad como muy bien me ha dicho Ellas, de un fracaso. Yo entiendo que para llegar a un buen fin hay que posponerlas.

Don Horacio.—Entonces las dejaremos para Diciembre?..

Chuchú.—Eso es, ahora con esa medida tan justa podrá Ellas, que es el Astro que más alumbra en La Vega acomodar todas sus aspiraciones.

Don Horacio.—Y tú crees seguro que Ellas estará de buena fé con el Gobierno?...

Chuchú.—Esto si es difícil de saberlo. Pero como las riendas están en nuestras manos

Don Horacio.—Es verdad. Aunque el caballo se desboque se estrellará contra la roca del olvido. Nosotros tenemos la virtud de hacer y deshacer como el Dios Omnipotente. Destruimos la Coalición Patriótica de Ciudadanos, destruimos a Fello y Martines R., destruimos a Federico y ahora vamos a reconstruir la Coalición nuevamente. Aunque estos edificios carcomidos por el comején de la política estén tan deteriorados cojeremos el mejor material y lo demás lo echaremos a la calle. Así de esta manera el Palacio Gubernamental será una reconstrucción completamente moderna. Pero eso sí, no te equivoques en escoger el material. Como tú serás el Ingeniero de la obra...

Chuchú.—Ya Ud. ha visto cómo manejo este asunto. Con buenos alarifes y buenos peones la reconstrucción será perfectamente regular. Hagamos esfuerzo por acabar de tumbar las paredes carcomidas que sostienen el edificio guber.

namental, metiéndole desde luego puntales al techo para que no se caiga. Estos edificios antiguos hay que modificarlos muy bien.

Don Horacio.—Espero tu decisión tan pronto lleguemos al entendido con Elias.

Chuchú.—Entonces hasta la tarde.

Don Horacio.—Adios.

En la tarde

Chuchú.—Estamos ya entendidos con Elias. Mi proposición fué esta: darle cuatro Regidores y una cantidad de empleados en el Municipio si triunfamos en las elecciones. Le parece este convenio transitorio bien hecho?... Le digo transitorio, porque luego cuando tengamos en nuestro poder los millonsejos podemos desaparecer la posible facultad de Elias y envolverlo en las redes del olvido. Ahora nos falta la introducción de este entendido en la Junta Comunal. Sería bueno que Ud. se viera con Gerardino. Aunque he sabido con seguridad que algunos Delegados no quieren la unión con los bolos. Pero continuemos. Llámelo por Teléfono. El está siempre cerca del Municipio.

Don Horacio.—Antonio, llámame a Gerardino.

Antonio.—(Tomando el auditivo) trin..... trin.....

La Telefonista.—Quién habla?

Antonio.—Tenga la bondad de comunicarme con el Ayuntamiento.

Un Empleado.—Haló

Antonio.—Tenga la bondad de decirle a Gerardino que Don Horacio desea verlo ahora mismo.

El Empleado.—Está bien, será dicho. (Baja la escalera y se dirige a Gerardino que está recostado a una de las columnas del edificio).—Señor: el Presidente, según me han dicho por teléfono, desea verlo.

Gerardino.—A mí?.....

El Empleado.—Sí, a Ud.

Gerardino.—Pues muchas gracias, ahora mismo voy para allá. (Toma un auto y se dirige a la casa Gris. Sube, saluda y pregunta por Don Horacio.)

Antonio.—Siéntate un momento. Hace un rato llegó un mister ahí. Pero tu sabes que esos señores no gastan tiempo.

Gerardino.—Se podría saber quién es ese Mister?.....

Antonio.—Yo creo que es el Control.

(A poco sale el mister y se introduce Gerardino.)

Don Horacio.—Lo esperaba para decirle que tome las firmas de los Delegados de la Junta Comunal que apoyen esta candidatura que yo deseo triunfe en las elecciones. Le digo esto porque yo he sabido que ellos están decididamente en contra. Pero como Ud. sabe hacer las cosas le recomiendo este asunto para su ejecución.

Gerardino.—Don Horacio, este es un asunto en que yo no puedo complacerlo. Yo prefiero renunciar de la Presidencia de la Junta, comprometiéndome desde luego a no estorbar su propósito. El motivo que robustece mi decisión es que casi toda la Junta está en contra de esa candidatura que Ud. tiene interés en que triunfe. Para convencimiento de esto hable con Augusto y Ud. verá claro la protesta que aunque no le haga daño sería una incisión al partido que hace rato está gritando por su verdadera independencia. Esto no quiere decir que su voluntad no sea cumplida, pero a mi persona le es imposible seguir justificando a los amigos que han sabido exponer sus intereses, su vida y sus energías en favor del régimen establecido. Ellos no quieren de ningún modo esa regla de aligación que hace rato se está introduciendo en casi todos los organismos dirigentes. No coja esto como una protesta de mi parte, pero sí como un deber que tengo que respetar y que cumplir en todo momento.

Don Horacio.—De modo que Ud. se niega a ayudarme en este momento crítico por que atraviesa la República a la reconstrucción nacional y al triunfo que obtendremos poste-

riormente en las elecciones municipales?... Convénzase, amigo Gerarlino, nada es tan seguro como la regla de aligación, porque cuando dos partes se juntan se saca mejor producción de ella.

Gerardino.—Si, Don Horacio, pero si una de las partes tiene Comején o Gorgojos se puede perder parte de la ganancia y a última hora también se puede perder parte del capital. Hay que ir al fondo de una contabilidad segura para no lamentar desgracias posteriormente que nos pongan en condiciones de una quiebra fraudulenta.

Don Horacio.—Todo se puede hacer cuando se quiere. Esta regla de aligación no nos perjudicaría. Chuchú es el *financista* que nos ha de representar frente a los intereses políticos que se están discutiendo, y yo creo justiciernmente que él no es capaz de hacer una liga que no tenga un buen resultado. Así es que no tengamos miedo a la pérdida. Hasta este momento hemos triunfado en todo, agregando al triunfo la perspectiva de diez millones de pesos que no harán felices en el porvenir contemplando las *grandes obras* que dejaremos en manos de la generación venidera.

Gerardino.—Todo puede ser, Don Horacio, pero nada me hace decidir en favor de una cosa que es para mí de orden moral. Mañana tendré la ocasión de reunir la Junta Comunal para paticiparle su proposición y a la vez presentar mi renuncia como Presidente. Ahí encontrará Ud. alguno que sea más decidido que yo y será recomendado para la ejecución y resolución de ese problema que hace rato está en la mente de un buen pensador. Si no tiene más nada que decirme me voy a retirar. Adios, Don Horacio.

Don Horacio.—Adios Gerardino, tendré ocasión de cambiar todos los Delegados que no estén con la regla de aligación ya propuesta y aceptada por las partes contratantes.

Gerardino.—Que así sea para bien de Ud. (Toma su sombrero y se retira).

Escena Quincuagésima Octava.

Al otro día.

Don Horacio.—Antonio, llámame por teléfono a Augusto.

Antonio.—(Tomando el auditivo) trin..... trin.....

Un Empleado.—¿Quién habla?

Antonio.—Haga el favor de decir a Augusto que el Presidente desea verlo.

El Empleado.—(Dirigiéndose a Augusto) dicen por teléfono que el Presidente desea verlo.

Augusto.—Está bien (acto continuo monta su auto y se dirige a la casa Gris. Sube y entra al departamento del Presidente. Saluda).

Don Horacio.—Que tal, Augusto, hice que te llamaras por teléfono para hablar un asunto muy importante contigo.

Chuchú.—Voy a dejarlos solos.

Don Horacio.—No, no es asunto tan privado, te puedes quedar. Es la cuestión de ayer con Gerardino. Tu sabes que Augusto está relacionado con todos estos muchachos y puede darnos idea sobre el particular.

Augusto.—Vamos a ver.

Don Horacio.—Pues bien: habiendo como tu sabes combinado y propuesto una candidatura con los Bolos para las elecciones Municipales que se han de celebrar en diciembre, y no teniendo seguridad de éxito en la Junta Comunal, sería bueno que tu te dieras un paseito por los alrededores de la ciudad, para ver cómo conquistamos la mayoría de los Delegados que se han negado a darle el voto a dicha candidatura en que tu figuras como candidato a la Sindicatura.

Augusto.—Yo conozco perfectamente la cuestión, pero tu sabes que sería un poco difícil que hoy después de un intercambio como el que has tenido con Gerardino se pueda conseguir la reunión de los Delegados que están definitivamente

te en contra. A mi me parece que habrá que modificar los términos. Es decir, aceptar las convenciones anteriores que dan a los Coalicionistas el derecho a un Regidor por una cantidad de sufragantes. Yo estoy seguro que ellos, los que están en contra, no se opondrán a esta regular actuación. Otra cosa sería exponerse a un fracaso inminente y a una división dentro del partido que no nos dejaría margen para nada. Aseguremos por lo pronto el triunfo que es lo que yo supongo nos conviene.

Don Horacio.—Yo pensaré más tarde lo que deba hacer.

Chuchú.—Hagamos las cosas torcidas para que resulten derechas. Recuerden que los caminos están llenos de espinas y bejuqueras que casi no nos dan paso. A fuerza de inteligencia es como podemos encontrar la salida de este espeso bosque político. Hace rato que venimos desmontando y aun la luna sigue oculta por la oscuridad que producen los ramajes. Trillemos, trillemos con cautela buscando siempre que no se llene nuevamente de ahrojos el lugar que hemos limpiado con la labor de casi tres años. Recuerden también que tenemos por delante a Federico que en asunto de desmonte, tala y habite no hay quien se lo gane. Así como estamos nosotros formando nuestro Ingenio político para darle vida y prosperidad a la República, así quiere este señor hacer para la prosperidad y enriquecimiento de sus buenos amigos. De modo pues, que tengamos muy presente todas estas cosas para no perder nuestra cosecha del año entrante que será muy abundante si no se presenta un temporal que tumba nuestros frutos que casi están maduros.

Augusto.—Bueno, te parece que Chuchú y yo nos hagamos cargo de arreglar este asunto de los muchachos de la Junta Comunal?.....

Don Horacio.—(Después de un rato de meditación) bien, entonces esperaré unos días más.

Augusto.—Hablando de otra cosa, qué hay del empréstito?.....

Don Horacio.—Ya eso está arreglado, lo recibiremos por partes y los trabajos se empezarán en Enero.

Augusto.—Pero se dice que es una compañía americana que los va a realizar?.....

Don Horacio.—Desde luego, estos señores son muy buenos amigos míos.

Augusto.—Los dejo, tengo mucho trabajo en la oficina. Abur.

Don Horacio y Chuchá.—Abur Augusto.

Escena Quincuagésima Novena.

Días posteriores.

Don Horacio.—Antonio, llámame por teléfono a ese muchacho atrevido de Macorís.

Antonio.—A quién, Don Horacio, a Virgilio?.....

Don Horacio.—Sí, ya este muchacho se está propasando demasiado. Tengo quejas de Mr. Wilson respecto a los desatinos y arbitrariedades que está cometiendo en San Pedro de Macorís. No pierdas tiempo, llámalo ahora mismo para ponerlo en su puesto.

Antonio.—(Tomando el auditivo) Central.....

Una Joven.—Haló?.....

Antonio.—Comuníqueme con San Pedro de Macorís.

Después de algunos minutos contesta la Central.

Antonio.—(Dirigiéndose a San Pedro de Macorís) Central, diga a Virgilio se acerque al aparato.

La Central.—Espere un momento.

Sale el mensajero en busca de Virgilio y lo encuentra en el Ayuntamiento. Señor: de la Capital desean hablar con Ud. y lo esperan.

Virgilio.—Está bien, voy ahora mismo para esa. (Toma su auto y se dirige a la estación telefónica. Toma el auditivo y llama).

Antonio.—Virgilio, el Presidente habla.

Don Horacio.—(Tomando el auditivo) Virgilio no puedo más tolerar sus impertinencias en San Pedro de Macorís. Hay que corregir todo cuanto Ud. está haciendo, en el término de veinte y cuatro horas a más tardar. Tengo quejas muy graves de Mr. Wilson y basta.

Virgilio.—Está bien, Don Horacio. (Toma su auto y parte para la Capital. Después de algunas horas llega a la Casa Gris, se desmonta. Sube y pregunta por Don Horacio).

Antonio.—Espera un momento, déjale decir a Don Horacio que tu estás aquí.

Don Horacio.—Dile que no puedo recibirlo en este momento, que arregle el asunto de la Planta Eléctrica lo más rápido posible o me verá yo en el caso de arreglarlo.

Antonio.—(Dirigiéndose a Virgilio) oye, me dijo Don Horacio que te dijera que arregles el asunto de la Planta Eléctrica lo más rápido posible porque sino se verá obligado a arreglarlo él. También me dijo que no podía darte audiencia hoy.

Virgilio.—Pero dile que es un asunto urgente.

Antonio.—No me atrevo. Tu sabes como es Don Horacio cuando está incómodo.

Virgilio.—Entonces yo volveré mañana. Ahur.

Antonio.—Abul Virgilio.

Chuchú.—(Saliendo del apartamento) se fué Virgilio?.....

Antonio.—Sí, dijo que volvería mañana.

Chuchú.—Yo lo veré dentro de un rato.

(Sale, sube a su auto y se dirige a la Cámara del Senado) Allí encuentra a Virgilio que le dice: te esperaba para preguntarte lo que ha ocurrido con respecto a Mister Wilson.

Chuchú.—Tu sabes que Don Horacio le tiene un miedo espantoso a los Norte-Americanos. De modo que no te queda más remedio que retirar ese asunto que tu tienes,

respecto a la Planta Eléctrica, y dejarlo para su oportunidad. Mañana tu irás conmigo donde él y le dirás que ya no hay nada de Planta, que tu vas para San Pedro de Macorís y harás que el Ayuntamiento anule esa cuestión.

Aquí se despiden hasta el día siguiente.

Escena Sexagésima.

Virgilio.—(Donde Chuchú) Cuándo vas para la Casa Gris?.....

Chuchú.—Ahora mismo, espérame.

Después de un rato salen para la Mansión. Suben y entran.

Virgilio.—Don Horacio, el asunto Planta será retirado tan pronto llegue yo a Macorís. No hay por qué preocuparse por eso. Ud. sabe que yo soy un buen amigo suyo y estoy dispuesto a servirle en todo cuanto quiera.

Don Horacio.—Porque sé que tu eres un buen amigo es por lo que me he detenido en hacer las cosas por mi propia cuenta. De modo pues, que para mí es de satisfacción el que mis amigos me complazcan.

Virgilio.—Entonces, ahora mismo voy para San Pedro, hasta luego.

Chuchú.—Que te vaya bien.

Don Horacio.—Si yo no trato las cosas de esta manera hasta me comen, Chuchú.

Chuchú.—Si, así es como debe ser, un fuetazo y después se le unta un poco de sebo para suavizarlo. Hay gente que no se le puede dar rienda suelta porque se desbocan.

Don Horacio.—Hablemos de otra cosa, qué hay de Elecciones Municipales, irán los contrarios?...

Chuchú.—Sin duda alguna no irán. Se dice que Federico lanzará un manifiesto diciéndole a sus amigos la razón de su abstención.

Don Horacio.—Jacinto no irá?...

Chuchú.—Creo firmemente eso, que no irá.

Don Horacio.—Y el Partido Liberal?...

Chuchú.—Este?... Desiderio es un hombre que sabe nadar y guardar la ropa.

Don Horacio.—Y el Nacionalismo?...

Chuchú.—Este, dizque tiene una candidatura independiente en San Pedro de Macorís y en La Romana. En las demás Provincias de la República tendremos que ir solos.

Don Horacio.—Pero, tu no crees que esto será un ridículo grande para el Gobierno?...

Chuchú.—No se apure por los ridículos, que en política nada de eso se conoce. Sigamos luchando porque los Ayuntamientos sean todos nuestros, para tener mas seguro el triunfo en el futuro.

Don Horacio.—Entonces esperemos las Elecciones Municipales. Tu tienes confianza en la labor de Elias...

Chuchú.—Tal vez si más que en algunos de sus buenos amigos.

Don Horacio.—Descansemos por hoy.

Chuchú.—Hasta luego. (Toma su sombrero y se retira a su casa).

Escena Sexagésima Primera.

En la mañana siguiente.

Don Horacio.—Chuchú, Fello ha renunciado, qué dices tú a eso?...

Chuchú.—Cuál de los Fellos, Don Horacio?...

Don Horacio.—El de la Agricultura. Esta renuncia es debida a un déficit que resultó en el Departamento de Inmigración. Parece ser, que entre Fello y Domingo hubo palabras descompuestas. Yo pienso llamar a Fello para que convenga conmigo en no dar ese escándalo. ¡Qué desafortunado estoy yo con mis amigos!... Todos tratan de ridi.

culizar mi Gobierno. No pasa un mes sin que la administración pública deje de tener un oficio abierto por algún empujando indolente. Yo te suplico investigues bien esto para ver cómo enderezamos este entuerto.

Chuchú.—Yo supe oficiosamente este asunto. Pero no creí que tendría para Fello, tanta importancia. Me dijeron que el déficit no alcanza más que a VEINTE MIL PESOS. De modo que corrijamos esto sin que tenga mayor importancia que los ulambiques de Santiago. Así como va Ud. a llamar a Fello, llame también a Domingo. Hay que hacer política, Don Horacio. Si es verdad que se han cojido ese dinero, podemos obligar a Domingo a que lo reponga y así no se pierde al amigo.

Don Horacio.—Está bien. Hablando de otra cosa. Te fijaste en el manifiesto de Federico?...

Chuchú.—Sí, estuve leyéndolo esta mañana en casa. Él cree que con esto va a rejuvenecer y a aumentar su partido. Pero, que equivocado está. Después que pasen las elecciones solamente le quedarán aquellos infelices que en el mar de la esperanza navegan con los remos del olvido. Él cree que con promesas levantará su prestigio. ¡Ay de los que así piensan!

Don Horacio.—Leíste el telegrama de Teófilo?...

Chuchú.—También lo leí. Esto debe Ud. dárselo a Bubul para que lo conteste. Este elemento se cree con derecho a sus impertinencias. Lo mejor es no hacerle caso.

Don Horacio.—Convenido, dile a Bubul que lo conteste.

Teófilo.—(Desde San P. de Macorís).—Desde que he renunciado del Partido Horacista, me siento más *Honrado* y más *Decente*.

Don Horacio.—Chuchú, qué dices tú a eso?... Mira que muchacho mas atrevido...

Chuchú.—No se apure, Don Horacio, que yo voy a escribirle una carta que tendrá que sentirla. Ahora mismo, si Ud. quiere, podemos contestarla.

Don Horacio.—Sí, ahora mismo.

Chuchú.—Espere un momento. (Tomando la pluma escribe así): Se realizan todos los patrióticos propósitos de bien que el Horacismo abriga para la República; eso se debe en parte a las circunstancias y a haber depurado de sus filas elementos que servían de obstáculo a la realización de muchos propósitos y que en sus actuaciones de hoy evidencian las ventajas que reportaron en el horacismo desgranándose de él.—*Don Horacio*, oiga la carta: (lee)....

Don Horacio.—Muy bien, dásela a Antonio para que la envíe a la Prensa.

Chuchú.—No, yo pasaré por el «Nuevo Diario» para que salga ahora mismo. Hasta luego, Don Horacio. Hasta luego, Chuchú.

Escena Sexagésima Segunda.

Al otro día.

Don Horacio.—Chuchú, leíste las palabras incoherentes de Américo?...

Chuchú.—Sí, no he encontrado nada nuevo en ellas. Casi todo se condensa en el mismo tema, desorden administrativo, descortesía para los demás, amenazas para su Gobierno y engreimiento en sus vituperables adjetivos. Esto es todo. Lo que necesita su Gobierno es dinero, Don Horacio; para envolver en el paño blanco que cubre las carnes del Cristo a esos necios que resplandecen con su mal entendimiento y sus peores razones dándole al pueblo lecciones de moralidad sin que en verdad, sientan la decadencia espiritual de las familias.

Don Horacio.—Bueno, entonces voy a mandar a buscar a Fello.

Chuchú.—Hasta otra. (Se retira).

Don Horacio.—Antonio, dile a Fello que se acerque a la Casa Gris.

Antonio.—(Llamando por teléfono) Trin... trin...

La Central.—Quién habla?...

Antonio.—Deseo comunicarme con la Sec. de Agricultun.

Fello.—Que hay?...

Antonio.—Le hablan de la casa Gris. El Presidente deseen verlo urgentemente.

Fello.—Está bien, dígale que iré dentro de un rato.

A poco se monta en su auto y se dirige a la casa Gris. llega, se desmonta y sube.

Don Horacio.—(Saliendo al encuentro) que hay Fello?...

Fello.—Nada nuevo.

Don Horacio.—Pues bien, para mí que tengo interes en que mi gobierno no se desacredite hay algo nuevo que quiero se arregle lo mejor posible. Aquí está tu renuncia, yo no puedo permitir que tú uno de los que mas se han ocupado de la agricultura en estos tiempos se aparte del engranage gubernamental y que se provoque un escándalo público. Yo voy a llamar a Domingo para que entre los dos borren esa línea de discordia que existe.

Fello.—Esta cuestión no podrá arreglarse si antes no son castigados los culpables. Yo entiendo que su gobierno no debe aceptar robos públicos.

Don Horacio.—Yo voy a destituirlos, no te preocupes por eso. Lo que quiero es que esto no tenga mayor transcendencia.

Fello.—Bien, mientras estos Señores no desaparezcan de mi ramo permanecerá mi renuncia en sus manos. Yo soy inexorable en estas cosas.

Don Horacio.—Perfectamente, pero delxa dejarme algunos días para pensar bien la mejor forma.

Fello.—Yo no me opongo a eso, lo que quiero es que no se involucre mi manera de ser con las maneras o desaciertos de otros. Nada mas tengo que decirle, Don Horacio, hasta luego.

Don Horacio.—Hasta luego Fello. (Dirigiéndose a An-

tonio) ten la bondad de llamarme a Domingo por Teléfono.

Antonio.—(Tomando el auditivo) trin... trin...

La Central.—Huló!...

Antonio.—Comuníqueme con el Departamento de Inmigración.

Un Empleado.—Quien habla?...

Antonio.—Diga a Domingo que Don Horacio desea verlo ahora mismo.

El Empleado.—Está bien.

Mas luego toma un auto Domingo y se dirige a la casa Gris. Sube y saluda.

Don Horacio.—Desde hace días estoy por decirte que tu renuncia se hace indispensable. Fello no quiere permanecer en su Departamento hasta tanto no se regularice ese asunto de agricultura. De modo que no tengas que objetarme nada al respecto. Yo me ocuparé de darte otro nombramiento parecido al que tienes, mas luego. Vete y haz lo que te digo.

Domingo.—Pero bueno, y los otros empleados?...

Don Horacio.—Por éstos no te apures que serán destituidos tambien.

Domingo.—Convenido, le enviaré mi renuncia, hasta luego. (Se retira violentamente).

Escena Sexagésima Tercera.

Al otro día.

Chuchú.—Ya arregló la imperfección de la agricultura?...

Don Horacio.—Sí, ya concluí de tapar esas hendiduras abiertas por los amigos. Ahora vamos a empezar otra cosa. Voy a comunicarte que Mr. Wilson se ha interesado en que Federico y yo seamos buenos amigos y desea que lo complazca yendo a su casa hoy. Que piensas tú respecto a este asunto?...

Chuchú.—Cómo, a la casa de Federico?...

Don Horacio.—No, a la casa de Wilson.

Chuchú.—¡Ah bueno!... De modo que Wilson es el interesado?

Don Horacio.—Sí, parece ser que él quiere que Federico contribuya a la realización del empréstito.

Chuchú.—No se fie de los americanos del Norte, estas vboras son especiales en el manejo de la diplomacia. Cuando Ud. cree que lo están favoreciendo entonces es cuando mas envenenada quedará su alma. Ya hace cerca de tres años que los vengo observando con la cuestión del empréstito y otras cosas que sabe Ud. he tenido que entendérmelas con ellos. De modo que no deje de asistir, pero siempre con la idea de oír y contestar lo mas lacónicamente posible las preguntas que pudieran hacerle tocante al funcionamiento de su gobierno. Yo sé que Ud. es un hombre que todo lo entiende, pero como somos humanos y es muy posible un error.....

Don Horacio.—No tengas cuidado que éstos no son los tiempos de los molinos de viento de Don Quijote. Ahora la ciencia política estriba en otros corceles. Espera un rato voy a ver por donde se apen Mr. Wilson.

Toma su sombrero, baja y se va. Llega y saluda.

Mr. Wilson.—(Saliendo al encuentro) ¡Oh Presidente, como está Ud?..

Don Horacio.—Bien, gracias, y Ud?..

Mr. Wilson.—Bien, ahora mismo envíe un auto en busca de Mr. Federico. Siéntese. Mi gobierno tiene mucho interés en que Ud. y Mr. Federico sean buenos amigos políticos. Hace mucho tiempo que hay entre ustedes un mal entendido. A mi me parece que si las cuestiones se realizan a satisfacción de ambos no habrá inconveniente alguno. Mr. Federico dice que Ud. tiene la culpa de todo cuanto está pasando en la República según su manifiesto.

Don Horacio.—No, eso bajo el punto imaginario tiene mucho de verdad, pero bajo un punto de vista completamen-

te seguro, está lejos de una línea horizontal. Federico tiene intereses políticos que defender y no deja margen para una regular actuación dentro de mi gobierno. Este Señor lo quiere todo y no deja nada.

Federico.—(Que acaba de llegar); buenos días señores, cómo están ustedes?...

Don Horacio y Mr. Wilson a la vez.—Bien, gracias.

Federico.—Aquí estoy entre Uds.; en que puedo servirles?...

Mr. Wilson.—Simplemente en una cosa Mr. Federico; en oírme dos o tres palabras, como dicen en castellano. El Presidente dice que no está satisfecho con su actuación política actual, y mi gobierno tiene interés en que el pueblo prospere y entre en una línea completamente recta en cuanto a su administración. La razón de esto ya es conocida por todos los Dominicanos y particularmente por los dos que deben tener interés en la organización y prosperidad de la República.

Federico.—Mi actuación es conocida. Si en algo he perjudicado al gobierno, el Presidente tiene la palabra.

Don Horacio.—El motivo que enjendra nuestra separación es originado solamente en dos cosas: primero en la oposición sistemática al empréstito y segundo, el incompleto deseo de que mi gobierno salga airoso en sus actuaciones. Pero a pesar de todo esto, podemos entendernos siempre que Federico lo quiera.

Mr. Wilson.—Bueno, pues vamos a ver qué hacemos en este sentido. Yo los voy a dejar pensar, para poder contestar a mi gobierno.

Don Horacio.—Esto es lo mejor. De este modo tendremos algunos días de meditación. Entonces, hasta luego.

Mr. Wilson.—Hasta luego Presidente.

Monta su auto y parte para la Casa Gris. Llega, se desmonta y sube.

Chuchú.—En qué quedaron?...

Don Horacio.—Hasta ahora en nada. Mr. Wilson nos ha dado algunos días para pensar respecto a lo que su gobierno desea. Se trata de que Federico se acerque nuevamente. Parece ser que el Gobierno Norte Americano quiere que haya una reconciliación entre Federico y yo; pero a mi me parece que ésto no va a tener ajuste, por que lo que quiere es casi imposible. Ya él ha manifestado el deseo que tiene respecto a la dirección del tren administrativo. Así es que espero tu opinión.

Chuchú.—Mi opinión es que para caer en manos de un buitre como Federico sería preferible la catástrofe nacional. Consulte con todos sus verdaderos amigos y Ud. verá la verdad completamente diáfana. No haga caso a las palabras de los necios. Nosotros estamos gobernando concienzudamente sin que hasta ahora nos falte la inteligencia para conseguir el principal factor del gobierno que es el empréstito que aunque tenga sus grandes inconvenientes será para Ud. y para la República una perspectiva de un porvenir asegurado. Del empréstito le tocan legalmente CIENTO VEINTE Y CINCO MIL PESOS que junto a los demás será su porvenir personal. Ahora hay que atender también al movimiento de los bolos que son tamañas Cucarachas escondidas. Se dice muy por lo bajo, que Chicho quiere ser candidato a la Presidencia venidera y que probablemente contribuirá pecuniariamente al movimiento eleccionario que obligatoriamente tendremos que llevar a cabo en el año 1929 si acaso no tenemos una verdadera reacción cooperativa con los Bolos de Desiderio.

Don Horacio.—Pero Desiderio no está con Elias?...

Chuchú.—No, Desiderio está tan enjabonado que cree tiene mas jabón que una Pábrica. El está y no está; y le repito que hay que tener mucho cuidado con Chicho que es un Tiburón de esas que da trabajo para que pique en el anzuelo. Además cuenta con la hiecoen de medio millón de pesos que en estos tiempos de miserias dan un resultado

apetecido. Aunque la jente se dá en decir que él es un poco duro no importa. Se trata de la Presidencia que a todo el mundo halaga.

Don Horacio.—Pero él ha dicho públicamente, que no es político

Chuchú.—Si Señor, él lo dijo; pero todo lo que se diga en un periódico y verbalmente es para mí y debe ser para Ud. como el humo que se lleva el viento. Todo es cuestión de interés y de necesidad, Don Horacio. Y si Ud quiere convenirse de eso lea las últimas declaraciones de Chicho al repórter del periódico «Patria Libre». Tenga. (Entregándole el periódico).

Don Horacio.—(Tomando el periódico, empieza a leer y dice): Tu tienes razón Chuchú, hay que dejar que el tiempo resuelva las cosas naturalmente. Me he convencido de que a todos les gusta ser Presidente. Dime una cosa; y Federico cómo está con Chicho?

Chuchú.—Parece ser un buen amigo de él, pero al tocarle ahora el hueso que quiere cojer en su boca, tal vez si se aleje un poco de su buena amistad. Ud. sabe que los perros por una piltrafa, se ladran y hasta se muerden si necesario fuese, por alcanzarla. No crea en nadie en cuanto de intereses. La política hay que tenerla como alimento cotidiano que se digiere al calor del estómago.

Doña Trina.—(Entra en ese momento con un vaso de leche dirigiéndose a Don Horacio). Toma, que no te has desayunado todavía. Chuchú, qué es lo que se digiere al calor del estómago?...

Chuchú.—Los alimentos.

Doña Trina.—Pero eso no es nuevo. Y al calor del cerebro se digieren las ideas.—De modo que parece ser que la Química y la Ideología están hermanadas.

Chuchú.—Si, señora, pero estamos tratando algo mejor que es la política.

Doña Trina.—¡Política... Estoy loca porque Horacio

deje esa bendita política, que no nos deja ni siquiera dormir bien. Es verdad, que para un goce se necesita un sufrimiento. Pero más vale no recibir la adulación y servicios a tiempo y vivir una vida tranquila y asegurada. Después de treinta años de martirio, de abnegación y de tortura espiritual, llegamos a coronar nuestras aspiraciones, pero que vale el sacrificio cuando no es recompensado con el sostenimiento de una vida espiritual?... La política no tiene entrañas, no tiene corazón, no tiene bajo el cielo primoroso del sentimiento... ni la respetuosidad establecida por los grandes moralistas, ni la idea preconcebida de los buenos razonamientos.

Chuchú.—Por los tantos sufrimientos, Doña Trina, por los tantos años de luchas y por la vida intranquila en que se vive en el universo, es indudablemente por lo que nosotros los hombres luchamos incansablemente. • Si se llegara a conseguir que las ideas elaboradas en el crisol de los cerebros humanos, se transformaran equitativamente en un bien común, no tendríamos desde luego, las caprichosas inteligencias de los hombres en contra de la verdadera causa que defendemos. Estamos defendiendo *el derecho, la moral, el deber, el orden, la honradez y el trabajo.* La política es la savia que vivifica el organismo social, determinando el crecimiento lento pero seguro del engrandecimiento de los pueblos. Así es, que hay que comprender el por qué aquí en nuestra República se eleva al cuadrado el movimiento actual en perjuicio de una parte del pueblo y en beneficio de la mayor parte de él.

Don Horacio.—Trina, pero tu no puedes quejarte de las buenas relaciones y de los presentes que has tenido en el curso de tres años que vamos a tener de Gobierno. Has poetizado, has bailado o me has visto bailar que para tí es igual, has tenido amigos que han correspondido con numerosas palabras al resurgimiento de las clásicas fiestas y al rejuvenecimiento de tu vida espiritual.

Doña Trina.—Sí, es verdad todo eso; pero quién niega que he tenido momentos de zozobras y de miel?... A veces, cuando tengo mi cabeza recostada en una almohada, pienso tantas cosas, que en medio de esos mismos pensamientos te veo... te veo muerto en una calle tenebrosa!... No ves que, cuando sales de tu casa le digo al Chofer que te siga y que te alcance donde quiera que tu vas y donde quiera que tu avances?...

Don Horacio.—Pero, quién se hace cargo de mi vida cuando en los peligros nadie la ha querido?...

Doña Trina.—Entonces estabas mas lejos de la muerte, y todo el mundo, hasta los enemigos en tí creían.

Chuchú.—Las poetisas no se amedrentan por tan poca cosa. La muerte no es cosa que avisa. Si nos amenaza, si nos persigue y nos alcanza a Dios dejamos nuestro entendimiento.

Doña Trina.—Pues bien, concluyamos nuestros pensamientos dejando al tiempo la razón. Adios.

Chuchú.—Adios Doña Trina. (Dirigiéndose a Don Horacio). Parece que soñó con su muerte.

Don Horacio.—Con la muerte de ella o la mía?...

Chuchú.—Con la suya. Como si fuera tan facil tirarse a los cuernos de un toro!...

Don Horacio.—Cambiemos de conversación. Ayer en la Lotería hubo un desorden mayúsculo. Se han perdido diez mil pesos que el Gobierno tendrá que pagar, qué dices tu a eso?...

Chuchú.—Eso es un asunto que hay que estudiarlo con calma, Don Horacio. Déjeme el día de hoy para poderlo resolver satisfactoriamente. Estoy seguro que debe haber algún error justificativo.

Don Horacio.—Entonces arregla eso ahora mismo, no pierdas tiempo.

Don Horacio.—Espere un momento, voy para la Procuraduría a ver qué me dicen. (Toma su sombrero, baja,

monta su auto, parte, llega a la Justicia y pregunta): como y cuando sucedió ese asunto de la Lotería?...

El Procurador.—Hace doce o quince días que estamos ventilando este asunto, pero como se me dijo desde un principio que el error es debido a un descuido respecto a la numeración, no he querido que esto tenga como modalidad un proceso que amargue la buena vida de un ciudadano inocente. Por esto he querido esperar unos días más para ver bien claro este razonamiento. A mi me parece que para el movimiento político actual seguir el curso judicial sería perjudicial. Ahora quiero me des tu opinión respecto al caso.

Chuchú.—Después de haber oído tus razones, creo desde luego que no hay para que discutir las. Yo voy ahora mismo para donde Don Horacio y le contaré con todas sus letras esta historia. Abur.

El Procurador.—Adios, Chuchú.

Después de un rato en la casa Gris.

Chuchú.—Don Horacio, todo es cuestión de un error. Son dos billetes repetidos inadvertidamente. De modo que esto podemos arreglarlo pagando veinte mil pesos en vez de diez mil, comprometiéndose la Lotería a devolverlos en el curso de un término fijo. Así no se dá el escándalo y queda subsanado.

Don Horacio.—En verdad, ocúpate de eso.

Escena Sexagésima Cuarta.

Después de algunos días.

Chuchú.—Don Horacio, ya el asunto Lotería está subsanado, no ha habido fraude. Todo es cuestión como le dije de un error involuntario. Ahora vamos a tratar otra cosa que sea de mayor importancia. Las elecciones Presidenciales se acercan y no tenemos nada hecho. El bloc de Chicho, Jacinto y Federico es una farsa. He sabido de fuente muy segura que entre Federico y Jacinto tampoco hay concor-

dancia. Ahora, después que pasen las fiestas de Febrero debemos organizar la política de atracción para concluir el grupito de Federico y modernizar estos acontecimientos. Hay un trabajo filigranesco que se hace necesario en la política. Aproveche para las fiestas de San Pedro de Macoris la coyuntura que se ha de presentar. Es el caso: Entrevístese con los representantes de todos los Ingenios y dígame que Ud. tiene imperiosa necesidad de mantener una cordialidad con el gobierno de los Estados Unidos del Norte. Que sería muy satisfactoria para Ud. la ayuda de ellos en este caso para la adquisición de la prolongación. Ofrezca la facilidad de arreglar la cuestión del terreno de «Haity Mejías», y otra cosa que no comprometa en grado superlativo la dignidad de la República. Recuerde bien todo cuanto le digo porque de esto depende nuestro triunfo. Estos Yankis son hombres de reconcentrado interés y no esperan para luego cuando ven un gran beneficio en su labor. Para este trabajo llévase a Rafael Augusto que tiene gran ascendencia con estos Señores del Norte. No pierda tiempo y empate los cabos desde ahora. La oposición está completamente anarquizada y no hay peligro. Después que lleguemos a tener el apollo moral de la Casa Blanca regularizaremos dentro del Congreso los trabajos que han de satisfacer al Gobierno. No haga caso a los decires ni a las intriguillas callejeras. Pongamos atención a la prolongación, que será la muerte civil para Federico y para todo aquel que intente mortificar la administración consecuente de la República. Hace días que sueño y me parece que este sueño no tendría nada de extraño... que Federico estaría con la prolongación, y que el motivo de esto lo produjo una comisión que Ud. envió donde él con la única idea de proponerle la continuación como vice. Esto a primera intención parece paradójico pero no hay nada de eso cuando en mi sueño sentí a Gustavo cuando le decía: Don Horacio, esto no le hace daño a su gobierno y Federico alcanzará parte del deseo que

lo enfermo. Después se decidió Ud. a cumplir el sueño cabalmente y Gustavo fué el protagonista.

Don Horacio.—Esto podría ponerse en práctica si tu quieres. Es un sueño extraño.. Pero como en la diligencia no se pierde nada.....

Chuchú.—Aunque se pierda, no ha sido mas que un sueño. Tomemos las cosas tal como son, sin que para ello hagamos un mundo de ilusiones. Toquemos todos los resortes de la política maquiavélica orientándonos siempre en las modificaciones que se vengán haciendo en los demás países que están como nosotros al antojo y manipulación de los Yankis. Colaboremos científicamente y cortemos todos los miembros enfermos. Que satisfecho se sentiría Federico si lo dejamos columpiando en su puesto de Vice-Presidente! Envíe hoy mismo a Gustavo y a Abelardo para que le toquen el pandero a Federico a ver si baila.

Don Horacio.—Bueno, entonces dejemos eso para mañana. Sigamos el curso de la conversación anterior que me parece por el momento mas urgente. Voy a mandar a buscar a Rafael Augusto ahora mismo... No, mejor lo llamaré por Teléfono. Rin... Rin...

La Telefonista.—Haló...

Don Horacio.—Comuníqueme con la Sec. de E. de R. E.

Rafael Augusto.—Quién habla?...

Don Horacio.—Tengo interés en verte ahora mismo.

Rafael Augusto.—Muy bien, ahora voi. (Toma el auto y se dirige a la Casa Gris, se desmonta, sube y saluda).

Don Horacio.—Te llamé porque es urgente que tu me prepares a los Administradores de los Ingenios de San P. de Macorís, deseo verlos a todos juntos.

Rafael Augusto.—Y en qué lugar?

Don Horacio.—En el que tu creas mas conveniente.

Rafael Augusto.—Entonces lo prepararemos para que vengán a mi oficina de abogado. Hoy mismo iré para que mañana sea resuelto el problema al que Ud. se referirá.

Tenga presente que estas gentes son muy puntuales. Así es que indique también la hora.

Don Horacio.—A las diez de la mañana a más tardar nos podemos encontrar.

Rafael Augusto.—Convenido. Entonces, hasta luego. (Le da la mano y se retira).

Don Horacio.—Chuchú, quiero que tu vayas conmigo para que tu seas quien introduzca el asunto de que hemos hablado.

Chuchú.—Está bien. Olvidemos esto y empecemos otra cosa. Cuando va Ud. a mandar donde Federico?

Don Horacio.—Ahora mismo, aunque es un poco tarde, es cosa que no gasta mucho tiempo (toma el Teléfono y llama).

La Telefonista.—Haló!...

Don Horacio.—Comuníqueme con el Senado.

Un Empleado.—Quién habla?...

Don Horacio.—Tenga la bondad de decirle a Gustavo, que en la Presidencia desean verlo ahora mismo.

El Empleado.—Está bien. (Sale, llega a casa de Gustavo, saluda y pregunta si está. En el momento sale éste al encuentro. Qué hay?...))

El Empleado.—Dijo Don Horacio por teléfono, que desea verlo ahora mismo.

Gustavo.—Don Horacio?...

El Empleado.—Sí, señor.

Gustavo.—Voy para allá. (Se pone su sombrero muy apresuradamente, toma su auto, llega a la Casa Gris, se desmonta, sube y dice): Don Horacio, supongo que habremos descubierto el Polo-Norte cuando Ud. me ha mandado a buscar a esta hora...

Don Horacio.—No, no hemos descubierto el Polo-Norte, pero tengo una idea que nos puede hacer felices para nuestro porvenir político. Se trata de que tu y Abelardo se entrevisten con Federico si es posible ahora mismo. La cuestión es

esta: Tu le ofreces la Vice Presidencia prolongada. Como todo lo que sea negocio para él es posible, podemos darle esto y algunos empleados que él pueda recomendar. Esto parece una tontería, pero más vale así para que se encuentre en el compromiso de sostener el gobierno hasta el cumplimiento de los seis años que nos marca la Constitución de 1924—acaso sea y tu veas un peligro en esto, pero no hay tal, todo se reduce a tener menos estorbo en el camino que estamos trillando.

Gustavo.—¿De modo que Ud. quiere que Federico siga en la Vice Presidencia para seguirlo despatando?...

Don Horacio.—Eso es, me gusta que mis amigos me entiendan con pocas palabras. Se me había olvidado decirte que es conveniente que Abelardo prepare a Federico para la entrevista. No dejes de hacer eso hoy mismo, porque mañana pienso ir a San P. de Macoris. Si quieres ir, estás invitado.

Gustavo.—Talvez si me decida—En cuanto a lo otro ahora mismo voy para donde Abelardo. (Toma su auto, parte y llega. Se desmonta y toca.)

Abelardo.—¡Oh! Gustavo, tu por aquí a esta hora?...

Gustavo.—Si, Don Horacio me recomendó una cuestión que requiere tu buena inteligencia. Se trata de que tu te veas ahora mismo con Federico y le propongas una entrevista para esta tarde a más tardar. Tu sabes que tu no estás mal con él y puedes prepararlo mejor que yo.

Abelardo.—Y de que se trata?...

Gustavo.—Sencillamente de que Federico queda en la Vice Presidencia prolongada por los dos años más.

Abelardo.—Y yo cómo quedo?...

Gustavo.—No te preocupes por eso que si salimos bien en la jugada ya tú y yo nos pondremos de acuerdo para defendernos. Ahora lo interesante es ver a Federico.

Abelardo.—De eso me encargo yo. Ahora mismo voy para allá. Déjame cambiar de ropa.

Gustavo.—Bueno, te espero.

Después de un cuarto de hora salen, llegan donde Federico y se desmonta Abelardo. Sube y saluda.

Federico.—¡Oh! tu por aquí?..

Si señor, tengo un asunto que comunicarle. Don Horacio envió una comisión, pero no ha llegado completa por razón de que yo no sé si Ud. está dispuesto a aceptarla.

Federico.—Por qué no?..

Abelardo.—Entonces aguarde un momento. (Baja y le dice a Gustavo: puedes subir, el hombre está listo. Sale este del auto y sube. Le dá la mano a su ingredido.)

Federico.—En que puedo servirles, siéntense.

Gustavo.—(Después de haber tomado asiento) Pues se trata de que el gobierno quiere un previo entendido con Ud. para que siga en la Vice Presidencia prolongada. Don Horacio nos envió en comisión para ver cómo piensa Ud. sobre este asunto. A mi me place todo lo que sea cordialidad y respeto en el engranaje gubernativo. Es en puridad de verdad lo que debe haber. Espero que Ud. no rehusará la propuesta. Ud. sabe que he querido arrancar a Chuchú de los brazos de Horacio pero se ha hecho un poco difícil. Yo entiendo que todo esto hay que pensarlo detenidamente. He cumplido con el deber de comunicarlo oportunamente para que luego responda con modalidad el sencillo y preliminar acuerdo que tiene como base el reconocimiento de la Constitución de 1908.

Federico.—Pero ustedes han pensado bien este asunto?.. Se han dado cuenta de que el Plan de Liberación será violado en todas sus partes?.. Recuerden que en la página diez y nueve dice su amigo Pancho que la primera intención de él fué la reducción del período Presidencial y la creación de la Vice Presidencia. De modo que se perfila una política endemoniada que en el fondo no sabemos que puede traer.

Gustavo.—Pero qué importa el resultado cuando con venga así a sus intereses políticos. Parte de modo alguno

el desbarajuste, de su política?... Olvide lo pasado y empecemos de nuevo.

Don Federico.—De todos modos este es un asunto que hay que pensarlo. Yo me abstengo de contestar por el momento.

Abelardo.—Bueno, Gustavo, ya es tarde, dejemos a Don Federico que medite un poco y retirémonos.

Gustavo.—Eso es, en otra ocasión volveremos a tocar el punto. Hasta luego.

Don Federico.—Hasta luego, Señores.

Bajan las escaleras, se montan en el auto y se dirigen a la casa Gris. Suben y saludan.)

Don Horacio.—Como salieron?..

Abelardo.—Ni mal ni bien. Hay un punto de espera. Nos dijo que la cuestión era un poco delicada.

Gustavo.—El se abstuvo de contestar porque según nos dijo respeta el Plan de Liberación.

Don Horacio.—Pero no se opuso?..

Abelardo.—Momentáneamente no. Ahora no sabemos si posteriormente se oponga.

Don Horacio.—Está bien; ya la primera piedra está colocada. Ahora sigamos luchando con lo demás. Terminemos por hoy.

Abelardo y Gustavo.—Entonces retirémosnos a descansar. Adios, Don Horacio.

Don Horacio.—Adios muchachones.

Chuchú.—Prepárese para la campaña de mañana que es bastante larga. Despues de la entrevista con los Yankin tenemos que asistir a la fiesta de la Reina de San Pedro. Mi propósito ha sido descomyuntar la oposición y darle fuerza al partido para que enarbole la bandera de concordia entre sus amigos. Hace días que los enemigos del gobierno tomaban mi nombre como arma de combate para la división del partido sin saber que toda ambición y todo propó-

sito es advertido a tiempo. Ahora, mañana será otro día. Hasta luego.

Don Horacio.—Tu sabes que yo no hago caso a nada que no esté dentro de una razón muy clara. Hasta mañana.

Al otro día. En la mañana parten para San P. de Marcos. Se entrevistan con los Yankis, asisten a las fiestas y luego regresan. Todo queda arreglado para que los administradores de Ingenios comuniquen a los Estados Unidos del Norte la necesidad que tiene la República de la prolongación Presidencial.

Chuchú.—Ahora, llame a los diputados para prepararlos. Comuníquelos que no establezcan discusiones para que los opuestos no encuentren paño por donde cortar. Del Senado no se ocupe que ellos saben nadar con sus propios brazos.

Don Horacio.—Perfectamente. Pasaré una circular para que asistan antes a la casa Gris. Martínez, ten la bondad de hacerla y enviarla seguido.

Martínez.—Esta circular será para los que se llaman sus amigos?...

Don Horacio.—Desde luego.

Martínez.—(Dirigiéndose a su mecanógrafo) tenga, haga esa circular y después de hacerla firmar por Don Horacio la envía inmediatamente con el mensajero.

A la media hora a más tardar llegan los Diputados. Reunidos en el salón de recepción toma la palabra Don Horacio. Señores: el propósito que me anima es el de que ustedes se empeñen lo mejor posible por la regulación de las cosas. He consultado varias opiniones respecto a la prolongación y todas están de acuerdo. Qué me dicen ustedes?..

Uno de los Diputados.—Hece tiempo que venimos diciéndole que la prolongación es lo mejor. Aunque los Diputados de oposición harán incapie en la Constitución de 1924, nosotros resolveremos el asunto con nuestras elocuentes manos en favor de la Constitución de 1908. Chuchú es

hombre que no se duerme. Cuando Ud. creía que su espada tenía un solo filo, nos encontramos conque tiene dos y muy bien afilada.

Que discernimiento y que largueza en sus engañosas manifestaciones! Cuando todo el mundo creía que laboraba para él aparece hoy en medio de la tempestad política envuelto entre las marjadas dirigiendo el esquife como un gran piloto. Ya se acabaron las intriguillas y las calumnias de algunos de nuestros propios amigos que querían la división del Partido. Ahora queda la posible restauración del verdadero Horacismo del 26 de Julio.

Don Horacio.—No recordemos el pasado. Lo que debemos ahora es modernizar todo cuanto sea posible la embarcación para que mas luego no se nos vaya a pique.

Chuchó.—Que le parecieron las declaraciones que hizo el Listín de ayer?...

Ernesto.—Magnífico. «Cada cual mató la suya y dos se fueron volando.»

Se dice que pronto veremos el bloc de oposición protestando, y que si hay la prolongación se armará una revolución compacta. Yo sé positivamente que donde Chicho han visitado algunos de los muchachos de la parte contraria pidiéndole su colaboración para la protesta que pronto saldrá suscrita y publicada en los periódicos de toda la República. Hay quien opine que esta gente no podrá seguir junta hasta la terminación de sus aspiraciones, pero yo creo que guardarán todas las formas que sean necesarias respecto al entendido que mantendrá unida toda la fuerza colaboradora que hace rato viene debilitando al gobierno.

Chuchó.—Pero tu crees que Chicho entrará en esto por amor al arte?...

Ernesto.—No lo creo, pero como a veces se piensa una cosa y al final resulta otra...como por ejemplo el acueducto, pavimentación y cloacas de la ciudad que hasta ahora está resultando el cuento del mamey...Chicho no tiene, ni creo

que tendrá razón para contribuir al relajamiento político del país, ni a nada que tenga como principio el desordenado movimiento que actualmente se nota. Te puedo asegurar sí, que hasta ahora no se ha resuelto nada concreto.

Don Horacio.—Señores: preparemos los cabos para amarrar la embarcación, que la tempestad que nos anuncia el tiempo es formidable.

Ernesto.—(Riéndose) Don Horacio, donde aprendió esa astronomía terrestre?.....

Don Horacio.—En la Casa Gris donde me circundan varios astros y varias nebulosas, que a veces se descomponen con el fuerte calor del sol.

Chuchú.—(Con su sonrisa acostumbrada) pero hay nôtros que con su luz iluminan el cielo adornando con múltiples colores el arco iris de una polstica embrionaria. Esto no quiere decir que la tempestad no dure el tiempo necesario para arrancar al espacio la belleza momentánea y darle el color oscuro a lo que enantes era un panorámico ensueño. Así es la naturaleza. Todo tiene su fin.

Don Horacio.—Basta de poesias y sigamos laborando para el bien de la patria. Cada uno de vosotros ponga su grano de arena para contrarrestar el empuje del enemigo que nos vendrá encima dentro de algunos días.

Arturito.—Oidas las partes; mantenido el concepto para lo que fuimos invitados, y concorde con los puntos señalados en la parte principal de nuestra reunión; nos retiramos a esperar las disposiciones gubernamentales, que conforme lo expuesto se relacionan con la prolongación y el bloc determinante de la oposición.

Ernesto.—Vámonos, señores. Hasta luego, Don Horacio.

Don Horacio.—Adios, no se olviden que se debe tener presente que la tempestad se acerca. Amarrén bien los cabos y aseguren la embarcación lo mas posible. El mar de la política se encrespa todos los días mas y puede haber a mas de la tempestad una tromba.

Escena Sexagésima Quinta.

Dos días después.

Don Horacio.—Se acercó por fin la hora de la redención según los opositoristas, ya apareció el bloc de que tanto se habló en los círculos políticos de la República. Ahora habrá que hacer como Melchora o exponernos a llevar la carga onorme de responsabilidad a su último extremo. Tu leíste el manifiesto de Federico?...

Acusa al gobierno de malversador de fondos y apollador de crímenes y delitos. Que piensas tú sobre esto?...

Chuchú.—Si la razón se impone y la regla de aligación se interpone, tendremos que cambiar de rumbo. Pero si nos favorece la sin razón y nos mantenemos en un nivel parecido al que actualmente tenemos, seguiremos, conforme la regular actuación hasta tanto se disipe el nubarrón o la tempestad que nos amenaza destruirnos. No le tenga miedo al vendaval aunque sea acompañado de fuertes sacudidas sísmicas. Yo tengo por costumbre como marinero audaz naufragar en el mar de la política con el salvavidas debajo del brazo. Recuerde que hemos alcanzado el triunfo en más de dos ocasiones aunque para ello tuviésemos que gastar un poco de energías. Hay otra cosa que debo advertirle, y es que nada hacemos con gobernar a medias, como quieren los enemigos. Si el porvenir no es provechoso cojamos nuestras maletas y desembarquemos nuestros tripulantes abandonando desde luego la nave a merced del viento a ver si así los nuevos marineros o pilotos la guían al puerto de salvación.

Don Horacio.—Yo sé lo que tu me dices Chuchú, pero a pesar de eso tengo desconfianza de los amigos del gobierno. Todos tienen un interés personal tan grande que manifiestan descaradamente su ambición en cuanto al movimiento político que se ha puesto a estudio en estos días. Así como hemos sido vencedores en varias contiendas, así también

podemos ser vencidos en los combates posteriores y entonces tendremos que sucumbir apesadumbrados sin más campo de acción que una derrota vergonzosa dentro de una administración como la que tenemos actualmente llena de errores. Es verdad que no tenemos la culpa. Pero quién culpa a los enemigos? Las buenas formas, la libertad y el progreso que de esta administración se han sucedido, nadie tiene ojos para verlos con claridad. Pero, para lo demás que no tiene importancia si se tienen ojos más claros que la luz del sol.

Chachú.—Perfectamente, así tiene que ser mientras haya mundo. Lo igual no existe. Cuantos inconvenientes no ha tenido Primo de Rivera en España para desarrollar una política nueva, y Benito Mussolini en Italia con su Fascismo, y otros en los demás países que están gobernando con mano de hierro?...No ha visto en la América las distintas faces también, que presentan los pueblos para regularizar la marcha de cada uno de sus Estados respectivos?...Que nos ha demostrado durante tanto tiempo la política de los Yankis, si no es relajo y mantenimiento de sus fuerzas en los pueblos pequeños para sojuzgar y maltratar su independencia?... Todo esto Don Horacio, debe ponerlo en el camino para no sejar un solo momento y penetrar hasta el último rincón oscuro de nuestras conciencias. Si queremos alcanzar dicha sin tropezar con los escollos del bosque en que estamos metidos, estoy seguro de que no llegaremos nunca al fin de la jornada. Ese bloc de que Ud. me habla es la figura romboidal llena de imágenes bellas, pero que al menor soplo de la brisa se desvanece dejando solamente como la flor, su perfume en el ambiente y sus pétalos desordenados al viento. Chicho, Federico, Armando, Rafael, Mario y Enrique son los *modernistas libertadores de estos tiempos*. Ahora juzgue cual ha de ser su actuación hoy, y cual la de mañana. Todos tenemos en nuestra historia una página en blanco que llenar.

Don Horacio.—De modo que tu estás decidido porque sigamos gobernando aunque se pierda en la nube negra de la política la claridad del sol de nuestra patria?... Que esos astros que brillan solamente por el oro que acumulan en sus arenas son astros que pierden su luz al menor contacto de otros astros...? Bueno, pues entonces sigamos gobernando. Chicho.... Quien nos diría que después de sus declaraciones estaría por alcanzar nuevamente el poder. Federico.... que olvidando su derrota se coloque como un niño en medio de los hombres de su ayer?... Y Jacinto...el hombre que arrojado del Partido se estacione nuevamente dentro de él?... Es verdad lo que tu dices, no se puede ya creer, ni en los hombres de estos tiempos, ni en los hombres que mas luego se han de ver.

Chuchú.—Consulte con su conciencia, razone luego los pormenores de las intransigencias de sus amigos, colóquese en medio de su pasado y su porvenir político, y verá claro el resurgimiento de un gobierno modelo, que dejará lentes de gran aumento para los que hoy no ven bien la bella naturalidad con que se han sucedido todos sus actos en la vida. Comprenda Don Horacio, que la fuerza se relaciona con el sentimiento militar y da un carácter tan contrario al sentimiento armónico del alma, que no deja duda respecto al movimiento evolucionista de los grandes pueblos. Para convencimiento de lo que le acabo de decir lea el cable que a continuación le copio. Dice así: «Washington, Abril 5.—El Estado mayor Militar es partidario de la construcción de un nuevo canal trasatlántico por Nicaragua, de preferencia al engrandecimiento del actual canal de Panamá. Los Estados Unidos tendrían así dos vías de comunicación entre los dos océanos, de manera que en caso de guerra si un canal es puesto fuera de servicio, el otro pudiera ser utilizado. El Presidente Coolidge discutirá la situación en su mensaje de Diciembre al Congreso y consultará previamente sin duda alguna a las autoridades militares y navales. El

nuevo canal de Nicaragua costaría alrededor de doscientos cincuenta millones de dólares.» Conque simplifique todo esto, póngalo al alcance de sus mismas fuerzas e imitemos a nuestros vecinos del Norte. Ellos no nos pueden obligar a que cojamos un camino nuevo, porque ellos siguen el mismo que hace muchos años se han trazado.

Don Horacio.—Y que pasó con Chapita en Santiago?...

Chuchú.—No se ocupe de eso. Son tonterías de «La Información» que dice haber visto unos maderos en la calle N.º 30 de Marzo, para impedir el paso; lo que ocasionó que el amigo Chapita ordenara militarmente como es natural, la franca vía para poder pasar. Pero Ud. sabe como se dicen todas estas cosas en los benditos periódicos nacionales.

Don Horacio.—Y que dices tú a esa carta de Armando?..

Chuchú.—Déjelo rabiar. No conteste. Esta gente se pican a la pluma del buche. Parece que Clodomiro también se ha contagiado con Armando, Pepe, etcétera. Ahora lo que debemos hacer es continuar nuestra labor Congressional. Ya se nombró la comisión en el Senado para el estudio definitivo. Después de semana santa hablaremos detenidamente sobre esto. Por lo pronto tomémosle el pulso a los Diputados para ver si la fiebre alcanza buen grado. Algunos de ellos no están con la prolongación. Pero si le aseguramos sus dos años camariles se agarrarían del clavo caliente aunque sepan que se achicharran las manos.

Don Horacio.—Vamos a tocarle a Federico sobre la prolongación. Si él acepta nos será más fácil el triunfo. Envía ahora mismo una comisión invitándole a la casa de Angelito.

Chuchú.—Pero.....

Don Horacio.—No, en esto no hay pero. Lo que se busca es que las originales circunstancias se puedan colocar fácilmente en la más segura regularidad para que los inconvenientes no se multipliquen en el curso de la discusión.

Chuchú.—No me dejó terminar; he querido decirle que

mi creencia es que Federico no aceptaría nada que no tenga por principio el cambio general de la política. Experimentemos ahora mismo y se convencerá de lo que yo le digo.

Don Horacio.—Martínez, tenga la bondad de hacer una invitación a Federico y a Angelito para una entrevista conmigo en la casa del segundo.

Martínez.—Está bien. Se hará seguido.

A los diez minutos llevan la invitación y Horacio la firma. Seguido ordena su envío y llega a manos del destinatario.

Federico.—(Después de haber leído) que diablo se traerán esta gente nuevamente?...

Oficial de servicio, tenga llévele eso a Don Angel y dígame que la ley; después que pase por mi oficina inmediatamente.

A los diez minutos llega Angelito.

Federico.—Que te parece de esa invitación?...

Angelito.—Eso me parece que es como una red para ver si Ud. cne como una mosca. Pero como a veces las redes se pueden evadir con la misma facilidad con que se forman, yo creo que podemos oír el movimiento sin tener que caer en ella. De modo que acepte la invitación. No hay que dejarles el campo abierto. Lo que conviene es, darle publicidad inmediatamente a lo que suceda, porque si no ellos toman esto como estribillo para la propaganda en favor de la prolongación.

Federico.—Es verdad, entonces vamos.

Montan el auto y se dirigen a la casa indicada. Seguido llega Don Horacio con Chuchú, luego entran en materia.

Don Horacio.—Como ustedes saben, está la prolongación del gobierno en perspectiva. Mi propósito no es gobernar solo, sino acompañado de los mejores elementos del país. Pero como he encontrado el inconveniente que Uds. mismos conocen, me he valido de la última intentona para ver si es posible un buen entendido entre tú y yo (dirigiéndose a Fede-

rico). He pensado y creo que será fácil la corrección de la Constitución en cuanto a la Vice y a los Senadores que han de vacar. Como para tí sería provechoso todo cuanto sea dentro del orden de cosas que llevamos a cabo, completáramos el período de los seis años dejando a un lado el camino obstruido y tomando uno nuevo. Yo entiendo que los compromisos políticos no te dejarían obedecer a mi reclamo, pero como todo es posible en la villa del Señor.....

Federico.—Si, todo es posible en la villa del Señor. Pero hay cosas que manejadas por la hábil inteligencia de los hombres no alcanzan el éxito aunque las dulcifiquen con inspiraciones en el desenvolvimiento lento, que la naturaleza les indique. Recuerde que para hacer una buena organización, hay necesidad de ajustarse a una política mas racional, sin que para ello tengamos que apelar a los modos mas violentos y descabellados. Sé por razón ya conocida, que todo cuanto se diga y se haga es inútil, porque hay rocas en el camino que vienen creciendo hace tiempo sin que la mano del hombre las haya tocado hasta la fecha.

Don Horacio.—Y que dice el amigo Angelito?...

Angelito.—Yo no digo nada, Don Horacio. Lo está diciendo todo Don Federico. Solo he tenido la complacencia de oír las distintas consideraciones respecto al caso que ya se ha discutido. Mi opinión es conocida. Ahora queda Chuchú dueño absoluto del campo para emitir la última palabra sobre el caso que nos ha traído.

Chuchú.—También mi opinión es conocida y en este caso último recojo mis fichas y no juego. Don Federico es el hombre.

Don Federico.—No, el hombre es Don Horacio, que sabe para lo que me ha llamado.

Don Horacio.—Si, perfectamente bien, todo está dicho, pero la última palabra aún permanece en el tintero. Todavía no hay un verdadero punto de partida. Si Federico tiene interés en salvar la situación colocaríamos hoy mismo

la primera piedra de la continuación. Esto no es una conveniencia sino una necesidad para el porvenir de la República.

Federico.—Ya he probado en otras ocasiones la veracidad de mis palabras. Cada una de ellas sintetizan el buen concepto que tengo de todo cuanto ha ocurrido y de todo cuanto pueda ocurrir. De modo que, para convencerme el gobierno, sería necesario romper el sistema actual y colocar en la cima de nuestros compromisos anteriores un nuevo sistema. Esto es desde luego irrevocable.

Don Horacio.—Entonces terminemos por hoy, para ver si pensamos un poco mejor sobre el asunto. Hasta luego. Estrechándose las manos se despiden.

Don Horacio.—Chuchú, tu no crees que Juan podría darnos su opinión respecto a la prolongación?.....

Chuchú.—Qué Juan, Don Horacio?...

Don Horacio.—El de la Corte de Santiago.

Chuchú.—Este hombre es un rabioso, pero hagamos la prueba.

Don Horacio.—Martínez, ten la bondad de hacerle una carta invitándole a pasar a ésta. Ya tu sabes como debes hacerla.

Martínez.—Está bien.

Después de terminada la carta y firmada por Don Horacio la meten en el buzón.

Tan pronto fué recibida y leída, monta Juan su carro y llega a la Casa Gris. Sube, saluda y pregunta por Don Horacio.

Martínez.—Pase, Don Juan.

Don Horacio.—¡Oh! Amigo, lo esperaba.. Hace días que estoy por consultarle un asunto que supongo debe estar enterado de él

Juan.—De que me habla, Don Horacio?...

Don Horacio.—Simplemente de que me dé su opinión sobre la prolongación, tópico del día.

Juan.—Si mi opinión no le es de mortificación.... ..

Don Horacio.—(Interumpiéndolo) no, aún sea en contra yo la acepto como sincera. No se preocupe por lo demás.

Juan.—Pues bien: voy a decirle la verdad tan clara como la luz del sol. Sus amigos lo están engañando. Todo lo que se diga respecto a la prolongación es absurdo si se quiere apartar del Plan de Liberación. Todas las opiniones incluso la mía serán contrarias a la posible aceptación de esta disposición gubernativa. Le digo gubernativa; por que no se concibe que un Congreso honrado sea capaz de discutir un asunto tan descabellado. Aunque Gustavo Chuchú, Moises, Fello y otros de sus amigos incondicionales se atrevan a decir lo contrario, estos como todos los que apoyen la prolongación están en un error, convencidos de que la verdad solamente es una. Lo que se trata de hacer será impugnado por la fuerte opinión del país y será para Ud. una calamitosa cuestión que le restará la simpatía entre sus buenos y leales amigos que le aconsejan talvez desinteresadamente. Esto de modo alguno conlleva una intrigante correlación con los pormenores de una política barata, ni una preconcebida intransigencia en cuanto a mi modo de ser. Hasta aquí, Don Horacio, llega la ciencia de un hombre que no comulga con ruedas de molino ni con caballerías andantes.

Don Horacio.—Pero cree que la República necesita de un hombre como yo, que le ha dado plena libertad a la prensa, orden relativo a la administración y paz completa al país?.....

Juan.—En cuanto a eso yo no podría decirle nada, Don Horacio, porque la misma prensa lo está juzgando y la historia sabrá decir mañana la verdad aunque Ud. diga como han dicho otros: Yo no la leeré. Hasta aquí mi opinión. Me retiro, y que Dios lo ayude a salir de este atolladero en que Ud. se ha metido. Hasta luego.

Don Horacio.—(Dándole un apretón de manos) hasta

luego, Juan, ya tomaremos en cuenta sus disertaciones.

Chuchú.—Qué sacó del hombre, Don Horacio?...Supongo que éste alacrán es difícil de cojer por el fleco.

Don Horacio.—Nada, dice que tú, Moises, Fello y Gustavo, son unos descabellados.

Chuchú.—Yo no le dije qué animales como éstos no se pueden domesticar?...Ahora vamos a ver que le dice el amigo Rafael Justino. Como este es de la masa común recojéremos mejor producto.

Don Horacio.—A éste le vi hace días y me dió su opinión contraria diciéndome que todo se puede hacer; pero que entendía que este es un asunto de transcendental importancia.

Chuchú.—De modo que Ud no cuenta con él?...

Don Horacio.—No, él piensa lo mismo que Juan el de Santiago.

Chuchú.—Él que no piense con Ud. en este momento crítico no lo tengo como amigo. Sus amigos no pueden mortificarlo. Si Rafael Justino fuera un buen amigo suyo no sería capaz de integrar la oposición ni darle importancia a un asunto que cubre de luto todo el sistema planetario de su política. Los satélites que brillan al rededor del sol no pueden tener mas fuerza de luz que el mismo sol. Estos satélites que se apartan son satélites imperceptibles que se esconden, envueltos en su ropaje de impureza detrás de la nube negra para dejar que la clara luz de la luna verifique su evolución y alumbré en la noche las conciencias que han de pensar mejor el dulce porvenir que nos espera. Deje a sus enemigos que ladren, que ladrando se quedarán como los perros en el camino.

Don Horacio.—Tu viste el grosero artículo de Américo donde dice que el Partido Nacional rompió traidoramente la alianza con Federico, y que este es el hombre de más responsabilidad histórica y de más prestigio en el país?.....

Chuchú.—No se preocupe por eso que también dice que

yo soy un mal amigo suyo porque aspiro a su permanencia en el poder. Estas son chifladuras de América que también aspira a ser aunque sea oblicuo en sus ideas:

Don Horacio.—Aunque esto está lejos de lo que estamos hablando, que piensas tú respecto a Luis que no quiere estar mas tiempo en la cartera de lo Interior?..

Chuchú.—Como las cosas están un poco delicadas, díga-le a Luis que es necesaria su permanencia en el delicado cargo que desempeña, hasta tanto se normalicen. El no puede negarse a cumplir el mandato, porque sería desobedecer el cumplimiento de su deber. Aunque él dijera que vino por pocos días, satisfecho debe sentirse conque el primer magistrado de la Nación lo tenga a su lado durante algunos días más. •

Don Horacio.—Comprendo, pero Luis me argumentará que no podrá dejar sus intereses abandonados.

Chuchú.—Pero Don Horacio, ... acaso en política se están mirando intereses personales?... haga lo que a Ud. le convenga y rólese de lo demás. «El que quiere azul celeste que le cueste.»

Don Horacio.—Bien, así lo haré. Ahora dime que pasó con Lisgonut, este no está con la prolongación?..

Chuchú.—No, no está. Parece que lo amenazaron desde Monte Cristy. Los cinco mil pesos ofrecidos a su Señora a nombre del gobierno fueron rechazados por esta, con recrudencias terminales. Según Fello y Duquela ésta dijo que nada hacía el gobierno con ofrecimientos si nada cumplía. Pero que en caso de que su esposo conviniera en algo tenía que ser dando y dando. Recibiendo ella un cheque antes de dar el voto en la Cámara para compensar los grandes sufrimientos y los grandes desvelos que en la política se suman y hasta se multiplican. Pero yo no sé en conciencia si este par de sinvergüenzas habrán dicho la verdad o es una invención para que Ud. se entienda directamente con Lisgonut. Lo que haya de cierto lo sabremos mas tarde. En cuanto a Dedé creo que no hay gato cimarrón mas difícil de cazar.

Es hombre que rehuye todo compromiso político, satisfecho de que con esta forma vivirá eternamente alejado del engaño y de la traición de sus mismos amigos que como Mateo y Sebastián; sabrán ponerse a la altura moral de sus aspiraciones. Pasado mañana se le dará la última lectura a la prolongación en el Senado y la primera en la Cámara de Diputados. Esto es lo que urge y concluyamos para entrar en el festival de Santiago que por el momento está llamando la atención de la gente moderna.

Don Horacio.—Hombre, a propósito de festival; el Domingo habrá una pequeña fiestecita en la escuela correccional y he sido invitado para presenciar la entrega del instrumental que a los niños hubo de ofrecerle la sociedad benéfica. Fabio, Monseñor y otros tomarán la palabra para darle espiritualidad al acto. La correccional hará ejercicios militares y tocará algunas piezas musicales. En cuanto a lo de Santiago tengo que callar porque me parece que Mario Fermín es hombre bastante vivo y colaborará tesoramente para que esta obra quede lo mejor acabada posible. En cuanto a mí no tengo nada que decir porque Trina es mi guía y no está dispuesta a perder ningún ripito.

Doña Trina.—Eso si es verdad, ya son pocos mis días y hay que aprovecharlos. Horacio sabe que todo pasa, que son más los sufrimientos y dolores que las dulces horas de la vida. De modo que hay que gozar todo lo mas posible hasta que llegue nuestro día.

Aprovecho este momento también para decirles algo respecto a la tan traída y llevada prolongación, con el único propósito de que se tenga mucho cuidado con el movimiento de la oposición, pues algunos muchachos me han anunciado el peligro que está corriendo Horacio si no aleja la ley que ha de dar el Congreso en su última sesión.

En medio de esta conversación entran María, Genoveva, Carmen, Cusa, Mercedes y Dolores. (Todas a la vez): Doña Trina Ud. no va a Santiago?

Doha Trina.—Así pienso no sé si alguna cosa me lo impida.

Marta.—Pero que se lo va a impedir, si la salud es lo principal y Ud. está llena de vida?..

Genoveva.—Naturalmente, no hay impedimento posible cuando el organismo se siente impelido por la fuerza espiritual. Las risueñas auroras que se contemplan en esas mansiones privilegiadas que mantienen llenas de encantos esta mansión, deben ser para la poetisa enamorada las emanaciones bellas de su candente inspiración.

Carmen.—Así es, para sentirse amada y satisfecha no hay más que dos cosas en la vida; tomar las copas cuando llegan y olvidar el porvenir de los dolores.

Cusa.—Perfectamente, Dios hizo la luz, el agua y el viento para que el poeta sacara del fondo de esas cosas el sentimiento. De modo, que la música sonora de las cadenciosas miradas de la luna compañera del silencio, arranca la melodiosa canción de aquellos tiempos para modular sonidos armoniosos que vengun en consonancia con la luz del firmamento. Más luego, copiando del panorama de las aguas las tristes horas del marino que navega envuelto en la sábana negra de la noche, encontramos que la estrella que lo guía se aparta en el oriente para darle paso a la aurora que baña con los rayos del sol el espacio azul, y con serena majestad el viento empuja la góndola blanca de la idea y enlaza el sonrosado crepúsculo con las tenebrosas tempestades de los sufrimientos.

Mercedes.—No sé por que piensa de ese modo, cuando su vida de soñadora arranca de su plectro los sonidos armoniosos de otros tiempos. Cuando madura ya la experiencia se acerca al crisol de su cerebro las ondulantes espirales del humo que enerva, del humo que eleva, el cariñoso amor de las vestales, el dulce licor de aquellos labios que en otros labios deja la sabia purificada de dos almas, como la picada inocente de la abeja.

Dolores.—A mí también me sirve de sorpresa esa expresión de nuestra dama, que como primera en nuestras fiestas se aleje del grupo que la llama. Nada impedirá que de la fuente nazca la inspiración divina, si de la tristeza nace siempre la canción más bella de vida.

Flor.—Así como dicen María, Genoveva, Cusa, Mercedes y Dolores, así es también mi pensamiento. Tengo como las flores el destino de sentirme enamorada, bien oliente para regar el perfume de mi cáliz por el mundo, como riega el ruiseñor su música y el poeta sus versos. Qué diría la primera dama si así no pienso?... Diría que mi vida se consume en la tristeza como insecto que no siente. Por eso quisiera que la dama de mi cuento se acercara más y más a la verdad de mis sueños y contara allá en la rica región de sus endechas la dulce historia de su vida de poeta.

Doña Trina.—Qué dulces horas para mí cuando encuentro en la vereda la Flor perfumada de otros tiempos!... Pero más dulce aún y más bello es sentirme entre ustedes, entre sus sueños!... Así como María arranca el entusiasmo de mi vida para dárselo al viento, así Genoveva conmueve mi alma, enseñando la beldad de la naturaleza y copiando del panorama de la vida sus encantadores versos. También mi amiga Carmen se siente satisfecha y me convida con sus cánticos de alondra a recibir la suave y delicada carejada de Cusa, que me dice entre filosóficas palabras, las sonoridades sentimentales de sus idios. Mas luego, Mercedes se interroga y conmovida por su plectro, satisfecha de la dama que la escucha se contempla en el espejo de su alma y como el humo se transforma en espirales y penetra aquí en mi pecho. Ella sabe que Dolores las contempla y como suave mariposa toma el néctar del cáliz de esos cuerpos que arrojando por sus poros mejillales la cascada cancionera le pide a la dama de su cuento la dulce historia de su vida de poeta. Pero, no me pertenezco. Colocada como estoy en medio de un mar de negro ambiente, se abalanza la tristeza y arranca

de mi mente las bellezas de esos sueños de poeta y penetra en mi alma un malestar tan grande, que parece algo así como que se apaga el encendido crisol de mi cerebro. De modo que, conscientemente os pido, que perdoneis la sincera expresión de la amiga que en este momento no sabe si alguna cosa la impida.

Don Horacio.—Satisfecha está Trina de que nada ocurrirá y de que como ustedes se bañarán en el río jordanero de la política que nos guarda buena venturanza y regocijo en el sentimentalísimo ruido de la cascada que da la música y el arte para envolver todos los sentimientos.

Chuchú.—¡Caracoles!... Cuantos jilgueros tenemos para las fiestas del doce de Julio venidero. Si seguimos así gozaremos mucho más que lo que gozamos en los años anteriores, y la historia del gobierno será el rumoroso sonido de una serenata que a media noche despierta al que entre los brazos de su amada se siente agonizando de nostalgia.

Doña Trina.—Pues, bien, para que resulte un cuento, aceptaremos las parábolicas palabras de Chuchú como postdata de las frases elocuentes de las damas que convidan mi persona y realizan con epítetos las fiestas, saludando el nuevo día que ya llega y que en mi alma yo lo siento.

María.—Entonces, a vivir la nueva vida de Santiago, y terminemos esta historia que parece que es un cuento. Hasta luego, hasta luego Doña Trina, preparémonos mañana que es el día de partir para la ciudad de los trágicos sucesos.

Aquí se despiden.

QUINTA PARTE.

Escena Sexagésima Sexta.

Doña Trina.—¿Qué te parece, Horacio...? Yo presiento las cosas; por poco hay una desgracia si se desploma el Pabellón Cubano en Santiago. Hubo una alarma tan grande, que hasta tus amigos se llenaron de miedo. Y realmente la cosa no era para menos. Yo, como estoy curada de espanto y he pasado tantas calamidades en el camino de tu vida política, nada me hace temblar. Pero te digo que en ese momento se apoderó de mí una tristeza que conmovió todo mi cuerpo.

Don Horacio.—Pero Dios está con nosotros. Nada ocurrió y mañana seguiremos nuestra parranda. La Comisión Cubana nos ha invitado para obsequiarnos con un opíparo banquete en el vapor "Guantánamo". Se beberá, se ballará y se comerá hasta decir: ¡ya! Hay que gozar, Trina, hay que gozar. Nuestra vida ha sido de sufrimientos y dolores durante muchos años. No es posible que se nos presente la ocasión y no la aprovechemos. No te preocupes por lo que digan los periódicos del país. Estos periódicos tienen que vivir aunque sea a fuerza de calumnias e intriguillas. Mientras las cosas no pasen de castaño a oscuro, debemos mostrarnos indiferentes. El mundo es de los audaces, y la audacia la considero yo un engaño. Engañar con buenas maneras es satisfacer un deseo. Robémonos el tiempo, porque

el tiempo nos está robando la vida. Las cosas pasan como pasa ligero el pensamiento, y como pasan también las ideas. La naturaleza, única grande y elocuente, nos dirá o nos enseñará la gran vía que nos ha de trazar para llegar al punto final de nuestra existencia. Esta es la verdad.

Doña Trina.—Parece que te has ilustrado en el manejo de la cosa pública. Nunca te había oído hablar en esa forma, ni te había sentido tan satisfecho como ahora. Pero, a pesar de todo esto que tú dices, hay algo escondido en el fondo de nuestra alma que detiene el pensamiento y guía la idea que ha de darnos el sentimiento.

Don Horacio.—Es que los tropezones hacen levantar los pies. Todo se aprende a medida que va usted oyendo y mirando a los hombres. Hoy escriben una cosa y mañana escriben otra, diciendo lo contrario de lo que dijeron ayer. Cualquiera no los entiende. Yo creí que la filosofía era la esencia de la verdad; pero el sofisma lo descompone todo y la belleza de las cosas pierde su color natural imponiendo al hombre su inmoralidad.

Doña Trina.—Bueno, Horacio, ¿y qué le pasa al amigo Chuchú que no está como antes? Ya no lo veo tan cariñoso contigo y me parece que está un poco alejado de la casa; ¿estará celoso con Martín?... ¿O será que se habrá cansado de la lucha titánica que ha sostenido durante tres años...?

Don Horacio.—No, él no es hombre que se cansa por tan poca cosa. Es que hay un problema en el gobierno que él entiende y que no se atreve a resolver. No porque no sepa, sino porque el problema es un dilema natural, nacido de la habilidad de Gustavo que quiere agarrar el puesto de Chuchú de alguna manera. Tú sabes que hay muchos aspirantes a la Vice-Presidencia en las próximas elecciones. Yo no puedo ofrecérsela a ninguno. Ahora, si acaso la reelección no es segura, habrá distintos aspirantes a la Presidencia. De modo que, dime si éste no es un gran problema para el amigo Chuchú y un dilema para el gobierno. ■

Doña Trina.—Sí, esto será un dilema siempre y cuando tú no tuvieras energía suficiente para partir por la calle del

medio. Si tú crees que Chuchú no ha de ser, debes entender-te con él antes de que suponga otra cosa. A mí me parece que el que mejor te conviene para desenmarañar estos tejidos, es Martín. Este es como si fuera tu hijo, y no haría nada sin consultarte. Esto no quiere decir que si se puede, tú nomines a Chuchú en la Vice. Este ha demostrado ser un gran amigo tuyó en todo momento. Pero, estoy segura que si coje la silla será el peor cuchillo para tu garganta. La codicia rompe las buenas maneras y la educación pierde el hilo del deber y del cariño. El interés se impone en todas las cosas de la vida. Lleva esto como prenda de gran valor y el problema está resuelto. Debo preguntarte otra cosa: ¿Qué está ocurriendo en la Lotería que a cada momento hay una filtración?... Según declaraciones de Antonio, se desaparecieron mil billetes en estos días y el premio se lo sacaron dos veces.

Don Horacio.—Esta cuestión de los billetes yo no la entiendo. En días pasados me hicieron una explicación de cómo se jugaban dos premios a la vez, pero no puse la atención debida. Ahora, para no tener responsabilidad nuevamente, le dije que sometieran el caso a la justicia. Parece ser que el billete en cuestión es falsificado y no hay delito alguno. Lo que sea, sonará más luego. No hablemos más de política y vamos a las fiestas de Santiago. Para fines de mes hay un gran banquete preparado por la Comisión, a donde supongo asistirá todo el país. ¿Asistiremos nosotros?...

Doña Trina.—Eso está de más que tú me lo preguntes, niño!..... Tú sabes que te complazco en todo, aunque vaya corriendo el peligro de perecer contigo; mi vida es tu vida! Dos almas que se quieren abandonan la tristeza y se arrojan al abismo sin sentir las punzadas de la muerte. Te quiero decir, querido esposo, que, para corresponder y sostener el equilibrio mutuamente, tenemos que ser una sola alma, una sola vida y un solo pensamiento. Contrariar la naturaleza es contrariar la filosófica beldad del sentimiento.

■ **Don Horacio.**—Entonces, prepárate, que nos vamos a divertir un rato..

Don Horacio.—Trina: satisfecho ya de las fiestas que han pasado y de las elecciones para Constituyentes, tenemos que entrar de nuevo a prepararnos para el 12 de Julio. Todo está como el lago de Venecia. Tres años vamos a tener de gobierno y en el bello panorama de nuestra política se ve la pintoresca lamentación de la prensa de la oposición, dando testarazos contra la administración que durante muchos años no tendrá compañera.. Es verdad que se ha gastado dinero, pero también es verdad que se han llevado a cabo algunas obras de importancia. Tenemos, de ejemplo, el pedazo de carretera de Samaná, el pedazo de tierra de Montecristi, el pedazo de tierra de Santiago, los estudios del puerto de Santo Domingo, San Pedro de Macorís, Puerto Plata y el Acueducto. Este último, no se ha comenzado ya por los grandes inconvenientes que tú sabes se han presentado durante las últimas discusiones con Federico, que siempre ha de ser gran importuno en todo cuanto ha sido de progreso y de prosperidad para el país. ¡Ah! se me olvidaba agregar a todo esto la gran EXPOSICION de Santiago, que le ha dado a la República puesto de honor en ciertas y determinadas naciones de importancia y ha conquistado parcialmente algunos elementos que manejan la política, con tal modalidad que no deja nada que desear. Para convencimiento de eso, ahí tenemos al amigo Mario Fermín, quien ha batido el record en el manejo supersticioso del relampagueo de sus ideas y ha llenado el hueco que dejó el amigo Federico hace ya algún tiempo. Todo esto, esposa mía, es incuestionablemente el corolario —como diría el amigo Chuchú— de la firme resolución del problema que tenemos por delante durante la administración que en mis manos, satisfactoriamente para todos, contempla y acepta este pueblo conciente de su deber.

Doña Trina.—Perfectamente; pero hay que asegurar con más inteligencia, con más originalidad y con más conciencia la regular actuación que en lo venidero se te ha de presentar, porque hay que convenir con las ambiciones, con los disgustos, con las inoportunidades de tus mismos amigos, con los malos ofrecimientos que tú hagas sin acordarte

tal vez del daño que te puedan acarrear, con la misma inconsecuencia de esos que se llaman tus amigos que en distintas ocasiones te han traicionado, y con lo peor de todo esto, que es la Vice-Presidencia de la República, que tendrá muchos aspirantes dentro de tu misma administración. Todos estos entuertos y malandanzas son, sin duda alguna, esposo mío, las cuestiones que hay que tener presente para que no te suceda como al Caballero de la Triste Figura, que en los cuentos de Cervantes son muy comunes. Yo sé que tú siempre lo prevés todo, pero ¿quién quita que se te olvide tal vez la mejor parte de la lección que debías aprenderte de memoria, para tus incomparables determinaciones de leyes y decretos?... ¿Acaso la fragilidad humana está respaldada por el sentimiento?... ¿Acaso no es más fácil triunfar con la cabeza que con el corazón?..... ¿No hemos visto a los hombres de ayer compartiendo hoy los triunfos y felicidades junto a tí?... Recuerda, recuerda y no te olvides nunca de todo cuanto yo te advierto, y verás palpablemente la clara suntuosidad de mis consejos sanos, y llenos de un desprendimiento verdadero que no deja duda alguna en la confidente relación de dos esposos que se han querido tanto como tú y yo. Vano ha de ser todo si sigues navegando en el mar de la esperanza sin timón. Vano ha de ser si en las grandes tempestades dejas la nave a la voluntad del viento, sin brújula, sin velas y sin vapor corriendo el peligro en el mar de la ilusión. Piensa, piensa bien, esposo mío; recorre el diapasón de ese órgano parlante que te anima, y modera, modera la corriente eléctrica de tu inspiración dejando en el fondo de tu alma lo más bello, lo más cuerdo y lo más grande, que es la creencia en Dios.

Don Horacio.—Probablemente todo lo que tú me dices será puesto en juego ahora, después de esta divina prolongación que, sea dicho de paso, parece que me la pusieron los Reyes Magos como premio de mi comportamiento con los muchachos, con la prensa a la que he tratado con la mayor contemplación y con la República. Yo te aseguro, esposa mía, que después de haber llegado a pararme sobre la cumbre

de mis aspiraciones, no hay poder humano que arrebaté mi orgullo, mi amor, mi religión y mi fe, sin antes llenar la página en blanco que me queda de gobernante. No soy sobrio en la maldad, pero tengo del aspirante toda ambición por lo sublime. Sublime es dejar patentizado lo que hay por realizar y dejar para el futuro algo más que comenzaremos en los dos años de gobierno que prepara el bienestar de los amigos que no quieren que me vaya de este puerto tan hermoso que recuerda la leyenda candenciosa de "Enriquillo" preparada por Galván.

Doña Trina.—Bueno, entonces hablemos de otra cosa. ¿Qué te pasa con Chuchú que no lo veo tan amigo como antes? ¿Será que no quiere ya la Vice ni la Primera como era su ilusión?..... ¿Qué ocurre, qué le pasa que lo tiene tan lejos de nosotros y de esta agradable mansión?.... Hace días que no lo veo caminar por la gramínea. Parece que al decirle tus amigos que ellos quieren que tú sigas gobernando, se ha alejado con cautela, esperando que lo llames a tu lado. El amigo que en tus noches de develos supo darte medicinas para el sueño, el amigo que tenías más querido, es tal vez enemigo de tu empeño. Ahora crees en Gustavo. Este aspira, como el otro, a ser el Petronio desmedido que penetra en tus entrañas como víbora inclemente y arrancar dentro de tu alma todo recuerdo que dejara aquél otro. Chuchú es tu amigo, pero aspira a la Presidencia. Gustavo es hoy tu predilecto, pero aspira el lugar del primero. No creas en nadie cuando en el mismo camino haya dos que te quieran, que te quieran como estos aspirantes que no duermen, que embotan su talento con querellas espinosas, que no tienen soluciones de justicia ni de propia inclinación al desprendimiento de intereses que maneja la perfidia. Esto no es un sueño. Esta es la verdad que te encamina por el sendero más hermoso de la vida. Hay que crecer conforme a las determinaciones de las cosas y conforme al desenvolvimiento lento de las enfermedades cerebrales. Hoy están los pueblos y los hombres tan imbecilizados que rehuyen todo compromiso moral, todo derecho ajeno y toda intervención lógica,

llegando hasta al más negro y criminal de los desatinos. Por eso, porque vivo estudiando constantemente los problemas, los problemas sociales que hay y que están por resolver, es por lo que me empeño en que tú pongas atención a todo cuanto te digo.

Don Horacio.—No tengas cuidado; lejos estoy de creer en los hombres. Pero tú sabes que la diplomacia me enseña a ser prudente, a ser observador y a tener correspondencia y atención con todo aquel que venga a consonanciar mis propósitos, mis disposiciones y mis escrupulosos razonamientos. Recuerdo siempre aquellas horas tristes de mi vida; aquellos terribles momentos en que luchaba por alcanzar el puesto que hoy desempeño y que a fuerza de trabajo, como tú muy bien lo sabes, no pude conquistar durante veinticinco años. Ayer llorabas, hoy ríes a carcajadas y divides tus risueñas alboradas con aquellas que ayer también fueron tus desviadas..... No sigamos haciendo remembranzas de lo pasado. Tomemos nuestro presente y esperemos el futuro.

Gustavo (que llega).—; Oh! Doña Trina ¿cómo está Ud?

Doña Trina.—Muy bien, gracias a Dios.....

Gustavo (ríndose).—Será a Don Horacio?.....

Doña Trina.—No, a Horacio no; éste es la segunda persona. Dios es el primero.

Gustavo.—Perfectamente..... pero como Dios es invisible, hablo del nombre sustantivo. La naturaleza nos enseña a dividir las cosas por medio de sus conocimientos. ¿Qué diría Ud., Doña Trina, si yo le preguntara: ¿cree más en Don Horacio que en Dios?.....

Doña Trina (medio pensativa).—Diría que en Dios y en Horacio; porque sin el primero no existiría el segundo.

Gustavo.—Bueno, entonces dejemos eso, porque estoy mirando que vamos a llegar a lo infinito.

Doña Trina.—No tengas miedo que en asuntos de mitología no soy muy fuerte. Sólo tengo algunas nociones que me ayudan a defenderme de los buenos amigos.

Gustavo (dirigiéndose a Don Horacio).—¿Y qué dice usted a eso?...

Don Horacio.—En asuntos mitológicos no sé nada. Sólo he aprendido el gran proverbio de Salomón, que dice así: "Para entender la sabiduría y el castigo; para entender las razones, la prudencia, la justicia, el juicio y la equidad; para dar astucia a los mozos, oírás al sabio, aumentarás la doctrina; y el entendido adquirirá consejo. Más luego aprendí estos otros que me han servido de pauta en mi vida de político: andad por el camino de la inteligencia. No castigues al burlador ignorante, castiga al sabio, y éste te amará. El que ama el castigo, ama la sabiduría, mas el que aborrece la reprensión, es ignorante. De más estima es la buena fama que las muchas riquezas. No tengas envidia de los hombres malos; ni desees estar con ellos. Para sentirse honrado un gobernante es preciso que escudriñe la verdad.

Gustavo.—Pero se le ha olvidado aprender este otro: el sabio tiene los ojos en su cabeza; el ignorante en el corazón.

Don Horacio.—Perfectamente, agregaré a los otros éste.

Gustavo.—Después de todo he venido a interrumpir su conversación.

Doña Trina.—No, ya habíamos terminado y quedan ustedes con Dios; hasta luego.

Gustavo.—No, Doña Trina, no se vaya que deseo oír sus consejos.

Don Horacio.—¿Y qué me dices de bueno, Gustavo?.....

Gustavo.—Yo, qué debo decirle?..... Que lo ví por Villa Francisca adornando las elecciones con su presencia; que supongo estará muy satisfecho de su triunfo y que nos prepararemos para la lucha después de la reforma de la Constitución. Acuértese de reunir a los muchachos antes de que se proceda a la apertura de la Constituyente, y les diga los puntos que hay que tratar de mayor importancia. Aunque ya está escrito, no está de más que los aleccione en cuanto al orden, honradez y justicia. Todo tiene importancia en la vida, hasta la introducción de una pieza de poco valor.

¿Qué le ha dicho Chuchú sobre todas estas cosas últimas?....

Don Horacio.—Chuchú está un poco celoso. Según veo y escucho, no le gusta la perspectiva que se le presenta. Parece ser como que Martín quiere la Vice, y como la Presidencia se le ha puesto un poco retirada, no se halla conforme con el nuevo procedimiento ni con las encrucijadas que tú le has puesto. Ya no es el hombre aquel que vivía cerca de mí rogando y con el mazo dando; a pesar de que en distintas ocasiones me dijo que él posponía toño interés en beneficio de mí persona. Yo no creo por eso que él sea mi enemigo, sino que el enfriamiento de mi parte para ayudarlo en sus aspiraciones le ha servido desde luego de tristeza y de dolor. Tú sabes, como yo, que su candidatura había alcanzado gran preponderancia en el Partido que dignamente he presidido durante tantos años, pero las circunstancias a veces determinan las cosas y he ahí por qué la decadencia de su afecto. Ahora hay otro problema que se presenta con la Vice-presidencia. Trina quiere que sea Martín el candidato; tú quieres que sea el presidente de la Cámara del Senado; Luis, Chuchú y Carmito también la descan, ¿qué hago yo ahora para dejarlos a todos conformes y satisfechos...?

Gustavo.—La conformidad entra por donde entra la inconformidad. Es usted quien obra en este caso, y nada es más natural que partir por la calle del medio. Recuerde que un caso parecido sucedió en el gobierno de Mon, y un machetazo resolvió amigablemente la situación. Pancho y Federico resultaban candidatos a la Presidencia fundamentalmente, y no queriendo Mon entibiar la sincera amistad que ambos le profesaban, comprometió su dignidad con la buena armonía de las cosas y resolvió suprimir lo que anhelaban sus dos buenos amigos. Así es como se resuelven los problemas políticos actuales. De más está decirle que las aspiraciones son naturales en los seres humanos. Todos queremos llegar sin pérdida de tiempo a donde las circunstancias nos lleven. No se fije ni se detenga en estas puerilidades, ni afecte parte de su buena voluntad, si no es a cam-

bio de su bienestar y de la superioridad que debe usted ejercer durante su permanencia en el poder. No se detenga; las oportunidades hay que aprovecharlas, como las aprovechó Primo de Rivera en España, Benito Mussolini en Italia, Poincaré en Francia, Lloyd George en Inglaterra, el gran hombre de la revolución proletariada mundial, BLADEMIRO-ILICH ULIANOV-(LENIN) y, por último, el gran descabellado Presidente de los Estados Unidos, WOODROW WILSON, metiéndose a última hora en la Guerra Europea sin resultado alguno para el Continente americano. Así es que unos triunfan mientras otros se mueren en el camino, por conseguir la supremacía individual dentro de los más ridículos atentados políticos. La gran catástrofe de los pueblos se debe al deseo forzoso de la paz. Pero indiscutiblemente se sigue fatalmente por un sendero que nos guía a la guerra, a la destrucción completa de los hombres y de las cosas sin medir la distancia ni el lugar donde van a terminar. Todos los días se nota mayor impedimento para que las grandes naciones se puedan entender, y todos los días se reproducen los brotes de aquellas horas de dolor y de tristezas, condenando a la generación venidera al peor de los castigos, que es el hambre, y al peor de los tormentos, que es la imposición. Hay algo peor aún, y es que estos hombres ilustrados que conocen, que tienen convicción de su error, siguen vertiginosa su carrera aun sabiendo que por el camino que llevan llegarán al abismo insondable del descrédito y de la desilusión arrastrados por la más bochornosa desigualdad de intereses, iluminado solamente por la ambición inevitable hace ya tantos siglos y consecuentes siempre a sus actos y disposiciones sociales. Así ve usted, Don Horacio, que se dan decretos insolentes, que se mantiene la tiranía y se colabora herméticamente para la reducción del armamento, sin que las actuaciones lleguen a un término verdadero de equidad, sin corresponder siquiera al prestigio moral de los pueblos, sin acordarse de las consecuencias anteriores, ni menos de las venideras. Ya la guerra futura se aproxima, ¿de quién es la culpa?... La culpa es de todos los inteligentes.

de los directores que desean encumbrarse aunque para ello haya que matar, asesinar, robar, quemar, volar por los aires y morir en el mar. La perspectiva no es muy lisonjera; pero si la guerra sucede como ha de suceder, entonces dirán los de mañana lo que estamos diciendo los de hoy.

La historia se repetirá mientras los pueblos sean ignorantes y perversos. Nadie podrá negar la imbecilidad sincera de las generaciones que se han sucedido durante los siglos que han transcurrido, ni nadie podrá olvidar las mutilaciones y desapariciones que esta gran guerra dejó en los campos y ciudades, para que se olvidase tan pronto la catástrofe mundial. En el viejo Continente aun hay salvajes. En el nuevo Continente aun hay esclavos, y no puede florecer la libertad si no se siembra la semilla del futuro, la semilla que dé los frutos llenos de ilusiones, de talento y de prosperidad. Los pueblos se preparan a la lucha. Todas las ideas, los pensamientos y las debilidades se acrisolan en un solo punto y se aspira solamente a restaurar el dominio de unos contra otros, con el único propósito de ser fuertes y destruir la humanidad.

La guerra está hoy en todos los corazones; los Estados se preparan a cara descubierta en todos los órdenes para comenzar la trágica tentación, y se arman de los más temibles aparatos para la destrucción de los buenos ciudadanos. La política indecorosa de estos mismos Estados de modo alguno satisface ni inspira confianza al conglomerado social, y la mayor parte de los pueblos se sienten inclinados al movimiento revolucionario internacional para establecer por medio de la fuerza la paz que debe solucionar el conflicto entre el capital y el trabajo. Los científicos, los que manejan la química y la física para la destrucción, son hombres desinteresados que se afanan por conquistar puestos de honor en el manejo de sus invenciones para taladrar las conciencias y perforar el entendimiento de los sabios con sofismas instrumentales que tienen el filo de una navaja y la punta afilada de un estilete. El patriotérico modo de ver las cosas algunos políticos recalcitrantes no relaciona el patriotismo de los pueblos, ni le da el verdadero carácter al

sentimiento público. Se dice con orgullo, como si esto fuera el descubrimiento de un bienestar general, que la inteligencia del hombre ha llegado a dominar el aire, el mar y la tierra. Pero ¡qué triste y doloroso será ver a un hijo sirviendo de carne de cañón, de instrumento de negocios, y de humo en esa gran guerra de ambiciones!...

La angelical fanfarronería de algunos escritores hipócritas y malévolos tiende a descorazonar a los hombres y a descomponer el sistema natural de la organización, corrompiendo, viciando, sacando de lo más negro de su alma, si es verdad que la tienen, las formas arcáicas de los tiempos medioevales, para envolver el entendimiento de los infelices obreros que son víctimas inocentes del Estado, el Capital y la Iglesia. En la Europa se ha perdido el juicio; en la América la dignidad y la vergüenza.

Los pueblos no quieren la guerra, pero el Estado la prepara internacionalmente, porque le hace falta para su comercio, para sus intrigas y sus caprichosas manipulaciones en el orden político-social. La futura carnicería, que hace indispensable retroceder al pensamiento, que hace sentir antes de llegar la terrible, sensacional, desconsoladora y cruenta descomposición de la paz mundial es dimanada de la sapientísima originalidad de los mandatarios que han vivido solapadamente ridiculizando la cultura y adelante de sus mismos pueblos en el orden moral y social. Las torpezas fundamentales que ennegrecen el futuro tienen sus ramificaciones en la amarga experiencia de los tiempos pretéritos, y en la amarga experiencia que los problemas sociales han determinado en el curso de estos tiempos. Y es que esos problemas y esas torpezas son nacidas de la terquedad y poca cultura de los hombres, y de la cantidad de orepescas manifestaciones de algunas instituciones que brillan momentáneamente por la luz artificial. Se aprende; pero ¿qué es lo que se aprende?... Retórica, retórica política, y cambios inconscientes de las fichas, para jugar con las ideas científicas del mejor modo que sea posible e inutilizar las partes que contraen compromisos morales, con la reptil y

ponzoñosa cantidad de capitalistas. Qué brillante sería para los que así piensan, la permanencia de estas monárquicas ideas!.... Pero, vana ha de ser toda intención, porque los cerebros trabajan vigorosamente, y la lucha definitiva se acerca a su fin. Los valores ficticios se descompondrán por la acumulación de combinaciones mentales y sucederá el perfecto desenvolvimiento del trabajo en consonancia con la ciencia que envuelve la contemporánea tendencia de los pueblos.

Reducidas ya las pretensiosas inclinaciones de algunos; reducidas ya las imponentes torpezas de la justicia que labora en consonancia con los perversos, con los traidores e inconscientes; se perfila la importancia de los Estados modernos para libertarnos del yugo irresistible que obliga a pronunciar la luz que alumbró el oscuro centro de nuestro ser; y que desaparece poco a poco la tentativa de una esclavitud que ha querido perpetuarse para secula seculorum durante tantos siglos. ¿Por qué, Don Horacio, los hombres de hoy no piensan en espiritualizar las cosas, sino en pervertirlas, oscurecerlas?.... ¿Por qué se aleja la esperanza de ver que esa nube negra se disipe con los rayos vivificadores de sol de la justicia?.... Bastaría tener un sentido común para ver con los ojos de la razón y del derecho que carecemos del sentimiento, de la elocuencia nacida del fondo de nuestra alma, y de la inseparable nobleza del supremo bien, para reconcentrar la discordia y aumentar providencialmente la viva llama interior de los pueblos, en sentido inverso de la actual corriente que se exterioriza manifiestamente dentro del campo experimental del Estado. Estoy satisfecho de que la ley que ha de moralizar la vida interior de los pueblos, tendrá que salir del mandato imperativo de la superioridad de la colectividad consciente, que modernizando las ideas, saquen del fondo del abismo las antiguas regularidades del Cristo. Solo así, de este modo se acabaría la inferioridad moral de los hombres y la inconsciente voluntad de los terribles males que detiene la evolución correctiva de la colectividad humana.

Doña Trina.—Así es, cuando desaparezca la voluntad de los monarcas y la ley sea la suprema ley, entonces... ;ah! entonces habrá llegado la felicidad, la conformidad, la razón y el verdadero concepto del amor... Pero... mientras eso no suceda, la terquedad, la supremacía, la voluntad de quitar el derecho al hombre a los demás hombres, y la injusticia, permanecerán reviviendo en la lucha interior y exterior de los pueblos. Las revoluciones habrán dejado de enrojecer con sangre el derecho, cuando la injusticia fuese una verdad y no una falsa comedia de defensa para los Estados, una falsa comedia para la paz, una falsa comedia para la vida interna de cada país y una falsa comedia para la misma existencia del decoro y prosperidad moral, haciendo de todo esto un comercio vulgar, que arranca todo árbol que esté dando buenos frutos. Vano es todo progreso material, cuando la civilización contemporánea guarde en el fondo de un abismo la tendencia natural de la restauración de ese mismo progreso; y vana es también la riqueza acumulada durante tantos siglos, si ha de servir de dolor y de tristeza para el género humano. Si la vanidad sigue rompiendo la muralla que resiste y que ha resistido la enorme vulgaridad de la injusticia; si la vanidad sigue la civilización material de la riqueza y no vacila en penetrar en las oscuras almas de los vivos, se amillanarán los sentimientos y el mundo será un torbellino. Se habla de la internacionalidad, de la participación de los pueblos débiles en las decisiones cooperativas, de las descentralizaciones de poderes, de la posible salvación del precepto moral de que carece todo Estado, de la evolución científica relacionada con los sentimientos e ideales modernos, de la persuasión y conveniencia moral, de la reorganización social, del entorpecimiento de una revolución natural proletaria que ejerza el comando y dirección del engranaje; y, probablemente, todo esto será una farsa problemática para el encauzamiento del bienestar general. ¿Por qué? ... Porque la natural inclinación de los poderes modernos no son más que fatales consecuencias antiguas que han degenerado en las más perversas injusticias,

para sostener cruelmente la pérdida civilización material en contra de todo principio y en contra de todo interés de salvación visible. No se ha sabido progresar después de la tragedia injustificada pasada, ni se ha querido enderezar la justa apreciación de las cosas, dejando a la riqueza establecer sus vacilantes medidas arbitrarias, en consonancia con las más fantásticas aspiraciones de los Estados.

Convengamos, por un momento, en que esta justicia respaldada por la desnaturalización de estos mismos Estados sea corregida en cuanto a su independencia moral. ¿Qué sucedería en los tiempos posteriores?... Pues sucedería sencillamente la carencia de principios jurídicos y la carencia de libertad para el ejercicio directo de esa misma independencia, que no debía nacer de la voluntad del Estado, sino de la voluntad expresa de la masa consciente de los pueblos. Cada ser tiene obligatoriamente un derecho que ejercer. Este derecho es el derecho de la justicia. Si los hombres conocieran la justicia no habría esclavitud. La esclavitud nace de la inconsecuencia, de la carencia de sentimiento, y de la impureza resplandeciente e innecesaria de la ambición.

Hemos dicho ya que la justicia, hablando socialmente, es la igualdad de derechos. Esa justicia no podía imponerse hasta tanto las voluntades de los hombres no se rijan por una misma necesidad, reconociendo íntimamente ese derecho, la igualdad general. Esto no quiere decir que los hombres seamos iguales entre sí, pero la naturaleza nos enseña a distinguir lo bueno de lo malo para separar conscientemente la diversidad de cosas en un orden tal, que encadene sustancialmente la buena marcha de la sociedad.

La fuerza, y esto lo sabe hasta el que está aun por nacer, nace del desequilibrio que ha implantado esta misma fuerza, hija predilecta de la diferencia que existe entre el capital y el trabajo. La fuerza es la que manda, ordena y hace. Sin esta fuerza es imposible encauzar la reguladora perversidad social, ni la consciente actividad que destruye la perfecta armonía de lo bueno, ni la cooperadora ciencia de los adinerados para imponer su voluntad sustituyendo la ley

moral y el deber, con inquisidora templanza, lastimando el corazón de los que tienen sosegado espíritu para sostener el peso insoportable de la miseria. La lucha que incuestionablemente amenaza al género humano es la rebelión interesada del obrero que, bajo el dominio de la fuerza, se hace vencedor en la contienda y conduce lentamente al despotismo al inexorable destino de la guerra. Las tiranías, las nuevas tiranías envueltas en el espejismo y en evoluciones odiosas, denuncian la injusticia y revelan la precocidad que hacia la guerra nos arrastra, y la cruzada sangrienta que tiene vislumbre de un avanzado sentimiento y de relampagueante movimiento espiritual, dando por corolario la sentencia terrible de la tempestad y la base propia del destino de los pueblos.

Algunos sabios o sofistas, queriendo oscurecer el atentado que amenaza la desaparición del actual orden de cosas, queriendo dulcificar las tentaculares ofrendas de los reformadores y el mantenido abrazo del Capital y el Estado, se han unido para desalentar y hacer retroceder la gran revolución justiciera que de modo alguno podrá desaparecer del escenario mundial. ¿Por qué?... Porque los Estados avanzan vertiginosamente hacia una derrota segura; porque, conspirando para restituir la monarquía, es imposible llegar a lo ideal, y porque el ambiente está saturado del veneno sociológico que la semilla del progreso nos ha dado, y que las complejidades terroríficas de los tiempos pretéritos y post-pretéritos nos han enseñado. A veces pienso con ellos; pero convengo desde luego después, en que el campo está sembrado y la cosecha no se perderá, porque el fruto se sostiene aun a fuerza de tempestad.

Hay que sostener la igualdad de derechos. La igualdad de derechos es la igualdad de sentimientos, es la verdadera justicia. La solaridad, la cooperación y el espontáneo deseo del mejoramiento social, desaparece volutariamente todo atentado de guerra y todo posible entendido de injusticia, y da punto de partida a la humanidad para la perfecta organización en todo cuanto sea orden, honradez y prospe-

ridad. Ayudemos con nuestra inteligencia, con nuestro amor y con nuestra voluntad al propósito sencillo de la enseñanza elemental de la justicia y habremos llegado hasta Dios.

Don Horacio.—Gustavo, ya Trina me ha hablado mucho de esto, me ha leído muchos párrafos interesantes para la nueva política que se ha de disolver en estos últimos tiempos. Espero, desde luego, que tú serás uno de los que pacíficamente irán organizando el movimiento para la próxima cosecha del fruto del árbol que hemos sembrado hace ya tres años, y que supongo nos dará mayor beneficio que en los años anteriores. Vamos a hablar de otra cosa. ¿Qué me dices de la Constituyente? ¿están conformes con los doscientos pesos que le asignaron a cada Diputado?... Te pregunto, porque se me dijo que ellos querían alcanzar la suma de quinientos.

Gustavo.—Eso de querer es tan natural que hasta yo querría ser emperador. Pero como del querer al alcanzar hay una distancia tan enormemente grande.... Respecto a la actuación no hay que hablar. Todos aceptaron las modificaciones y todos aceptaron también sus cheques sin decir esta boca es mía. Sólo al amigo Camillo se le vió esconder por momento el cheque aludido y como protestar mudálcamente del ser esclavo. Pero se leyó, se modificó y se aceptó la Constitución que autorizará la prolongación para el año mil novecientos treinta. Ahora preparémosnos para la celebración del día doce de Julio y terminemos por hoy.

Doña Trina.—Para terminar hay que darle a esta trilogía que ha dejado en mi espíritu las más sabias idealidades, las más candentes razones y las preponderantes inteligencias para el futuro, un corte que robustezca más y más nuestra buena amistad y mantenga latente la oración que nos ha de unir para el futuro, completador de nuestro destino. De modo, pues, que debemos darle un abrazo fraternal al porvenir y que el amor sea con nosotros.

Gustavo.—Entonces, deme un abrazo usted, Don Horacio, y un apretón de manos, Doña Trina, para que comence-

mos la nueva campaña eleccionaria que pretendemos llevar a cabo en años posteriores, y comprometer la República lo más posible para el bienestar de la sociedad.

Ernesto (entra).—¿Cómo están ustedes?....

Don Horacio.—Nosotros estamos bien, ¿y tú?....

Ernesto.—Bien, gracias.

Don Horacio.—Traes algunas cosas buenas para nosotros?....

Ernesto.—Traigo algo, pero no sé si será bueno o malo. Esta tarde se reúnen los diputados bolos, y se dice que Elías presidirá la reunión con el objeto de defenderse de la posible intentona del gobierno. Dicen con mucha razón, que así como hemos hecho a los progresistas podemos hacerles a ellos también. De modo, pues, que es muy posible que ellos se entiendan para la defensa natural de las dos partes coligadas en la Cámara.

Gustavo (interrumpiéndole).—Yo lo sabía, pero no hay que darle mucha importancia a eso porque los diputados bolos no comen progresismo por ahora. Aunque ellos hagan sus aparatos para envolver a los demás, serán aparatos falsos que un soplo los hará desaparecer, como hemos hecho desaparecer las grandes combinaciones que anteriormente se han sucedido. Tú sabes, Ernesto, que a nosotros no hay quien nos gane en marrullas. Elías no es el hombre que sostiene un pujilato con un Gobierno tan resistente como éste. Hemos vencido al hombre más tenaz que tiene la República. Hemos vencido a los mismos amigos que en distintas ocasiones se han querido insolentar con el nuevo régimen establecido; hemos tenido por delante una situación completamente difícil de resolver, dejando siempre el compás abierto para los enemigos y para los que se han ido y han vuelto. No le cojamos miedo a estas nuevas maromas de Elías. Ya Federico no existe. Ahora Don Horacio puede muy bien colaborar científicamente para amansar lo mejor posible a Elías y enviarlo para el extranjero en calidad de representante, como se hizo con Fello y Angel. Todo es cuestión de cierta habilidad para colocar las fichas guber-

namentales dentro de un orden tal que mejore la nueva jugada que empezaremos dentro de algunas horas.

Doña Trina.—Bueno, señores, esto va largo; debo despedirme de ustedes. Hasta luego.

Todos (a la vez).—Hasta luego, Doña Trina.

Don Horacio.—Ernesto, ¿qué crees tú de eso?...

Ernesto.—Yo entiendo que hay que ponerle mucho cuidado a este asunto, porque cuando dos náufragos se abrazan es para buscar mejor salvación o para ahogarse los dos juntos. Por eso es por lo que creo que el gobierno debe tener mucho cuidado para que no se junten. Ellas es un GUARAGUAO que ha pescado ya muchas sardinas y puede muy bien descomponerle el morral. No nos dejemos sorprender de avechuchos marítimos. Tiene el pico y las alas tan grandes que puede dominar a todas la aves del corral.

Gustavo.—Si Ellas es un GUARAGUAO, yo soy un ALCATRAZ. El coge sardinas. Yo cojo cangrejos. No quiero decir, desde luego, que no pongamos la debida atención a todo cuanto esté pasando y a todo cuanto esté por pasar.

Don Horacio.—Así es, hay que poner la mayor atención a todo. Cada soldado debe ser un general, y cada ciudadano un detective de los propios amigos y enemigos. Yo entiendo que mientras más comprensión tengan las cosas, mejor para el desenvolvimiento de ellas. Nada es más natural que la defensa, cuando conlleva la preconcebida idea del progreso y de la estabilidad de un régimen nuevo como éste.

Ernesto.—Ya es tarde, he cumplido con mi deber y hasta luego.

Don Horacio.—Hasta luego, Ernesto.

Gustavo.—¡Qué tonto! él ha creído que usted no sabía nada con respecto a Ellas.

Don Horacio.—Pero hay que dejarlos en esa creencia para que se ocupen más del sostenimiento del gobierno. Si yo digo que todo lo sé, me pasaría como aquel que sabiéndolo todo, no sabía nada. Esta es el mejor modo de dejarlos complacidos.

Gustavo.—Supongo que debemos suspender esto hasta la tarde, para ver qué surge de la supuesta alianza de bolos y progresistas. Hasta luego.

Don Horacio.—Hasta luego, Gustavo; no te olvides de enterarte bien de todo cuanto está pasando.

Gustavo.—No tengan cuidado. (Aquí se despiden).

En la tarde.

Gustavo.—Don Horacio, aunque los diputados se hayan reunido no llegarán a confeccionar nada. Todo se condenará en lo que ha sido siempre, pompas de jabón. Mi creencia es que los diputados progresistas aceptarán los dos años de prórroga y nada más.

Don Horacio.—¿Y qué sabes tú respecto a Federico?... ¿Renunciará o se quedará?

Gustavo.—Ese es capaz de quedarse hasta el año treinta. Esos quinientos pesos son muy sabrosos para un judío ambicioso como es él. Sus amigos poco a poco lo tendrán que dejar solo. Cuando le hablan de una posible revolución, cambia de conversación y habla de otra cosa. Hay que pensar, desde luego, que éste no es hombre para eso.

Don Horacio.—Entonces, ¿por ese lado no hay que temer?....

Gustavo.—El único temor que hay que temer es que al tren se le parta alguna parte importante en el engranaje. Después acuéstese a dormir que ni las moscas se sentirán durante estos tres años de gobierno que nos quedan. Recuerde que es necesario siempre alejar lo más posible la tentación de la Vicepresidencia. Son muchos los aspirantes para el año veintiocho si Federico no sigue montado en su bermeja.

Don Horacio.—¿Y cuántos son los aspirantes? Yo creo que esto se lo dejarían al amigo Chuchú que ha sido tan buen amigo del gobierno.

Gustavo.—Puede ser que los amigos complazcan a Chuchú, pero... son tantos que no creo que piensen igual. Se los voy a contar con los dedos de las manos para que los anote en su cartera. (Empieza a contar y dice): Chuchú,

Luis, Bubul, Fello, Angel, Carmito, Elías, Martín, y....

Don Horacio (Interrumpiéndole).—Y tú....

Gustavo.—No, yo no, yo soy un general que está siempre en la avanzada esperando la batalla decisiva. Usted es quien manda y ordena. Esperemos los acontecimientos que se han de desarrollar dentro de algunos días.

Don Horacio.—Y esto ¿no lo tiene que resolver el Congreso?....

Gustavo.—Perfectamente, pero usted es quien debe señalar la persona que ha de sucederle en caso de renuncia o inhabilitación. A mi me parece que de todos estos candidatos el mejor para la campaña es Martín que, a más de ser una buena persona es bastante capacitado para el desempeño de este cargo. Agréguele a esto también el parentesco que obliga a defender la parte con más interés y con más amor. Las Cámaras siempre son las mismas, y no habrá acuerdo para nada si no hay el mandato imperativo de su Presidencia. Recuerde todo lo anterior y se convencerá de esto. Las reuniones que se han verificado en estos días son puramente comerciales. Se trata de que usted disponga de alguna sumita para regalarla a toda esa partida de imbéciles que se han prestado para todo. Ellos no son hombres de convicciones ni de nada. Cada uno está por su conveniencia personal y que la República se la lleve el diablo. Maneje esto con el mayor desprendimiento, pero siempre dejando ver el interés que tiene usted en que lo complazcan.

Don Horacio.—Siempre las Cámaras!.... Bien me lo decía Trina en los días aquellos del rompimiento de la Alianza; que todos, absolutamente todos, eran unos desmedidos ambiciosos. Yo creí que éstos muchachos se habían arreglado ya. Tres años hace que viene dándome dolor de cabeza. Es verdad que la política se viene enmarañando y no hemos podido desenmarañarla hasta la fecha; pero ahora, después del vintiocho, no habrá estorbo en el camino y quedaremos apuntados para el porvenir. No me han dejado hacer nada. Todo está por empezar, y yo quiero ter-

minar el acueducto, el muelle y los tramos de carreteras que quedan.

Gustavo.—No se violente, que en el curso de los tres años es mucho lo que se hace. Maneje bien el Compás para que la circunferencia no resulte una espiral.

Don Horacio.—Entonces, dejemos esto para otro día.

Gustavo.—Sí, señor, vamos a descansar. Abur.

Don Horacio.—Abur.

Escena Sexagésima Séptima.

Al otro día en la casa Gris.

Gustavo.—Buenos días, Don Horacio ¿cómo se ama-
nece?....

Don Horacio.—Bastante bien, a Dios gracias.

Gustavo (diciendo para sí: El hombre ha amanecido de buen humor, aprovechemos el momento).—Pues bien, este era un hombre que se llamaba el Vice-Presidente...

Don Horacio (interrumpiéndole).—Y que aun se llama, porque él no ha presentado renuncia del cargo.

Gustavo.—¡Ah! pero no me ha dejado continuar mi cuento.

Don Horacio.—No, no puedes seguirlo, porque quedaría trunco. Tú acabas de decir que se llamaba, y sin embargo, se llama. Actualmente sabes tú que me han invitado de Washington, y seguramente debe ser para que exponga cuanto está pasando en la República. Angel me ha dicho que Pancho dió mal informe de la administración y dejó expuesta su manifiesta protesta sobre la Prolongación. De modo que, si los Norteamericanos no apoyan mi gobierno, me veré en el caso de abandonar toda posible intentona y termina mi período de cuatro años que continuará hasta el mil novecientos veinte y ocho.

Gustavo.—Pero es que usted no sabe hasta ahora lo que puede ocurrir durante su propartida.

Don Horacio.—Perfectamente; pero ¿quién niega que es actualmente el Vice-Presidente?....

Gustavo.—Pues bien, déjeme seguir mi cuento. Y al correr de los años, cansado ya de la vida actual, del dolor y sufrimiento, colocado en la pendiente de un abismo y satisfecho de su derrota, se agarra de la raíz de un arbolillo y queda colgando como un péndulo en el reloj del tiempo...

No ha terminado ahí mi cuento. Mas luego, salvándose de la muerte segura que esperaba su encorvado cuerpo, se amarró del lazo que pusieran sus amigos y salió pendiente de una cuerda. Así de este modo, confundido con su torpeza y mal acierto, buscaba nuevamente con su brújula política otro puerto para salvar el concepto de su nombre que para todos era ya muerto. Aquí termina mi cuento?...
... No, sus amigos que pensaban que la lucha de las almas no termina con la lucha de los vivos sino con la lucha de los muertos que no hablan, se acercaron dulcemente al juramento que dejara las caricias de sus ansias completadas, y apartando el amor que le tenían, se aferraron a los **CATORCE MIL CUATROCIENTO PESOS**.... ¿Le gusta mi cuento?...

Don Horacio.—Aún no debía terminar tu cuento; por que la pendiente que nos queda es muy larga y seguramente hay que atravesar el puente de la envidia, que es un puente solitario.

Angel.—(llega, se acerca y saluda) mas luego dice: Don Horacio, ¿cuándo piensa usted embarcarse para Haití?

Don Horacio.—Tu no crees que sería mejor venir por tierra?

Angel.—Para el caso es lo mismo. Cómo usted trata de permanecer dos o tres días en Haití?...

Don Horacio.—Así es, tomaremos un auto y nos desmontaremos en algunos de esos pueblos un rato para descansar de la fatiga que produce el viaje.

Gustavo.—Yo creí que usted pensaría irse en el Coamo?...

Angel.—Lo que disponga Don Horacio. Parece ser que él quiere matar dos palomas de un solo tiro.

Don Horacio.—Así es, quiero entrevistarme con mi esti-

mado amigo el Presidente Bornó. Este puede darme algunos consejos para poder desenvolverme con el Presidente Coolidge. Como hace tanto tiempo que no nos vemos, y él es un hombre de pocas palabras, tengo que ir preparado con mi macuto lleno de mentiras para poder llenar su cachimbo del tabaco más puro de mi política.

Satisfecho estoy que seré recibido. Pero nadie sabe si las intriguillas de Federico y las últimas palabras de Panchito con respecto al Plan de Liberación sean favorables en el ánimo del Presidente para la buena acogida de mi humilde persona. Y a todo esto ¿qué dirá el amigo Federico?... Estará esperando que yo me embarque para sentarse en la silla mansionera?... El es capaz de eso y mucho más. Pero, como está como un papel de música todo, y el amigo Chapita quedará encargado de la fuerza que es la razón y la justicia, nada importaría que Federico se sentara por uno o dos meses en el gabinete.

Gustavo.—Despreocúpese de eso. Ya sus diputados están en el candelero y comerán con las mismas muelas q. han comido los anteriores del Pacto de Honor. Para seguridad de lo que le estoy diciendo, ahí están los VEINTICINCO MIL PESOS que ellos han aprobado religiosamente para su viaje al extranjero. Ya en Santo Domingo no hay honor, lo que existe son honorarios.

Ange!—Y piensa Ud. estar mucho tiempo?.....

Don Horacio.—Esto es difícil de yo saberlo. Puede ser que venga pronto y puede ser que no venga. Depende de la buena voluntad de mi hermano del Norte. Además hay un proverbio que dice, que todos los trabajos de Palacio van despacio. En los Estados Unidos de Norte América hay mucho que hacer y mucho que ver. De modo, que todo dependerá de la buena o mala acogida que tenga la Presidencia. Hazme el favor de llamarme a Nene por teléfono, Martínez, que antes de partir tengo que darle un regalo.

Martínez.—(Tomando el auditivo) Trin..Trin..Trin..

La Telefonista.—¿Haló?..

Martínez.—Señorita, tenga la bondad de comunicarme con la Secretaría de Sanidad.

Nene.—¿Quién habla?..

Martínez.—El Presidente desea verlo ahora mismo.

Nene.—Dígale que voy. (Toma su auto y parte para la Casa Gris. Sube y saluda.)

Don Horacio.—Te he llamado para decirte que te metas en paso, que tengo denuncias muy serias contra tí y no quiero violentarme.

Nene.—Los intrigantes, los que envidian mi moralidad y el respeto que tengo al cargo que ocupo, serán los únicos que le dirán a Usted que yo procedo mal en su gobierno. Pero aquellos que saben que he sabido cumplir con mi deber en todo momento, se abaterían de dar un informe inmoderado. Hace tiempo que vengo notando su desprendimiento en cuanto a la amistad que le he profesado siempre. Parece ser que alguien taladra su conciencia con malévolas intenciones y quiere oscurecer la verdad de los hechos. Ahora si usted desconfía de mí y no soy grato a su gobierno, puede decirme con toda confianza.

Don Horacio.—No, no es cuestión de gratitud y de confianza, es cuestión de orden económico. Si tú no te ajustas a las medidas racionalmente establecidas, dejaré de ser tu amigo y cumpliré con el deber de presidente.

Nene.—Está bien, entonces hasta luego. (Toma su auto habiendo antes bajado la escalera como un rayo.)

Gustavo.—¿Y qué le pasó con Nene, Don Horacio?..

Don Horacio.—No, nada, es que hay gente que se pasa de los límites sin acordarse que lo están vijilando. Tú sabes que Nene es comerciante. Todos sus actos los somete a conveniencias personales y ya me tienen los oídos cansados de protestas.

Angel.—Es verdad, usted tiene razón, hay que darle un corte a todo eso, no se puede seguir gobernando de esa manera.

Gustavo.—Pero deje todo eso para cuando usted esté de regreso. Arregle su maleta para el viaje, con calma. No

se olvide de los asuntos importantes que ha de tratar. Esto le debe interesar más que las cuestiones secundarias que son de órden interior.

Don Horacio.—Es verdad, tú tienes razón. El gobierno quedará en sus manos hasta tanto yo termine mi jornada que no sé cuántos días ha de durar. Yo llamaré a todos los buenos amigos para que pongan el mayor cuidado y vijilen de cerca a Federico, que es y debe ser el enemigo común de esta situación. Tal vez haya otro más luego, pero el más tenaz y el menos obediente a las leyes es Federico. No dejen de seguir obstaculizando su política. Pero eso sí, tengan cuidado de no pasarse de los límites. No se acerquen al peligro sin antes conocer el movimiento que produzca la evolución manifiesta de los acontecimientos. Recuerden también que aunque la oposición es sistemática, puede darle algún dolor de cabeza después de mi salida.

Gustavo.—¿Y quién lo va a acompañar hasta Haití. .

Don Horacio.—Todavía no lo he resuelto. Pero eso es cuestión de poca monta.

Gustavo.—Coja gente que lo sepa desempeñar en el asunto del idioma. Llévase uno que sepa Inglés y otro que sepa Francés. Los Haitianos aunque son Patuá prefieren el francés fino. Doña Trina se va con usted? . .

Don Horacio.—Hasta ahora no sé, porque como ésta es o será una recepción gubernamental y a ella no le agradan mucho estas paradas militares. . . .espero, desde luego, su resolución espontánea. Pasemos a otra cosa. No se olviden de celebrar el doce de Julio que es el tercer aniversario de nuestro buen gobierno. La República vive satisfecha de nuestra actuación y es bueno siempre recordar la armoniosa, regularidad del teclado político. El órden, la honradez y la justicia están en consonancia con las reglas más bellas que existen hoy en los pueblos más civilizados de Europa y América. Así es que correspondamos con la República como la República corresponde con nosotros.

Angel.—Don Horacio, he notado que el amigo Chuchú

no se acerca a la Mansión como antes. Qué le pasa?..

Don Horacio.—Eso es cuestión de celos. Yo he tenido la suerte de tropezarme siempre con los celosos. Desde que Gustavo se ha acercado a mí un poco más de lo acostumbrado, él se aleja disimuladamente. Parece que no le ha agrado mucho la prolongación. Tú sabes que éste es un trabajo de filigrana que el orfebre Gustavo ha sabido preparar para obsequiar a sus buenos amigos. Nada es tan natural como agradecer las buenas disposiciones de sus servidores.

Gustavo.—(Riéndose) No, ésto no es un trabajo de filigrana. Este es un trabajo en bruto que terminará en filigrana.

Angel.—Pero para el caso es lo mismo, amigo; todos los trabajos empiezan en bruto.

Gustavo.—Tienes razón; no me supe explicar. He querido decir que el trabajo no tiene la importancia que ustedes le quieren atribuir. Hace tiempo que este dibujo geométrico se impuso; pero la adversa fortuna no nos ayudó a salir fácilmente con la obra, y hemos gastado tiempo y dinero. Es verdad que toda obra tiene principios que vencer. Pero si Federico no hubiera puesto inconvenientes en esta labor, estoy segurísimo de que sería más perfecta, más armónica, más llena de arte, de belleza y de natural aceptación en el conglomerado social.

Don Horacio.—Pero, ya la obra está casi terminada y hay que seguir trabajando en ella hasta ver su fin.

Marchemos adelante sin pérdida de tiempo, para colocar el brillante en una buena montura. No nos detengamos en la fuerza idealizada que se mantiene en el cerebro de mi amigo Rafael Justino y sigamos el camino abierto de nuestras esperanzas.

Angel.—A propósito de Rafael Justino!... ¿Qué piensa usted respecto a ese Señor?..

Don Horacio.—Nada, él tiene su opinión y hay que respetarla. Tú sabes que lo primero que me dijo el Presidente Coolidge fué que dejara opinar a todo el mundo. Que no hiciera caso a las necesidades de la prensa y que me ampa-

rara de la Justicia cuando así lo creyere conveniente. Como todo esto nos ha dado el resultado apetecido... hay que seguir hasta tanto no haya otro inconveniente que vencer. Rafael Justino dice ser amigo particular mío, pero aun no lo sea, es un ciudadano que goza de independencia como Américo y otros. Pongámosle punto final a este asunto.

Gustavo.—Antes de ponerle punto final a este asunto, debo decirle que Rafael Justino no es amigo suyo. Si el hubiera sido su amigo no habría contribuido á extender su pensamiento con ideas mas o menos emburiladas y llenas de la mayor elocuencia, para demostrar falsamente sus teoricas palabras. No se puede ser y no ser a la vez.

Don Horacio.—Perfectamente. Pero yo quiero que ustedes me entiendan facilmente. No quiero combartirlo con palabras sino con hechos.

Gustavo.—;Ah! entonces estamos de acuerdo.

Angel.—No hay mas que tratar por el momento. Vamos á terminar.

Gustavo.—Entonces, hasta luego. (Aquí se retiran).
(En la tarde).

Don Horacio.—Martínez, llámame por teléfono a Rafael Augusto.

Martínez.—(Tomando el auditivo) Central....

La Señorita.—Haló...

Martínez.—Comuníqueme con la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Rafael Augusto.—; Quien habla?..

Martínez.—Yo, Rafael; Don Horacio desea verte ahora mismo.

Rafael Augusto.—Dile que voy para allá. (Toma su auto y se dirige á la Casa Gris. Sube, saluda y se sienta).

Don Horacio.—Rafael; Hace tiempo que me están denunciando las cosas que tú dizque estás haciendo por el Este. Yo no estoy dispuesto a seguir de ese modo. Aunque el Gobierno dijo que te ayudará en la labor de abogado en defensa de los intereses del Ingenio, no es para que te traslimes en cuanto al orden moral de las cosas. Yo entiendo,

y, así tienes tú que entender también, que el Gobierno no puede seguir tolerando los grandes desbarajustos que se están sucediendo en esas MEDIDAS que el Tribunal de Tierras hace tiempo viene haciendo. Tengo mucho interés, porque así me lo exigen los compañeros de buena voluntad, de que tú te apartes un poco de esa miserable actuación que puede anular hasta el ejercicio de tu misma profesión. Sí, Rafael Augusto; la cantidad de quejas es tan grande que ya no puedo con el peso enorme de responsabilidades que tengo sobre mis hombros. Valdría la pena que tú abandonaras este sistema de conquista y te enrolaras al número de mis buenos amigos para ayudar a enderezar las líneas que han desorganizado un poco la marcha regular del tren administrativo.

Rafael Augusto.—¿Ya usted terminó, Don Horacio?..

Don Horacio.—Sí, ya terminé.

Rafael Augusto.—Pues bien: en los días de sus grandes apuros, en los días en que usted buscaba con candil un hombre para desempeñar el cargo que hoy estoy desempeñando, me hizo promesas de tal magnitud que yo creí realmente que serían cumplidas al pié de la letra. Pero, después de haber aceptado yo las promesas que usted no ha cumplido, después de haber dejado el camino recto de mi vida, después de entibiar la buena amistad que ligaba a mi buen padre y a mí en particular con el que es hoy su peor enemigo; después de haber embargado mis ideas, mis pensamientos y mi calidad de ciudadano libre e independiente para contribuir al mal o al bien en relación directa con los grandes acontecimientos que pudieran desenvolver en la República durante los días críticos que agobiaban é imponían la marcha perfecta de las cosas, habría sido un gran ridículo para mí haberme apartado completamente de su administración, cuando ya el error estaba cometido y cuando ya la vindicta pública me juzgaba a su antojo. ¿Qué debía yo hacer, después de haber alcanzado la más triste decepción de mis agravios?.. ¿Qué debía yo hacer después de haberme metido en las tenebrosas cavidades de un abis-

mo insondable, como es la actual situación de que forma usted la primera parte?. ¿Acaso no debía yo seguir compartiendo la gran responsabilidad que hube de asumir en los días más negros para la Alianza?... ¿Determinaría algo sublime para mi vida activa la separación de mi persona de esa administración que yo juzgo incompleta por la falta de elementos honrados que realmente le dieran el calor necesario al mecánico procedimiento de su Gobierno?... No, Don Horacio, si las intrigas, si las compenetraciones de algunos malos elementos se asocian para distanciar nuestra buena amistad, es imposible que yo quepa dentro de su Gobierno. De modo que, si de una parte no hay la mayor consideración para mi persona, me veré en el caso de renunciar a la mayor brevedad. Así, de ese modo encontraría tal vez la Presidencia un hombre de mayor calidad y de mayor cantidad de inteligencia.

Don Horacio.—No me has entendido, yo no he tratado de convencerte respecto á la política del momento. Te he dicho y sigo diciéndote que hay que apartar un poco el interés particular y adaptarse al mejor orden de cosas que nos dé la mayor luz para poder ver bien claro las cavernosas oscuridades que empequeñecen las obras y apartan el interés general. Entiendo que nada se ha podido llevar a cabo porque la natural indiferencia de los hombres se ha apoderado de todo el sistema orgánico de esa administración paralizándolo á menudo la marcha regular que antes tenía y dejando abandonado el verdadero deber. Ahora, para estimar esta cuestión que supongo es de orden gubernamental, quiero que a solas medites tu propartida. Mis órdenes son terminantes.

Rafel Augusto.—Bien, entonces pensaré allá en el retiro de mi hogar lo que debe solucionar mi entendimiento.

Don Horacio.—Hasta luego, Rafael.

Martínez.—Don Horacio, aquí tiene una carta del Secretario de Agricultura.

Don Horacio.—(La toma, rompe el sobre y lee; termina y dice)-bueno; pero que majadero se ha puesto Fello

con sus renunciass? Ahora es por las negaciones fraudulentas del Tribunal de Tierra, mañana será por otra cosa y seguirá en su puesto. Parece que el arma de fuego es de esas armas antiguas que había que ponerle algunos pistones porque la mayor de las veces explotaban sin alcanzar resultado alguno. Ha fallado por tercera vez porque mi gobierno no apoya a los ladrones ni castiga al delincuente. Cambiaremos a los autores de este nuevo delito para enmendar la plana y dejar complacido al amigo Rafael. Contéstale diciéndole que el Gobierno no acepta su renuncia de ninguna manera, que será dulcificado esta vez lo mismo que las anteriores. Agrégale algo más de tu parte, dulcificando su carácter y elevando lo mas posible su honradez.

Martínez.—(Después de un rato): Aquí está, Don Horacio, sírmela, (entregándole la carta.)

Don Horacio.—(Después de leer): Muy bien; ahora envíala seguido.

Martínez.—Doroteo, lleva esa carta seguido al Secretario de Estado de Agricultura; no pierdas tiempo.

Salie el Mensajero inmediatamente y deposita en manos de Fello la carta aludida.

Don Horacio.—Son las cinco, terminemos por hoy. (Aquí termina la labor del día).

Escena Sexagésima Octava.

(A la siguiente mañana)

Doña Trina.—Horacio, estamos hoy a cuatro, es necesario que tengas presente el doce de Julio, faltan solamente ocho días y no veo tu entusiasmo. Ya han venido algunas de las muchachas a preparar mi enloquecido frenesí y mi situación es comprometedora para estas fiestas. De modo que, prepárate fuertemente a desligarte de todo compromiso si lo tienes, y, atiende con el mayor placer a la espiritual satisfacción de tu esposa que te quiere. No hagas insinuación ninguna al respecto si no es dentro de la verdad que esto encierra. Casi es seguro que pasaremos una

noche deliciosa alrededor de las luces multicolores, oliendo el perfume delicado de las flores y bebiendo el néctar que en el ánfora sagrada, el galante suspende y lleva a los labios de la amada. Cada cual gozará a su manera. No te arrepientas de llevar a cabo lo que ha de darte amigos hoy, aunque en lo futuro se aparten de tí y te abandonen. Ya tú has experimentado lo bueno y lo malo en concordancia con tus legítimas aspiraciones. Ahora á divertirte y que la aurora envuelva la noche oscura de nuestro pasado entre la claridad que más luego ha de aparecer y el mar azul de nuestra esperanza.

Escena Sexagésima Nona.

(Después de tres días.)

Don Horacio.—Trina encárgate de tus amigas para el baile del doce, ya está preparado. Hemos hecho un programa para las fiestas un poco ridículo, pero como todo se reconcentrará en la casa Gris.....

Dofia Trina.—Si, no te preocupes por lo demás. Encarga á otro que sea entendido en la materia de juegos para que organice la fiesta popular. Panchito es bastante entusiasta. Compromételo desde hoy y dile que confío en su incalculable inteligencia y en su sapientísima naturalidad para enañar al pueblo inocente.

Don Horacio.—(Dirigiéndose a Martínez)- Oye, dile por teléfono á Panchito, el del Diario, que venga ahora mismo acá.

Martínez.—(Tomando el auditivo) Rin... Rin...

La Telefonista.—¿Quién habla?...

Martínez.—Señorita, tenga la bondad de comunicarme con el "Diario"

Panchito.—Haló... ¿quién habla?...

Martínez.—Soy yo, Panchito. Te hablan de la Presidencia. El Presidente desea verte en este mismo instante.

Panchito.—¿Es para meterme en la cárcel?...

Martínez.—No, es para meterte en fiesta.

Panchito.—¡Ah! bueno, entonces ya esto es otra cosa, marcharé para allá enseguida en un forcito. Abur.—

(Cierra la comunicación, se pone el saco y se marcha para la casa Gris. Llega. Se desmonta, sube y se sienta).

Don Horacio.—(Dirigiéndose a Panchito). Te llamé para que te encargues de las fiestas populares del doce. Yo sé que tu entusiasmo, tu buena voluntad y tu inteligencia para estas cosas están unidas é inseparables. Por esa razón me he atrevido a confiar en tí y á creer en la elocuencia de tus grandes é inimitables entusiasmos. No te preocupes por los gastos que esto pudiera ocasionar, por que hay suficiente dinero y suficiente interés de parte del Gobierno en que esto tenga la mayor preponderancia UNIVERSAL.

Panchito.—Pero, bueno, Don Horacio, ¿Y por qué eso no se hizo con tiempo para que hubiera tenido mayor aclamamiento?...

Don Horacio.—No te apures, que las cosas que se inician con dinero aunque sean tarde, resultan. Todo es cuestión del deseo con que se quieran hacer.

Panchito.—Es verdad, tenemos tiempo para algo. Manos á la obra.

Don Horacio.—Bueno; entonces yo me ocuparé de que la Junta de Festejos autorice los gastos necesarios para la olímpica fiesta. Confío en tu entusiasmo para esta reanudación patriótica.

Panchito.—Siempre que no tengamos inconvenientes durante el día de hoy y de mañana, le aseguro un triunfo verdadero. Hasta luego.

Don Horacio.—Hasta luego, Panchito.

Después de un gran rato de conversación familiar aparece una comisión de damas y dicen: Doña Trina, se necesita que usted arranque del fondo de su alma pura las melodiosas vibraciones de su plectro, en el día más hermoso y más encantador del mes de Julio. Nosotras sabemos que su inteligencia, su enloquecedora correlación con lo bello y su inspiradora poesía nos dará un poema lleno de nobleza.

Doña Trina.—No me cuenten dentro del número de las sublimes poetisas, porque entonces habrán muchas inocentes como yo. Mi poesía nace del alma; pero no alcanza la inteligencia que ustedes inmerecidamente quieren atribuirme. Yo sé perfectamente que la cortesía obliga a darle forma a todo aquello que se relacione con la buena sociedad, y a mantener unidas las relativas promesas que nazcan del entendido sociológico y de la inspirada tendencia que mantiene el organismo humano. Pero ¿que hace con esta divina forma, si en el fondo no hay el verdadero carácter y el verdadero sentido de la cosa juzgada?...

María.—Sin la filosofía se puede llegar a lo sublime. Sublime es todo lo que alcance la luz, la belleza y el entendimiento. De modo que la naturaleza nos ha enseñado a sufrir y gozar simultáneamente. Una poesía que satisfaga el espíritu es una bella poesía. Y una poesía que nazca al calor del dolor es una poesía sublime que taladra el corazón.

Geneveva.—Cojamos el camino mas corto para poder llegar al punto final. Si prolongamos la discusión no alcanzaremos a encarrilar la locomotora de la idea. Y esto va tomando un giro envolvente que puede damnificar todo entendido y todo movimiento racional en cuanto a lo que nos proponemos conseguir. Doña Trina piensa y nosotras ejecutamos. Todo es posible.

Elena.—Si, Geneveva tiene razón; si seguimos discutiendo no vamos a llegar al punto principal. Dejemos a Doña Trina que piense, para que los sonidos armoniosos de su plectro se comuniquen con la clara luz de su entendimiento y lleguen hasta el cielo, envueltos en el manto blanco de la idea.

Doña Trina.—Entonces les diré que en este mismo momento hablaba con Horacio respecto al baile, y quedamos convidados para entrar de lleno en la organización de la fiesta que ha de celebrarse el doce. El me dijo que yo me ocupara de las amigas mientras se formulara un programa sencillo que reconcentrara todo el entusiasmo dentro del

círculo de la Mansión Presidencial. También encargó a Panchito para que engañara al pueblo con una jugada de pelotas y algunos brincoas y carreras en el cuadro gimnástico escolar. Todo esto agregado al entusiasmo de ustedes, al conjunto manifiesto de su entendimiento y al perfume delicado de las flores que en ese día se coloquen en la blanca vestidura de sus cuerpos será para mí esposo la más gallarda y triunfadora remembranza de su tiempo. Como ya lea he dicho en otras ocasiones, en nosotros el corazón no ha muerto, aun tiene de la juventud el mismo sentimiento. Ustedes dirán que ya gastado por el tiempo no podría sentir el amor de Romeo y Julieta; pero, vive aun dentro del alma lleno de vida, de esperanza y de contento. Aunque ayer el agudo dolor lo punzaba para matarlo a sufrimiento; hoy ha cicatrizado sus heridas la dulce savia que del dolor ya muerto produjera el bálsamo inventado por ese Dios infinito de los cielos.

María.—El corazón no muere hasta que no desaparece el alma. El alma cosa invisible, no tiene color, pero termina con el cuerpo que, ya muerto, se estaciona por un tiempo en la tumba y luego se convierte en ese polvo de donde nace ese ser tan natural. De modo, que olvidemos todo intento que derrame sufrimiento en nuestro porvenir y sigamos con vivas luchas amorosas conquistando la esperanza, que es la dicha, el entusiasmo y el vivir.

Genoveva.—Bueno, ya es tarde, acortemos las palabras y lleguemos a nuestro fin. En las fiestas nos veremos si otra cosa no se acerca y nos impide la asistencia final.

Doña Trina.—Entonces las espero en esta casa, que en la noche de ese doce será el palacio de los sueños y el encanto de las diosas que ha de haber.

María.—Satisfechas como estamos de su espontánea verdad nos retiramos a casa cada una a respirar. Hasta luego, Doña Trina.

Doña Trina.—Hasta luego, muchachonas. Que vayan ustedes con Dios. (Aquí se despiden hasta el doce de Julio de mil novecientos veintisiete.)

Escena Septuagésima.

El día doce.

Don Horacio.—Trina, qué importuna resultó el agua anoche! Parece como que la natural indiferencia se impusiera para impedir la coquetería de la Mansión y el benemérito recibimiento de la tercera restauración de la República. Pero no, no ha sido así. El día de mañana es verdadero día de entusiasmo, de amorosas emociones y de contento para los poetas como tú. No podemos imponernos a la naturaleza. Ella es superior a los hombres y las cosas. Tenemos que aceptar inclinando la cabeza, las duras lecciones que nos enseña esa sabia y portentosa dueña; para vivir contentos y satisfechos en el rincón que nos depara su sapiencia.

Doña Trina.—Perfectamente; así me gusta oír a mi esposo siempre. Las disposiciones naturales, no son nacidas de la crueldad del hombre ni de la intuitiva imaginación de la mujer. Son compensaciones atmosféricas que se relacionan directamente con las descomposiciones fisiológicas, entorpeciendo también la idea preconcebida del hombre. Por esa razón el día once fué un día lluvioso. Pero, nos quedan aun dos días, y mañana nos envolveremos con los rayos luminosos de la luz boreal y la música cadenciosa que despiden esas flores serán indudablemente nuestro amanecer.

Angel.—(Que llega). Don Horacio, ¿cuándo piensa usted ir a Haití? . . . Es inoportuna la pregunta; pero como entre col y col puede entrar la lechuga.

Don Horacio.—Pues bien, quiero irme tan pronto terminen las fiestas. Tengo interés también de que tú te embarques para Washington en la mejor oportunidad. Hay que contrarrestar de algún modo las versiones respecto al amigo Pancho. El informe que se diga tiene el Gobierno de los Estados Unidos de América nos debe preocupar un poco por tratarse de la prolongación y de la administración de mi gobierno. Espero que te has de interesar fielmente en este asunto y coronar desde luego las aspiraciones legítimas de la República.

Angel.—Usted sabe que todo cuanto esté a mi alcance haré en beneficio de su gobierno. Hace tres años que sostengo una campaña hasta con sus mismos amigos que desean verlo lejos de la Presidencia. Ahora en cuanto a lo demás no hay que hablar, siempre soy el mismo.

Don Horacio.—Deseo que hoy te apersones al banquete de despedida del año veintisiete. Son las ocho de la mañana; preparémonos para el Te Deum.

Trina.—Entonces hasta la noche. Entran ustedes en campaña ahora. (Aquí se retira).

Angel.—Yo también voy a prepararme. Abur.

Don Horacio.—Hasta luego.

(Después del Te Deum.)

(Llegada de la comitiva a la casa Gris, Discursos preliminares. Despedida del Cuerpo Consular y de los menos allegados a Don Horacio. Después de las doce, petición de las amigas a Doña Trina para recitar la composición que continúa el orden del día).

Doña Trina.—A petición de parte interesada recitaré una composición que, aunque no es del momento, obligará al auditorio a permanecer oyendo. Dice así...

María.— (Interrumpiéndola) Pero, bueno, Doña Trina, lo que queremos es una composición de las tuyas.

Genoveva.—Desde luego, porque sería de mas tono para el momento.

Doña Trina.—Voy a recitarles una que, aunque no es mía, puedo asegurarles que es inédita y no dejaré de gustarles. Después tienen que recitar una María y otra la distinguida poetisa Altagracia.

Dolores.—Entonces empecemos a oír los rulseñores que en la Mansión Presidencial se posean amorosos a darle principio cultural a la colaboración del gran día doce de Julio, que es para mí de tanto recuerdo.

Doña Trina.—(De pié) Allá va, se titula:

CLAROS DE LUNA

No te escondas *Selene callada*
~~que quiero~~ ~~de la luna~~
No te escondas que quiero mis ansias
Confudir en la noche cruzada,
Con la luz que le brinda la playa.
Si en los mares envuelta te veo
Con las olas de plata esmeralda,
Te confundo en mi mente y deseo
Que bajaras, mi linda jítana.
Yo quisiera la nube que besa
Esa luz que abrillanta mi alma,
Que se pase lijera y que deje
A selene mi novia que cante
Con su disco de oro y de plata
A este cielo que brindan las aguas;
Por que sé que yo gozo en la playa
Con las ondas de luz enlutadas;
Que presenta la mar cuando estalla
En mi cuerpo silente que calla.
Si tu luz se retrata en las aguas
Confidente de miles dolores,
Te contemplo y te admiro, Selene,
En el techo confuso de amores.
Las escarchas lindísimas, suaves
Que tu cáliz derraman de luz,
Me parece que forma espirales
Con las aguas del mar tan azul.
Yo te admiro pomposa de enero
En tu cáliz celeste brillar,
Porque sé que escondida te juegas
Con estrellas, el cielo y el mar.
No comprendo las cosas del mundo.
Cuando canto a la luna y al mar,
Se presenta a mí vista una antena
Salpicada de luz tropical.
Yo no puedo seguir mis amores...

Porque vino la aurora a turbar,
Con su manto de luz á Selene
La corola de flor sideral.
Cuando quise salir de mi baño
Vino tierna la luz boreal
Con sonrisa a decirme que estaba
Esa antena detrás de la mar.
Y mi mente que nunca se turba
En las horas profusas de amor,
Se detuvo: y pensé que en la altura
Las estrellas radiantes, la luna,
El fulgor de la aurora que pasa,
Las antenas, el mar y hasta yo;
Se formaron de nada en el mundo,
Pues de nada nos dicen que es Dios.

(Fin de la composición y ruidosos aplausos).

Doña Trina.—Ahora sigue el turno a la bella y gentil poetisa María.

María.—No soy poetisa; pero amo el verso hasta donde pueda amarlo el que mas alenta las vibraciones de su plectro. Voy a recitar una composición sencilla pero bastante poética. Se titula:

MISTERIO

Estaba yo dormido cuando un niño
A las puertas de mi casa tocó,
Y a los toques, los toques repetidos,
La ingratitud familiar se alarmó.
Mas, no sabiendo el por qué de la llamada,
Preguntamos al niño que ocurrió,
Y a los toques, a los toques se expresaba:
!"Fué que mi padre a su señora hirió"!...
Levantándonos todos al momento
La puerta entreabrimos y el niño entró;
Y por segunda vez le preguntamos

Y las mismas palabras repitió
Todos a un tiempo con llantos y congojas
Lamentaban el caso que allí ocurrió;
Y una autoridad nocturna que se hallaba
Por aquel lugar, al fin se aproximó,
Y dándole cuenta de lo ocurrido,
A la casa del crimen se trasladó,
Y allí miramos una señora
Que su cuerpo la sangre todo bañó.
Así encontramos la casa oscura;
Un niño tierno que allí gritó,
Y la Señora que dislocada
Para la puerta se aproximó.
Mas luego hicieron que se llevaran
Para la cárcel al heridor,
Y al aposento nos trasladamos
Prendiendo luz en el comedor.
Después del caso que aquí relato
Fuimos en busca de un curador,
Y de su casa nos trasladamos
Al sitio triste que daba horror!...

(Fin de la composición y aplausos).

Doña Trina.—Muy bien, ahora sigue la inteligente é
Inspirada Atagracia.

Atagracia.—Como María, no soy poetisa; pero también
amo el verso. Recitaré una composición sencilla. Se titula:

LOS CHELES

Tengo un hijito muy cariñoso,
Hablando griego se da a entender,
Que él es bonito, que él es precioso,
Y sabe mucho lo que es querer.
Dice en sus versos, lo que natura
Su cuerpecito supo envolver,
Y así se expresa para que luego

La gente culta lo entiende bien.
Tengo mis ojos que son tan vivos,
Como la aurora cerca del mar.
¿Y mi boquita? . . . Parecen lirios
Mis labios rojos como el coral! . . .
En el conjunto de mi carita
La nariz blanca deja expresar,
Lo perfilada que es esta obrita
Que Dios dispuso para gozar.
En mis pestañas largas y negras
Puede esconderse todo el candor,
De esas miradas que dejan hebras
Llenas de ensueño y todo amor.
Dos años hace que hué nacido,
Y en travesuras debo contar,
Un año largo que yo he vivido
Dando empujones como la mar! . . .
Son muchos cheles los que he podido
Por los dos años a mi papá,
Y tal vez siga; porque ha querido,
Pidiendo mucho o tal vez mas.
Qué bueno es eso de muchos cheles
Cuando uno tiene para gastar! . . .
Llamando á gritos lo que usted quiere,
Todos los dicen; qué bien está! . . .
Largos, benditos serán los años
Que por mi vida tienen que andar,
Para sacarle de su bolsillo
Los grandes cheles a mi papá.
Qué delicioso es ver que pasan
Esos guineos en balal! . . .
Y en el bolsillo como lo danzan
Las dulces notas de Aquí si hay! . . .
Nada preocupa tanto mi vida
Como que siempre tengo papá,
La bolsa llena de tan sencilla
Moneda buena para mamá.

Así es que estima, lector querido,
Lo preocupado de este que habló,
Si no tuvieran en sus bolsillos
Los mismos cheles que tengo yo.

(Aplausos).

Doña Trina.—Ahora entren los caballeros a completar las dulces horas que nos faltan con sus cadenciosas remembranzas espirituales y sostengan con sus bellos discursos la tarde alegre que con el crepúsculo nos saluda satisfactoriamente, embelleciendo con su luz multicolor la llama ardiente del amor.

Elvira.—Son las seis. Terminemos por el momento para respirar y oír a las nueve la marcha que dará el principio al acompañado movimiento de las damas, que juguetonas y coquetas, danzarán en la terraza de esta envidiable mansión q. nos aecha. Hay q. prepararse a recibir el nuevo día con el perfume de las flores que nos brinda la mañana y las flores q. en la noche embalsaman el espacio con su aroma. No olvidemos q. nos quedan todavía las diez horas q. terminan con la aurora de otro día. Es verdad q. son muy cortas, son muy cortas las horas q. pasan dulcemente en la vida; pero así lo dispuso esa naturaleza q. es muy sabia, muy prudente y muy bravia. No tardemos más la orgía. Satisfechas como estamos, recojamos nuestro guante hasta las nueve de este día.

Josefa.—Si, ya es muy tarde; convengamos en que el cuerpo se ha cansado con la lucha de los días y vayamos a casa a corregir nuestro traje que está ajado por la mano sudorosa de los hombres que, aplicada a la cintura, permanece amorosa por momentos como un lirio blanco en el cáliz de una rosa.

Doña Trina.—Es verdad, Josefa, ya tu lo has dicho. El cansado cuerpo necesita de reposo para poder volver de nuevo a gozar de los amores en la terraza, y sentir la música en el alma como la siente el poeta. Esperemos las nueve.

(Aquí se despiden en bandadas como mariposas, las

dulces tórtolas que gimen y las acariciadoras damas que se anidan en el lenguaje hermoso de su amado esposo).

Mas luego, la tristeza que penetra en el alma de los que se acercan a la tumba de los muertos.

Horas después la fiesta sigue. En el balcón de la Mansión divina, un galán enamorado dice a su adorada lo grande de su amor en esa noche, en que la copa de cristal se rebosaba, derramando el licor por donde quiera que una pareja solitaria se acercara; olvidando el sonido de la danza que engalana; olvidando el primoroso enjambre de criaturas que embalsaman el salón de aquella estancia; y cogiendo con la mano blaca y pura, la blanca copa llena de tristeza de su alma!...

Así pasaron largo rato sin danzar los dos amantes. Socorridos por la oscura situación de aquel lugar que los amparaba. Mas luego, desaparecieron de mi vista sin saber donde posaron las plantas esas aves. Eran las tres de la mañana. La luna, coquetona y clara, marcaba su paso lentamente en el espacio oscuro del firmamento; y satisfecha de que abajo la miraban sostenía su luz firme como si fuera un astro permanente. Mas tarde, la aurora entrecortada por los rayos del sol naciente despedía poco a poco las ánforas cargadas de las flores, de las damas que ya se retiraban a su hogar, como las flores muertas. Así pasó la fiesta y quedaron Don Horacio y Doña Trina contemplando las estrellas que iban una a una ocultándose en la tristeza.

Doña Trina.—Qué bello panorama!... Parece como que el sol habla al levantarse con las aguas tranquilas regando su blanca cabellera con la única belleza que dejara la espuma blanquecina de la mar!... ¿No ves, esposo mío que de este balcón florido más claro se ve ese cielo y se respira mejor?... ¿No ves que dulce suspira tu poetisa querida cuando te habla de amor?.... ¿No ves la clara mañana que nos brinda ese señor que junto a nosotros vive como padre y es nuestro Dios?....

¿No ves la argentada alfombra de esta mansión di-



vina como luce primorosa su ventidura verdosa que nuestro ser la imagina; y en el cáliz de aquella rosa una abeja negra que se posa para arrancarle dichosa todo el néctar que dejara la madre naturaleza en los pétalos y estambres que en su corola sembró?.....

Pues bien, querido mío; esto quiere decir que aun el corazón rebosa y palpita dentro del alma como en el primer momento de nuestros primeros días!..... Fíjate que en la alborada los pájaros y las flores se besan con mas amor!.... Qué canto mas armonioso se siente desde esta altura, cuando canta el ruiseñor en aquel bosque que alegre mantiene nuestra mansión!..... Sopla el viento; las nubes corriendo van. Ya se acerca la hora triste; la hora de trabajar!.....

Pero, para nosotros que ya la orgía nos brinda su abrazo consolador, la tristeza dulcemente se retira a su rincón, dejando a la hermosura de los días que nos brindan la ilusión, el camino franco del destino, y seguimos caminando hasta que llegue a convertirse nuestro ser en ese polvo misterioso que el filósofo nos dice, que es el fin de nuestra alma, que no muere según dicen ellos también?...

¿Adonde vá ese espíritu que sostiene en tu alma y en mi alma lo más grande de tu ser?..... Eso es lo que no puede descubrir el hombre sabio, ni el amor de la mujer. De modo pues... que algamos nuestra idea toda llena de flores, hasta tanto llegue el día del descanso, y en nuestra tumba se convierta en polvo, todo lo que antes era sueño, sentimiento, placeres infinitos, y el dolor que es mas agudo que la punta de un alfiler.

Don Horacio.—He oído tus palabras; tus palabras todas llenas de fantástica expresión, y he sentido en mi alma que no late como siempre el corazón!... Ya comprendo amada esposa, la clemencia de tu amor. Solo queda a mí esperanza que tu siempre sigas siendo lo que has sido, sin que abrigues en tu alma, que es en donde está latente la ilusión, el fantasma de los celos que pudieran separarnos a los dos. Yo quisiera, vida mía, que ese sol que nos alum-

bra diera clara luz para los dos, y alumbrara dulcemente tu cerebro que en mí alma es poesía, es aurora, es amor!... Si perdieran el cariño los dos seres inspirados esta mañana en el balcón, quedaría solamente la aureola de tu vida y de la mía. Sigue, sigue envuelta en tu blanca manta de alegría y pasa el puente de la envidia con tus lentes especiales para ver bien claro el lodo en el fondo sucio y negro de los reptiles que andan vivos por el mundo como víboras fecundas, entregándose al Señor.

Son las seis. Despidamos este ambiente y sigamos con el día hasta tanto llegue envuelta la partida de los dos para el pueblo de los negros del Oeste que ya esperan tu persona y el cortejo que acompaña tu gobierno que ha dejado clara estela en el cielo de la patria y en el cielo calcinado que dejamos tras la orgía que nos brinda el nuevo día en Oriente el nuevo sol.

Doña Trina.—Bueno, como nos queremos tanto, tanto, y en tu alma solo cabe mi ilusión, encendamos esa llama... dame un beso, y toma uno que enlace para siempre nuestro amor.

(Aquí se dirijen a su alcoba hasta el día de la partida para Haití.— Mas luego, una comisión que llega a la casa Gris. Suben, saludan, y como bandadas de mariposas de colores se introducen hasta el salón de recibo).

Doña Trina.—;Oh! ustedes por aquí?...

Dolores.— Desde luego, queremos combinar nuestra partida para Puerto Príncipe. Sabemos que usted está preparada de antemano. Pero sería para nosotras de gran satisfacción acompañar el cortejo Presidencial, si no fuese para ustedes de inconveniente.

Emilia.—También hay que saber a que hora parte la comitiva de esta ciudad para las comarcas de Hatí.

Doña Trina.—Pues bien, según ha determinado el gobierno, o lo que es lo mismo, mi esposo, partiremos de ésta el día veintiocho en la madrugada. no quiere decir, desde luego, que todas estemos obligadas a seguir este derrotero. La que no se sienta animada para salir muy temprano.

puede hacerlo mas tarde o en el curso del día. Pero sería mejor que todas se prepararan para llegar unidas a la ciudad de los negros, como un enjambre de gaviotas volando en un lago tranquilo lleno de aves oscuras que lo pueblan.

Isabel.—Nosotras debemos ir, como dice doña Trina, para gozar de la primera entrevista que será en el lugar que está en discusión hace tiempo. Aquí en este paraje de histórica leyenda, comenzaremos nuestra orgía hasta llegar el punto final de la bacanal suntuosa que el dictador Bornó con sabia inteligencia ha sabido preparar para recibir al Presidente que más libertad, mas honradez, y justicia ha dado al pueblo nuestro.

José.—(Que llega en ese momento) Don Horacio, como yo soy quien guía y mantiene la paz entre los vivos y los muertos, me voy con María antes que ustedes a esperar allá en San Juan de la Maguana o en Azua, si otra cosa no hay que lo impida; las blancas palomas que llevan en sus picos la flor de sus ensueños, el cándido lenguaje de sus catrofas y la clara luz de sus ojos que le brindan al mundo su terneza. Cuando me veo junto al jardín donde se aspira ese perfume que embriaga mi alma de poeta; traspassa mi pecho la mirada de alguna dama que oculta deja ver su belleza entregándola al aliento que respiran esos cuerpos que dan vida al pensamiento.

Don Horacio.—¿De modo que tú piensas irte presto?...

José.—Un día antes de su marcha, que supongo ya muy cerca.

Doña Trina.—De modo, que María te acompaña a tomar el camino hasta el fin de la jornada?...

José.—Yo soy su guía, su fiel amante y su interlocutor. Ella va hasta donde los demás lleguen, sin temor.

Consuelo.—Entonces Señores despedámonos a María que se va con su José en busca del Señor.

Georgina.—Y á la vez despedámonos nosotras de la mansión querida, que abandonada y sola la dejará la poetisa que canta en el balcón.

Genoveva.—María nosotras deseamos que tu viaje sea feliz.

José y María.—Entonces, adiós.

Doña Trina.—Adiós María, nos encontraremos allí en el pueblo que nos espera.

(Aquí se despiden, expresando con su sonrisa y su semblante bello, la aceptación corriente de la alegría y el deseo de que llegue el gran día portentoso de la fiesta en el Estado vecino. Nada enloquece más a las mujeres que la rica marejada de la estancia, al se duerme en la blanca espuma de la ola, la barcarola que navega sin rumbo cierto en el mar de la ilusión.

(Más tarde, cuando apenas despunta el sol, salían presurosos más de cuarenta carros llenos de las damas y caballeros que fiestaban días antes en la mansión. Una tempestad en medio del camino los azotó, y en Azua punto incierto del paseo se quedaron estancadas las parejas enamoradas esperando que el Señor aplacara un poco su ira y el Artibonito cauteloso reposara en su lecho solitario donde vive la belleza cristalina del amor. Luego, cuando la calma se introdujo por los poros hasta el alma de los vivos que impacientes detenían su ilusión; dijo, halado por la mano poderosa, Don Horacio: Yo no sé, es un mal presagio lo que siento, me está hablando el corazón y la vista se me apaga; me parece que el cerebro se contajia y mi cuerpo todo siente que se esfuma...)

José María.—No Horacio, tu no puedes despedirte, ya se acercan los rumores de las copas argentadas del licor que nos enerva, del licor que dá la vida al entusiasmo y penetra como luz hasta el cerebro para dar idea al sueño, al contagiado movimiento y a la más candente inspiración. Tú estás comprometido más que nadie a seguir rompiendo fielmente todo obstáculo que la naturaleza forzosamente se obliga a establecer, y a sufrir las consecuencias si necesario fuese de la lluvia tempestuosa que interpone en tu carrera la más verídica expresión. Tú sabes que la felicidad no se completa nunca a pesar de las grandes luchas del

hombre. Lo que materialmente existe es el sufrimiento. Las escenas que se reproducen durante la larga participación visionaria que en común acuerdo con los dolores físicos determinan la decadencia espiritual, nos dan a entender positivamente que debemos identificarnos con las inspiraciones de Dios. Acójete voluntariamente a las horas de dicha y de dolor, por qué una página íntima dá el recuerdo tormentoso del pasado.

Don Horacio.—Pero, tú no viste en la noche el chillido misterioso de ese pájaro agorero?... ¿No te diste cuenta exacta que después de un rato el agua, el viento y el rayo impedían nuestra marcha como mal presagio a nuestra fiesta?...

Una Lechuza... Esta ave silenciosa determina la nostalgia que en mí cuerpo ya la siento. Si nosotros advirtiéramos lo que va a pasar mañana en el curso de los días en la bacanal ya presta; te diría, José María, que ese pájaro agorero no tendría por qué meterme miedo. Pero, razón tengo para creer en estas cosas que me anuncian la caída de alguna alma buena que nos deja para siempre. Te voy a complacer para que veas y te des cuenta, de que yo no soy supersticioso, ni le tengo miedo a nada que esté cerca de mí cuerpo. Salgamos por la mañana de San Juan para el pueblo de mi cuento.

José María.—Entonces a dormir hasta que llegue la mañana candorosa que te quite del cerebro ese presagio misterioso que te enerva.

(Aquí quedáronse dormidos los amigos hasta el día siguiente en la mañana. Salida de San Juan, de la comitiva, para las comarcas haitianas, luego llegada bajo grandes aguaceros y recibimiento colectivo del cortejo presidencial.)

(Habla Bornó. Luego habla Horacio y después ya todos saben por la prensa lo ocurrido en la Casa Blanca del haitiano portentoso que esclaviza todo el pueblo donde dicen no nació.)

(Al otro día, cuando más ardiente estaba la función, un aereo telegrama daba aviso de la grave situación de la es-

posa de un amigo que corría todo riesgo junto al Dios de los haitianos que veneran con amor, los áulicos perversos de ese pueblo que está enfermo como el mío y como el resto de la América sin Dios.)

Inmediatamente se dispuso la salida del amigo que ocultaba dentro del alma su dolor, y tres hermosos aereos navegaban por los aires trayendo al compañero de la fiesta hasta el lugar de su amor. Allí entre suspiros y congojas lamentaban la triste situación de dos seres que se quieren con el alma como quiere la paloma su nido en la arboleda y sus cánticos armoniosos el ruiseñor. Luego espiraba la matrona digna, digna siempre del cariño de su esposo y del cariño que ella siempre se captaba en el camino de su vida pordiosera, para darle abrigo al pobre y comida a todo hambriento que pasara por su lado en conquista de su ayuda que ella presto no dejaba de ofrecer. ¿Quién ha muerto?... Preguntaban en la calle los amigos del señor que tres horas antes estuviera en la fiesta de Bornó. Ese pájaro agorero que acompaña con su canto a esa mariposa negra del dolor es un pájaro que avisa tristemente la salida de algún muerto que se va para ese azul del cielo a juntarse con las almas del amor. Así decía un amigo que acompañaba la tristeza del hogar. Mientras tanto el féretro camina lentamente hasta el templo que habrá de cubrir en la espesura de la noche, el cadáver satisfecho de una dama que envolvía en la penumbra la mas bella esperanza de vivir. Así será la vida eternamente.. Conformémonos con aprender fielmente a contribuir al mejoramiento social, para que sirva de ejemplo a los hombres que no quieren ennoblecer la ligera actitud de aquellos que los contemplan. Por fin la flor ha muerto. Ha caído al sepulcro amarillenta sin perfume, sin amor y sin que alguien en su dolor pudiera socorrerla al caer en la tumba misteriosa y cierta.

Después, la triste despedida de los vivos que salen de la Iglesia olvidando mas luego lo pasado y entregándose de nuevo a los placeres y las fiestas.

(Regreso de Don Horacio, de Haití, y preparativos para su recibimiento).

Doña Trina.—Horacio, hay que guardar consideración a la familia de la difunta. Suspende la fiesta que tienen preparada para estos días tus amigos.

Don Horacio.—Ya había pensado en eso. Martínez, ten la bondad de decir á los amigos que suspendan las fiestas hasta tanto se pasen algunos días de duelo.

Martínez.—Está muy bien, será cumplida su orden, en el término de la distancia.

Don Horacio.—Ahora pasemos a otra cosa. ¿Qué opinas tú con respecto a la actitud asumida por Federico en estos últimos días?...

¿Tú crees que alcanzará algo con los Norte Americanos?... Míster Coolidge se ha manifestado un poco reacto en estos últimos tiempos y no ha querido dar audiencia a Angel. Parece ser que como no ha podido alcanzar su prolongación se siente poco satisfecho con que nosotros nos prolonguemos. Tú sabes que su propósito fué desde un principio convenir con todos estos pueblos pequeños de América la reelección o prolongación de los poderes respectivamente dentro de una finalidad política que redundara en beneficio de la buena armonía que reina hace ya mucho tiempo entre estos Estados. Pero como tú sabes, la oposición que manifiesta regularmente el desequilibrio prematuro de los pueblos, ha dado margen para desenvolver una política encaminada al derrumbamiento de nuestros ideales. Mi opinión, desde luego, es transitoria. Concluyo diciéndote que veo mi prolongación un poco difícil por hallarse el camino interrumpido por la clara inteligencia de algunos hombres que sosegadamente me han pronosticado un desenlace fatal en el curso de los acontecimientos que se desarrollan en el año de gobierno que nos queda. Si fuese posible conquistar la buena voluntad del Presidente Coolidge y alcanzar la derrota de Federico, entonces sí sería para mí la más gallarda resonancia del triunfo y la más feliz seguridad de la reelección presidencial. Espero tu o-

pinión sincera, para estar tranquilo y satisfecho, envuelto en el lenguaje hermoso de la aurora de mi vida.

Martínez.—Ya que su voluntad es esa, voy a decirle todo cuanto sea benefactor para la marcha de la administración que usted preside en este mismo momento. Ponga atención a mis palabras sin dejar de oír tranquilamente todo cuanto se relacione con el movimiento político que se desenvuelve dentro y fuera de su gobierno. Yo entiendo que Pancho y Federico están enredando la cabuya en unión del Presidente Coolidge que, como usted muy bien dice, se precisaba a contaminar estos pueblos de América para sostener la idea preconcebida de la prolongación que para él también era una felicidad y un buen deseo. Ahora, en cuanto a la política que se desarrolla dentro de la República, se manifiesta problemáticamente un fenómeno sociológico que reviste incuestionablemente descomposición del orden público. Aun no es tarde; se puede rectificar. Es verdad q. todo se hace un poco difícil, pero madurando bien el fruto se puede obtener buena semilla para regarla en los nuevos surcos que prácticamente se han de hacer, si su persona está por el mejoramiento de las cuestiones sociales. Tal es mi manera de pensar y tal la verdadera ideología de mi pensamiento. No me callique un hombre desleal por mis últimas aspiraciones, pero veo claro el cielo sin estrellas que se ha presentado y la tempestad puede ser horripilante. No hay duda alguna de que Federico es un hombre de grandes recursos en el manejo político actual y puede llegar a alcanzar hasta la supuesta resurrección de la buena amistad de los norteamericanos, valiéndose, desde luego, de aquellos amigos que figuran hoy cerca del actual orden de cosas, y que conocen palpablemente la actual situación de su gobierno que, indudablemente, ha sido —sin que esto le sirva de mortificación— un poco borrascoso. Consulte su conciencia.

Despréndase cautelosamente de todo ese cúmulo de obligaciones que algunos de sus amigos han creído que a usted le beneficia, y permanezca por algún tiempo alejado de

todo lo que pueda mortificarlo dejando siempre puerta abierta a todas las buenas ideas que mantengan la sabiduría de su regular actuación. Solo así, rasgando el velo negro que oscurece la verdad, dejando actuar a los hombres de buena voluntad y oyendo concienzudamente toda crítica honrada que dimanase de un cerebro completamente sano, sería como se podría moderar su administración y darle el carácter que hasta hoy no tiene. Es verdad que hay mucha libertad; que hay muy buen deseo de parte suya en cuanto a gobernar, pero hay que hacer un gran esfuerzo por oír fielmente el buen deseo de los demás que quieren ordenadamente satisfacer su aspiración en cuanto a que su gobierno sea la mejor expresión en el orden social.

Don Horacio.—De modo que tu creencia es de que yo cambie el sistema actual?....

Martínez.—Sí, Don Horacio, que cambie el sistema actual, pero corrigiendo desde luego todo lo que le sirva de obstáculo al tren gubernamental. No se lleve de majaderías manifestaciones de sus amigos que desean sostener un pujilato dentro del Partido Nacional que usted dignamente dirige. No se lleve de majaderas manifestaciones si usted no quiere sostener la gangrena social que corroe el cuerpo entero de la sociedad, que es imperecedora si no hay la buena voluntad de un buen cirujano que corte por lo sano la parte dañada. Llena de microbios, y de la medicina que mate prematuramente toda enfermedad en la corteza del árbol que da vida al conglomerado social. Repítale que es un poco difícil la obra a emprender, pero todo requiere buena voluntad y eficiente para poder alcanzar el triunfo apetecido. No es el deseo de un hombre ni la petición de muchos lo que daría el punto de partida. Es el conjunto de todas las ideas que produzcan en una sola el verdadero concepto que se busca para la buena marcha del tren administrativo. Hay, como usted bien sabe distintas maneras de pensar y distintos problemas que resolver. Pero estoy seguro que hasta ahora nadie ha podido y en estos me refiero a sus amigos compenetrarse del ma-

lestar de la República y de la imperfección que existe dentro del organismo sociológico. Hay que tener vista de águila para no dejarse envolver en las redes que los pescadores han tendido en el mar de la política y convivir con los principios para defenderse de los buitres que se acercan a la Mansión inesperadamente a comer de sus entrañas y a beber la última gota de su sangre.

Don Horacio.—Pues bien, había pensado en días pasados en un cambio dentro del conglomerado de mi gobierno. Quise mover las fichas de este modo: traer a Mario Fermín para la Subsecretaría de lo Interior. A Fello ponerlo en la misma Secretaría, a Luis traerlo al puesto que tú ocupas y darte la Gobernación de Santiago. ¿Te parece bien pensado eso?.....

Martínez.—Por mi parte no habrá oposición a su resolución. Pero debo decirle que no es en el cambio donde está la solución del problema. Donde está la solución del problema es, en el sistema que no tiene legitimidad alguna. Esta suma es falsificada y hay que abandonarla.

Don Horacio.—No te entiendo.

Martínez.—Pues voy a decirselo mas claro. Lo que yo quiero explicarle es sencillamente lo que sus buenos amigos tal vez no han querido decirle. Hay un modo especialísimo de sostener la marcha segura de la nave. Prepare la rebaja del presupuesto. Aumente las entradas y mantenga el equilibrio social obedeciendo desde luego a un plan que los enemigos del gobierno no puedan criticar. Esto y no otra cosa es lo que podría enderezar los entuertos que en mas de una ocasión yo le he podido señalar.

Don Horacio.—Bien, entonces terminemos por hoy.

Escena Septuagésima Primera.

Al otro día.

Fello.—Acabo de llegar de Francia. De esa Francia que enseña a vivir; y vengo a saludar a mi distinguida poetisa conjuntamente con su esposo Don Horacio.

Doña Trina.—Nada tengo que decirte ni nada tengo que agregar a mi salud, porque la satisfacción que siento, es producida por el afecto que en el alma de mi esposo y la mía fué sembrada por tu afecto.

Don Horacio.—Cómo te fué por esa Europa.

Fello.—Muy bien, Don Horacio, casi podría decirse que allí viven sin dormir hasta los muertos.

Don Horacio.—¿Y es posible que tu vuelvas?...

Fello.—No quisiera abandonar a mis amigos. Ellos piden que me aguarde, que no vuelva en estos días de borrascas a envolverme entre las nubes gálicas de la Francia. Parece que ellos ven en el horizonte algo extraño que a su vista le hace daño, como si fueran rayos de sol del medio día en la montaña.

Don Horacio.—Entonces, vienes a compartir los sufrimientos de mi estancia?...

Fello.—Sí, así lo quiere mi destino, así será mi vida; esclava. Yo obedezco en mi camino a la disposición de la naturaleza sin oponerme nunca, nunca a ese Dios infinito que me aguarda.

Doña Trina.—Entonces corresponderás con tus buenas cualidades a sostener convenientemente el movimiento de traslación que a cada momento se sucede en la esfera gubernamental, olvidando todo interés personal y agregando a tus buenos pensamientos otros que llenen mayor número de efecto y mayor cantidad de belleza espiritual.

Todo esto daría a tu persona grandeza de alma.

Don Horacio.—¿Y no estás satisfecho con tu nombramiento de Ministro de París y de más naciones?

Fello.—Sí, pero me siento más satisfecho aun con estar entre todos ustedes y cerca de mis amigos que me reclaman. Estos políticos me agradan más que un viaje a Europa. Yo no puedo olvidar que soy Dominicano, que en mi sangre se sienten revivir aquellos días de angustia en que usted y yo andábamos como aquellos andantes caballeros en busca de triunfos, asaltando ciudades, combinando batallas y recogiendo los muertos que habían de ser en-

terrados en los caminos si el enemigo nos daba tiempo. Aún no sabemos si la paz es efectiva. La prolongación parece que se aleja. Si el Presidente Coolidge no triunfa en su idea convezase de que la tempestad se acerca y puede reventar los cabos de la barca que usted mismo creyendo de los cabos de la barca que son más fuertes que el huracán político que la envuelve. Este Presidente es como todos los Presidentes que han surgido de la audacia solapada de los Yankis q. no tienen entrañas; q. se respaldan del capital que los redime de todo compromiso moral y se alejan de la obligación, del deber, del derecho que no han sabido respetar en ningún tiempo. Recuerde también que usted está en la obligación de cambiar el rumbo y tomar el camino que sus verdaderos amigos le han señalado en distintas ocasiones.

Doña Trina.—Bueno, hasta luego, tengo que hacer en mi aposento.

Fello.—Adios, Doña Trina.

Don Horacio.—Y cuándo piensas regresar a Santiago?....

Fello.—Pienso irme hoy. No sé si alguna cosa impida mi partida.

Don Horacio.—Más luego tengo que hablarte de un asunto trascendental que ocurre con los dos gobiernos.

Fello.—Con cuales dos gobiernos?...

Don Horacio.—Con este y el de Hatí. Hace tiempo que nuestros amigos del norte están cargando de ignominia estos pueblos pequeños de América. Pero, ya verás aun cuando tú vuelvas, el último zarpazo que quieren dar estos Señores que han hecho de estos pueblos sus esclavos y servidores de otros tiempos.

Fello.—Pero bueno, usted está de acuerdo con lo dispuesto por ellos, si arrancaran parte de nuestra independencia?...

Don Horacio.—Ya te contaré cuando tú vuelvas.

Fello.—Pues bien; entonces hasta la vuelta.

Don Horacio.—Abur, (Después se dirige a Marti-

nez)-Oye que piensas tú sobre la nota americana?...

Martínez.—Eso se relaciona seguramente con el viaje de Federico a los Estados Unidos de Norte América. Pero si usted no quiere cargar con este San Benito, lárgueselo a los hombres más connotados del país que están predestinados a dedicarle la mayor atención y el mayor cuidado. Llame a José María, a Fello, a Juan, y a todo el que usted crea que sea capaz de movilizarse en este sentido. El problema que hoy se le ha presentado no es muy pequeño que digamos.

Gustavo.—(Que entra en ese momento) es necesario que ustedes sepan que Federico no alcanzará nada de los Yanquis. Este va con la idea de hacer propaganda en los periódicos de los Estados Unidos y hacer creer que ha sido bien recibido por el Presidente Coolidge. Pero nada de esto estorbará la buena marcha de su gobierno porque nada de esto está basado en el cumplimiento honrado de Federico que quiere de cualquier modo interrumpir la organización más hermosa que ha tenido la República desde su independencia. A mí no me sorprendió la salida de Federico para Washington. El que tenga experiencia de las cosas que pasan en Santo Domingo se dará cuenta, exacta de que otros fenómenos confeccionados por la elaboración de rápidos planes políticos, se condensan y se multiplican a medida que la natural indiferencia de los hombres va tomando mayor grado de civilización. Por esa razón yo opino que sigamos nuestro camino hasta llegar a concluir la obra emprendida ya hace tres años. No tema nada. Don Horacio. Aunque Federico amenace diciendo que la carencia de ideales patrióticos de los hombres que ocupan el poder son desagradables, yo afirmo que agraciadamente para nosotros y desgraciadamente para él se vive y se vivirá por mucho tiempo con las mejores impresiones, para continuar una situación ideológica, comprometida a defender todo derecho que dentro de un orden sea establecido. La prolongación es la muerte segura de todos los partidos, y, esto es lo que a usted le conviene por el momento para

asegurar la continuación del poder q. será el porvenir de la patria. Federico amenaza con la guerra civil. Pero esto no es cuestión de farsas apreciaciones, sino de decidida ratificación en cuanto al orden administrativo. Demos por caso que se levantara una guerra civil en todo el país; qué se habría obtenido con eso?..... Sencillamente que el gobierno de Norte América se apodere nuevamente de la República y ponga punto final a la gran ambición de Federico. De modo, pues, que este señor está en la obligación de modificar su pensamiento y repetir siempre; "pero quienes serán los responsables de esa catástrofe"?... El efecto que me han producido las CATEGORICAS palabras de Federico, levantan la más grande satisfacción y el mayor placer para desearle su mejor propartida para el Norte.

Don Horacio.—De manera que....

Gustavo.—Nada, dese un paselito por el Cibao y descanse un rato.

Don Horacio.—Pero no me has dejado concluir. Pensaba decirte que hay un asunto trascendental que resolver y es que... que... en fin que me piden una faja de tierra cerca de la frontera Haitiana y no sé como salir de este compromiso. Tu sabes que en mi último viaje a los Estados Unidos del Norte me comprometí verbalmente a solucionar la cuestión fronterera. Como este es un punto negro que tiene la República hace mucho tiempo; y mi intención es salvar la parte integrante de nuestra Independencia, conviene desde luego con el coloso del norte en satisfacer el deseo en concordancia con mi buen amigo LUIS BORNO que también se compromete a cederle cuatro kilómetros de tierra en todo el largo de la frontera. esto es lo que me tiene con dolor de cabeza hace algunos días. Espero que tú me des tu opinión.

Gustavo.—Por donde salga BORNO por ese mismo lado sale usted. No se acobarde por tan poca cosa. Nadie sabe lo que mejor le conviene, Hágase sordo como siempre al calor de la prensa y manténgase alrededor de lo posible.

Martínez.—Yo le dije que invitara a los mas connotados hombres de letras del pais para que ellos cargaran con la responsabilidad en caso de que no aceptaran la intromisión yanqui en los asunto fronterizos.

Gustavo.—No está demás, pero a mi me parece que ellos no dirán ni una palabra en favor de este asunto, por que indudablemente es una cuestión que hay que estudiarla detenidamente. Hay también elementos intransigentes que no entienden de negociaciones y se parapetan detrás de lo imposible para desaventurar la posibilidad de un buen arreglo amistoso que enlace nuestras buenas relaciones.

Don Horacio.—Bueno, pasemos a otra cosa. ¿Qué piensan ustedes respecto al Diputado ese y su carta?... Creen ustedes que es honrado decir las cosas tan fantásticamente como la ha dicho este Señor?... Hay en su carta algo de responsabilidad.

Gustavo.—Ud. se refiere a TEOFILO?...

Don Horacio.—Si, porque no solo falta el respeto al gobierno, sino que desconsidera grandemente a sus compañeros de labor.

Martínez.—Nada de esto creo que tiene importancia si usted no quiere dársela. Coja las cosas que dicen los diputados como si fueran majaderías de muchachos malcriados. Usted sabe perfectamente bien que Teófilo dice, pero que sus demás compañeros niegan la veracidad de sus argumentaciones y se inclinan reverentes ante la prolongación. Ahora hay otra cosa que Teófilo sabe, y es, que su gobierno es un buen gobierno y que usted también ha sido un hombre laborioso que ostenta con orgullo la moderación que le ha enseñado la miseria.

Gustavo.—Todo eso es política, Don Horacio; la política tiene sus sises y sus noseas. Aunque nosotros apelemos a expedientes poco recomendables para ocupar posiciones, como dice Teófilo, es indudable que Federico que es el Jefe del Progresismo en decadencia, también apela como buen nadador que es á nadar y guardar la ropa cuando así lo juzga conveniente.

Don Horacio.—Pero nosotros no debemos imitar a Federico en sus errores. El disgusto que causó en mi alma la no celebración de este día, ha sido tan grande, que permanece en mi organismo algo así como un resurjimiento de aquellos quebrantos cerebrales que hacen decaer mi espíritu y obligar mi cuerpo al descanso. Yo no sé realmente decirle si es cansancio o desequilibrio mental. Tal es la situación imperfecta de mis nervios, que ruego a ustedes me dejen solo por algunos días.

Gustavo.—Entonces en este caso lo mejor es el descanso. Pero creo oportuno consultar a un médico para ver qué le indica para su pasajera enfermedad. Llame a Salvador o Ramón y consulte con ellos. No pierda tiempo.

Don Horacio.—Es verdad. Martínez, ten la bondad de llamar por teléfono o la Clínica Padre Billini. Si están ahí Salvador o Ramón, que venga uno de los dos en el término de la distancia.

Martínez.—(Tomando el auditivo) Central...

La Telefonista.—Haló...

Martínez.—Comuníqueme con la Clínica Padre Billini.

Un practicante.—Quién habla?...

Martínez.—Le hablan de la Presidencia. Diga a Salvador o a Ramón si se encuentra en ese establecimiento, que el Presidente desea ver a uno de los dos ahora mismo.

El practicante.—Está bien.

(A poco sale Ramón para la casa GRIS. Sube, saluda y pregunta por Don Horacio.)

Martínez.—Entre; él está en ese departamento.

Don Horacio.—Qué hay, Ramón?...

Ramón.—Qué hay, Horacio? te sientes algún quebranto de importancia?...

Don Horacio.—No, no es un gran quebranto. Pero, parece que los antiguos del cerebro quieren aparecer nuevamente, para molestar las dulces horas de mi vida.

Ramón.—Eso es cansancio, tienes que apartarte un poco del bullicio político. Retírate aunque sea por quince días a una población como San José de las Matas y verás,

o mejor dicho, sentirás una mejoría inmediata. Yo te haré una fórmula para que te la lleves el mismo día de tu partida. Eso sí, que no te molesten para nada porque de ser así la medicina no hará su efecto.

Don Horacio.—Bueno, entonces yo te mandaré aviso el día que determine mi viaje.

Ramón.—Bueno, hasta luego.

Don Horacio.—Hasta luego, Ramón.

Gustavo.—Y qué trajo Angel en su macuto últimamente, Don Horacio? . . .

Don Horacio.—Precisamente, te iba a hablar de eso ahora mismo. Parece ser que el Presidente de los Estados Unidos está en conversación con Federico y le ha dado esperanza de q. no haya prolongación. Pero yo le dije a Angel que inmediatamente se embarcara para los Estados Unidos del Norte e inocular allí entre los periodistas, la idea de combtirlo. Así de ese modo habrá menos probabilidad de éxito de parte de Federico. Angel piensa irse el día veinte.

Angel.—(Que llega) Frente a los grandes problemas políticos se presenta la pérdida emboscada de sus amigos que quieréh dividir el Partido que usted dignamente representa. Unas de las principales obligaciones es hacer todo esfuerzo porque la ambición no se entronice en el cerebro de los hombres para revolucionar la digna situación de su gobierno. Le digo esto públicamente porque yo sé que Gustavo, Martínez y otros, saben perfectamente bien lo que acabo de expresar.

Gustavo.—Eso no llegará a suceder. Tanto perdería una parte como la otra. Don Horacio ha tenido siempre la facilidad de unir las partes para sacar la mayor indulgencia con camándula ajena. No te preocupes, el Partido se une y se desune cuantas veces quiera su jefe. Este es un Partido obediente que no tiene convencimiento alguno. Es una palabra indivisible. Cuando Don Horacio desaparezca—que Dios no lo quiera—será cuando habrá recrudescencia en las masas y probabilidad de la desaparición completa del

Partido. Pero hoy es difícil que esto suceda al amparo de las triquiñuelas políticas.

Angel.—Está bien, que esto no suceda. ¿Pero quien quita que pueda suceder?...

Martínez.—Sí, todo es posible. Mas vale precaver que tener que remediar.

Don Horacio.—Pues bien, como Angel se embarca el día veinte, y ustedes quedarán obligatoriamente encargados del gobierno durante mi ausencia; espero desde luego que tendrán todo el cuidado posible para que las cosas marchen bien hasta la fecha.

Gustavo.—La fuerza, que es la única capaz de movilizar el enjambre que a su lado se encuentra, está perfectamente preparada para la defensa natural del partido y para la defensa obligatoria de la República en todo el territorio.

Don Horacio.—No hablemos más de eso, pasemos a otra cosa. Yo he pensado llamar antes de irme para el campo a los amigos del gobierno que puedan dilucidar algo respecto a la concesión q. quieren los Norte Americanos. Yo espero, desde luego, que los buenos amigos convengan conmigo en concluir esta página que razonablemente se exige. Como ya le dije, estoy comprometido a darle fin.

Gustavo.—Le digo lo que hube de decirle anteriormente.

Martínez.—Yo no tengo nada que decir y Angel no se encontrará en esta para esa fecha.

Angel.—Ya voy de camino. Espero que saigan bien en su entrevista. Abur.

Don Horacio.—Espero que tus buenas gestiones sean de prosperidad para tí y de orgullo para mi gobierno.

Martínez.—Que en el camino recojas flores y triunfos.

Gustavo.—Como hemos terminado por hoy, te acompañaré hasta el muelle.

Aquí toman un auto y se dirigen al río los dos amigos. Al fin se embarca Angel para Washington.

Días posteriores.

Gustavo.—Don Horacio ¿usted vió las declaraciones de su amigo Federico a la Revista puertorriqueña "Sig-Zag"?

Don Horacio.—Ya Martínez me había hablado de ellas. Este hombre se ha propuesto con sus necedades interrumpir la buena marcha del gobierno. Pero caro ha de costarle su impertinencia el día que por desgracia se cristalice su deseo envolviendo el país en un torbellino o en una revuelta armada como él anuncia en la prensa.

Voy a darle orden a Chapita para que me desarme a los oficiales que tiene Federico a sus órdenes y tenga estricta vigilancia cerca de la casa. Nadie sabe lo que puede ocurrir. También ordenaré examinar muy de cerca la casa, y todo aquel que sea sospechoso en la República. Este hombre es demasiado majadero.

Gustavo.—Pero yo supe que ellos se negaron a entregar las armas.

Don Horacio.—Sí, pero al fin ellos se verán obligados a entregarlas aunque no quieran. Contra la fuerza no hay resistencia posible.

Gustavo.—Entonces pasemos a otra cosa ¿Que hay de la convocatoria para el asunto acueducto?...

Don Horacio.—Ya le di órdenes a Martínez para la convocatoria. Es posible que como a las diez estén ellos en ésta.

Llegó la hora. Asisten a la reunión los Señores Andrés, Miguel, Gustavo y el Ingeniero Lebranco: ¿Qué ocurre? Dice la gente en la calle. Mientras tanto en la casa Gris se discute reposadamente.

Don Horacio.—Señores; mi convocatoria tiene por objeto saber el motivo de la dilación que ocurre en los trabajos que se llevan a cabo para la instalación del acueducto capitalino y el por que de la suspensión de los mismos. Motivan estas preguntas las distintas quejas que mantienen la Presidencia en suspenso y el volumen de protestas que dan margen para creer que la labor emprendida no tiene verdadera resonancia en el país. Yo suplico, desde luego que hagan todo lo posible por desenvolver esta cues-

tión para satisfacción mía, buen nombre de la República y justa recompensa para ustedes que no dejarían de alcanzar una buena recomendación de mi persona.

Andrés.—Yo no creo que sea una mentira cuanto usted dice. Pero me complazco en decirle que los trabajos van lentamente pero seguros de terminación. La parte que a mí corresponde es bastante seria. Una crueldad sería no ser justiciero, cuando la justicia sea la relativa armonía de los intereses que se relacionan con la obra emprendida. Es verdad que no se puede dar mayor abundamiento de trabajo. Pero hay que oír a los contratistas al respecto.

Miguel.—Yo me atengo a la mala o buena opinión del Ingeniero y del Director de obras públicas.

El Ingeniero.—Yo creo que se puede adelantar más la labor emprendida; pero para eso se necesita mayor abundamiento de interés de las partes contratantes. El número es poco. Es necesario aumentarlo día por día a medida que se vayan acercando los instrumentos y materiales que supongo deben extenderse a lo largo de los kilómetros de carretera ya señalados. Mientras mayor cantidad de obreros haya, mayor cantidad de obras habrá realizada. Todo es posible cuando todo se quiere hacer. Hagamos la prueba y nos convenceremos de la verdad.

Don Horacio.—Eso es lo que yo quiero y lo que desea la mayoría del conglomerado de la República.

El Director de O. Públicas.—Así debe pensarse siempre. "Todo es posible cuando todo se quiere hacer" yo repito las palabras filosóficas del Ingeniero.

Miguel.—Bien, pero hay que ayudarme con hechos, no con palabras. Se requiere cooperación monetaria y mantenimiento del orden en la concesión proporcional que no grave el buen sentido de las cosas y el progreso de la labor emprendida. Se convino en principio una cosa y luego se determinó otra en perjuicio de mis intereses. A mayor abundamiento de labor mayor cantidad de dólares. Este es la razón, Don Horacio, del por que se encuentran los trabajos un poco atrasados.

Don Horacio.—Bueno, pues entonces yo me ocuparé con mayor cantidad de atención de esta cuestión. Tengo mucho interés en esto y deseo que cuanto antes sea terminado. Hágame el favor de darle más calor al asunto, de modo que al terminar el año venidero esté la obra concluida.

Miguel.—Todo depende de su buena voluntad, Don Horacio. (Tomando su sombrero se levanta para retirarse.)
Queden con Dios.

Don Horacio.—Adiós, Señor

El Ingeniero.—Debo advertirle separadamente de lo que hemos hablado, que esos tubos que se van a emplear no resisten la enorme cantidad de agua que consumirá la población. Le advierto esto para que mañana no se alegue ignorancia.

Luego los demás quedan como en un letargo esperando las últimas palabras de Don Horacio.

En tanto un cable sorprende la buena conversación, y en el semblante del Presidente se dibuja la tristeza. ¿Qué decía el telegrama?... Nadie lo sabe. Pero robusteciendo la verdad de lo ocurrido un vértigo produjo en su cuerpo un malestar tan grande que los visitantes no perdieron tiempo para retirarse.

Don Horacio.—Señores, me siento malo, se conmueve mi alma, mi cerebro atormentado se siente díslocar. Permítanme retirarme.

Los visitantes.—Y qué le pasa, Don Horacio?...

Don Horacio.—Nada, más tarde ustedes sabrán. Hasas las cojen aunque se opongan los cañones Ingleses, Franta luego.

Los visitantes.—Hasta luego, Don Horacio.

Escena Septuagésima Tercera.

A la mañana siguiente.—En su cuarto reservado. Martínez, inmediatamente manda a buscar a Fello, a Juan, a Jacinto, a Mozo, a José María, a José del Carmen, a Rafael Augusto, a Porfirio, a Manuel de Jesús, a Pelegrín,

a Osvaldo, a Arístides, y a Rafael Justino. Esto quiero que lo hagan lo más rápido posible.

Martínez.—Los del Cibao no podrán venir tan rápido como usted lo quiere, pero se hará todo lo posible para que lleguen esta tarde o por la mañana.

Don Horacio.—Es verdad, no había pensado en la distancia. Entonces invítalos para mañana, de modo que no falte uno.

Martínez.—Ahora mismo voy a telegrafiar a Santiago, a la Vega, a San Juan, a San Pedro de Macorís y a San Francisco. Por mi actividad no se preocupe, que ya usted conoce perfectamente bien lo que yo produzco en este sentido. Todos vendrán aunque para ellos no haya nada de interés. Es el Presidente de la República y basta.

En tanto el cerebro de Don Horacio se cuece la peregrina idea del posible entendido con los convidados.

Al día siguiente.—Reunidos en la casa Gris los Señores mencionados anteriormente, se efectúa la conversación más importante para la República y en particular para la dulce y encantadora Presidencia.

Don Horacio.—Señores: buscando el mejor modo de satisfacer a mis amigos y a los buenos Dominicanos que sienten verdadero interés por el engrandecimiento y prosperidad de la República me he sentido inclinado a la justa y espiritual información que lejos de ser una cuestión personal, dará concluyentes determinaciones respecto a la probable decisión de los que en este mismo momento tienen la honra de escucharme. Lo que voy a comunicarles no es menos importante que todo lo que ha ocurrido durante los tres años que han transcurrido de gobierno. Mi propósito principal es indudablemente, encontrar la solución de este nuevo problema que solo los grandes matemáticos como ustedes pudieran resolver. Así en concordancia con los buenos sentimientos y las mejores ideas, resurgirá la luz del pensamiento para alumbrar las tenebrosas oscuridades del abismo y salir escalonadamente del precipicio o de la pendiente en que estamos todos los Dominicanos. Yo espero con pa-

ciencia sus consejos, guardando desde luego la mayor reserva para que esto no se haga del dominio público. Voy a empezar a decirles, que en mi calidad de Presidente me ví en la necesidad de aprobar verbalmente lo que, para mí, creí de utilidad para la generación venidera y progreso espiritual y material de este pueblo que desde hace mucho tiempo vive encadenado a la esclavitud y al despotismo. Suplico penséis bien para robustecer mejor la triste situación en que se encuentra hoy la Presidencia. Pues bien, manejada como ustedes saben que está la República por los Norte Americanos y queriendo dulcificar la actitud del Presidente Coolidge que en más de una ocasión ha intentado imponer su voluntad en todos estos pueblos de América, creí que mi deber debía ser aceptar en principio la proposición que éste me hizo. La cuestión es sencillamente original y fácil de comprender. Todo se reduce a comprometer una faja de terreno de SOLAMENTE CUATRO KILOMETROS EN TODO EL LARGO DE LA FRONTERA que actualmente ocupan los Haitianos, dejando para siempre solucionada la cuestión. Yo entiendo, y así creo que deben entenderlo ustedes también, que estamos (sin que esto sirva de mortificación) intervenidos groseramente por los Estados Unidos del Norte. Por segunda vez suplico que no déis publicidad a estas manifestaciones que son de índole completamente privada.

José María.—Pero esa faja de terreno a que usted se refiere es a lo largo de la frontera?

Don Horacio.—Sí, cuatro kilómetros de ancho por todo el largo de la frontera.

José María.—Bueno; yo espero la opinión de los amigos aquí presentes, para dar la mía más luego.

Fello.—Vamos a ver que dice el amigo Juan.

Juan.—Espero, como José María, la opinión de los demás.

Mozo.—Pues, bien; mi opinión es de que esto está fuera de todo derecho y de toda regla moral.

Rafael Augusto.—Pues yo entiendo que todo es posible siempre y cuando se llenen los requisitos legales.

Molás.—Pienso lo mismo que Rafael Augusto.

Jacinto.—Tengo entendido que los Norte Americanos lo que quieren es una zona neutral, y para eso no se necesita la aceptación de nosotros. Ellos tomarán la faja de terreno cuando tengan necesidad de ella puesto que el Gobierno Haitiano acepta gustoso su entrometimiento.

Fello.—Así como dice el Lic. Jacinto, es como debía pensarse; pero hay otra cosa que agregar, y es esto: que si nosotros aceptamos voluntariamente este sonrojo, quedaríamos borrados para siempre como nación independiente.

José Miria.—Pero bueno, Don Horacio, ¿y para qué tenemos nosotros que aceptar esta ignominia?... ¿Qué beneficios vamos a tener, regalando una faja de terreno tan enormemente grande?....

Pipí.—Yo entiendo que nosotros no tenemos necesidad de comprometer la dignidad y el decoro de la República. Hay muchísimos medios de defendernos y podemos llegar a ellos.

Pelegrín.—He oído con atención todo cuanto se ha dicho. Estoy completamente adherido a las distintas opiniones y en particular a la del amigo Pipí que sólidamente sostiene el principio del Derecho. Aquí no hay más que un camino: EL DERECHO INTERNACIONAL PUBLICO.

Uvaldo.—Amigo como soy de los principios y de las leyes, mantengo la unidad de las ideas externadas en este momento por mis compañeros. Siempre he sido consecuente admirador de los buenos procedimientos.

Aristides.—He sido el último en opinar. Pero pienso con los primeros antes de ceder una sola pulgada de nuestra tierra.

José María.—Esperaba la opinión de todos, porque la gran amistad que siento hacia el distinguido amigo Horacio, pudiera tal vez quebrantar la sinceridad de su alma, dejando un vicio tan grande en la mía, que separaría por mo-

mento el sentido de mis palabras. Pero todos conocen tácitamente mi opinión y con esto basta.

Juan.—Comprendo realmente el apuro del primer magistrado de la Nación en cuanto al compromiso moral que ha contraído. Pero momentos hay en la vida en que los sueños se truecan en realidades y el despertar es más triste todavía. No se puede dar una solución rápida y definitiva a una cosa que en verdad no conoce el país. Yo no creo que los dignos Dominicanos estén enrolados en los malos procedimientos de algunos Haitianos. Santo Domingo no necesita intervenciones para poder solucionar el asunto fronterero. Los buenos haitianos y los buenos dominicanos satisfacerían fielmente en la balanza de lo justo la cristalina fidelidad para que esto tenga como realidad el derecho y la moral. (Pausa).

Don Horacio.—Me han dejado completamente solo. . . .! Solo pensando en mí porvenir tan negro, tan negro como el fondo oscuro de un cielo tapizado de brumosas nubes! Parece como que mi vida se entristece y veo a lo lejos la negra silueta de mi gobierno.

Rafael.—No se enferme por eso. Aun hai completa unidad en sus amigos para sostener la posible prolongación que usted sustenta.

Juan.—Don Horacio, yo me retiro, hasta luego.

Don Horacio.—Hasta luego, Juan. . . que en el camino de tu vida no encuentres entorpecimientos.

Juan.—Gracias, Don Horacio. Dios ilumine su cerebro y realice en su alma la tangible realidad que lleva sosiego a las familias y completa formalidad al engranaje gubernativo. Adios.

Don Horacio.—Adios.

Fello y los demás.—Entonces, hemos terminado. Nos retiramos hasta otra. Adios, Don Horacio.

Don Horacio.—Adios, señores.

Aquí se retiran todos, menos José María que dice luego: Bueno, Horacio, no te incomodes por lo que te vol a decir. Si tu te atreves a hacer esa barbaridad, de entre-

garle a los Americanos esa faja de terreno, te vas a ver en el mas grande de los apuros. Piensa bien y verás claro lo que te digo.

Don Horacio.—Es que esto me tiene quebrantado.

José María.—Bien, entonces aprovecha esta coyuntura para que descanses un rato. Vete a San José de las Matas que allí estarás bien separado de todo cuanto sea labor cerebral. Ya tu edad no te permite trabajar tanto. Concuerta todo esto con el diagnóstico de tu médico. Vete, vete y no esperes la conclusión de todo este enredo político. Despues, cuando ya te sientas perfectamente bien, volverás a tú faena. Abur.

Don Horacio.—Abur, José María.

Don José S. Ortega

SEXTA PARTE.

Escena Septuagésima Cuarta.

Después de algunos días en el pueblo de San José.

Mario Fermin.—Don Horacio, como se siente?...

Don Horacio.—No muy bien que digamos. A veces las tempestuosas remembranzas del pasado vienen a completar en mi alma la revolución mas grande que espiritualmente se ha sucedido durante toda mi vida. Esta enfermedad que separa del organismo las fuerzas vitales, recorre forzosamente todos los tegidos hasta llegar al punto final de la descomposición de todo el cuerpo. Así de este modo la naturaleza se impone hasta reclamar la tranquilidad del alma. Yo no sé si sueño. Pero, la debilidad tal vez que ha producido la lucha de tres años y medio de gobierno hace que en mi cerebro se sucedan algunos fenómenos originales que recuerdan los más terribles momentos de mi vida activa de revolucionario. Cuando duermo, o cuando pienso que duermo, surgen a mi lado aquellos cuerpos imaginados que cayeron envueltos entre el humo de la pólvora, y asustado me levanto de la cama como si viera algunos fantasmas. Desde luego, no es miedo lo que siento. Es descomposición orgánica que excita mis nervios y produce el fenómeno interesante de mi cuento.

Mario Fermin.—Pero, eso no es nada, Don Horacio. Esos son también los sueños más bellos de los grandes poetas. Virgilio y Dante también se remontaban al cielo pa-

ra hablar con los espíritus y caminar por los grandes precipicios que su imaginación calenturienta hacía ver en el lenguaje hermoso de la naturaleza. De modo, que no se atormenta con los sueños y remembranzas de su tiempo, porque la indiferencia es la mejor medicina para curar los grandes males que enferman a los cuerpos. Olvide lo pasado y duerma, duerma. Aquí en este San José, donde todo respira naturalidad, donde todo es amor y, belleza, es en donde recojerá su alma la savia de las plantas y aspirará el perfume de las flores silvestres que son las flores naturales que dan vida con su néctar. Aquí es, Don Horacio, donde debe permanecer tranquilamente su persona, que cansada de la lucha con los vivos y los muertos ya se siente fatigada.

Doña Trina.—Es verdad lo que te dice Mario Fermín, Horacio; la ardua tarea que impulsaste en tu gobierno es la causa que mantiene tu corazón enfermo. Yo te he dicho que no pienses más en eso; que aspire otro ambiente; que te olvides de las horas más tristes de tu vida... y aquí en este paraje dulce y placentero respire con toda fuerza para que salga de tu alma toda esa sangre enferma que se oculta ahí en tus venas para enfermar más luego el crisol de tu cerebro. Hace tiempo que yo le digo esto, en el lenguaje casto de mis versos saturados de purísima esencia... y no quiero comprender lo que le digo junto a su tálamo blanco que le envuelve. Así paso las horas consultando mi alma de poeta para buscar en mi cerebro las palabras más bellas que él entienda. Yo sé que el enfermo necesita del reposo solariego como principal lenitivo para estar satisfecho. Pero la soledad, que impaciente se transforma en los cuerpos vivos que la sienten, penetran en lo más hondo de las almas para quitarle vida a los seres que se enferman; por eso yo abandono el lugar que corresponde a los poetas. Cantar siempre en sus oídos mis endechas, es la vida que yo llevo hasta la muerte.

Mario Fermín.—La soledad completa satisface en ciertas horas. Pero, en otras el espíritu se agobia y taladra

el corazón el agudo dolor del pensamiento. De modo que, a veces el canto alegre de un poeta se convierte en medicina para las almas casi muertas. No deje de cantar a ciertas horas. El enfermo necesita complacencia para vivir dentro de la esperanza holgadamente.

Don Horacio.—Basta de poesía.

Martínez.—Ahí está Doroteo, Don Horacio.

Don Horacio.—Díle que entre.

Doroteo.—Como está esa salud?...

Don Horacio.—Hoy he amanecido un poco mejor, gracias. Como está esa ciudad de Moca.

Doroteo.—Pues esa población de Moca espera que el primer magistrado de la Nación dé un paseito por ella en estos días en que va a celebrar la fiesta del cacao.

La población se sentiría satisfecha con su presencia y encadenaría mas sus buenas relaciones. Yo espero que siga la mejoría para alcanzar el verdadero deseo y...completar el triunfo apetecido.

Don Horacio.—Estimo en gran manera la invitación que se me hace; pero la poca salud que siento en estos días hace que me escuse involuntariamente. Tu sabes perfectamente bien que no es mi deseo hacer el vacío a mi población. Así como supe asistir a todas las Ciudades que hicieron de mí un indispensable, así también quería cumplir contigo y con la población que representa. No tomes esto como un desprecio. Soy fiel con todos aquellos que hacen caso a mis reclamos.

Doroteo.—Pero su quebranto no es tan grande para abandonar por completo a sus amigos e interesados en este momento. Haga lo posible por levantar en su espíritu la alegría y concurra con Doña Trina a la primera fiesta que se ha iniciado en Moca durante su Gobierno. Si usted no asiste, estoy seguro que todo allí tendrá un cincuenta por ciento menos de entusiasmo. Usted y Doña Trina son sin duda alguna los que perfeccionan el engranaje social, conforme lo ha dispuesto la natural satisfacción de sus buenos amigos, que no entienden ni podrán entender nunca de la

indiferencia con que pueda usted tratarlos. Yo espero desde luego su cumplimiento.

Don Horacio.—Yo entiendo perfectamente bien todo cuanto tu dices. Pero mi cuerpo está como esos buques que bambolean al menor soplo del viento. Si acaso mi quebranto no alcanza mayor proporción cuenta con que serás complacido aun sea a fuerza de ánimo. Quiero que sepas que cuando mi cuerpo no esté con ustedes, mi alma sigue contigo hasta el convencimiento. No tengo porque olvidarme de tus sacrificios en esta hora de entusiasmo, ni tengo por que alejar mi sincera amistad de tí y de los tuyos. Creo todo cuanto te digo y convengo a los amigos.

Doroteo.—Así será, hasta luego.

Don Horacio.—Hasta luego Doroteo.

Doña Trina.—Horacio, recuerda que el facultativo te dijo que no debías asistir a nada que perturbe la medicación indicada. De modo, que aun sientas relativa mejoría ne debes olvidarte de esto. No satisfagas intereses ajenos en contra tu salud. Para todo hay tiempo.

Don Horacio.—No te preocupes esposa mía, que aun en mi alma se sienta la alegría yo me olvidaré de todo eso. Son muchas las cosas que mi cerebro enferman. Los Norteamericanos por un lado con sus grandes exigencias, y por el otro Bornó que también me pide el cumplimiento de mis promesas. Yo no sé como compartir en mis ideas la terrible influencia que estas cosas le producen a mi vida insuficiente.

Doña Trina.—Pues bien, si todo esto esposo mío te hace sufrir amargamente, no te olvides de alejar del pensamiento los recuerdos que se aniden en tu alma y piensa que estan lejos las promesas que tu hiciste, hasta tanto la salud sea recuperada en el curso de los tiempos. Aleja, aleja ese fantasma que te hace tormentosa tu existencia, y penetra, penetra con tu idea en el fondo de mi alma para darte hasta mi sangre si la quieres en holocausto de tus buenos pensamientos.

Don Horacio.—Hablemos de otra cosa. Que nos ha traído Pancho....

Mario Fermín.—Nada, el deseo de ser Presidente. Dice que no vió a Federico. Pero a mí entender lo vió mas de una vez en los Estados Unidos de Norte América. Pancho es un hombre discreto cuando quiere serlo. Ayer nos dijo en el Parque Colón que la cucaracha no tiene razón con la gallina, y hoy nos endosa un artículo desmintiendo aquello. En que quedamos. Es la nación libre y soberana o estamos como dijo antes como la cucaracha y la gallina?... Cuando Pancho fué allá en los tiempos pretéritos Ministro en Washington, dijo en un artículo publicado en el "Listín Diario" de no recuerdo que fecha, que la República necesitaba del protectorado americano. Parece como que la gente no se acuerda bien de las cosas que ocurren en su país y se olvidan progresivamente de todo. Don Horacio, este es un hombre de unas fauces más grandes que una ballena. El hace como esos peces cansados de picar carnadas, que juegan con los anzuelos q. constantemente le tiran. Parece como que a prendió dentro del agua esa maniobra política.

Don Horacio.—Y que piensas tú sobre la prolongación?

Mario Fermín.—Voy a decirle: hace tiempo que creo es un clavo pasado. Pero si los Norte Americanos no le dan su asentimiento será para usted un gran inconveniente. Yo no sé en verdad como se siente usted en este camino. Federico trabaja activamente en que usted no triufe. Los Haitianos enemigos de la actual situación de Hatí también trabajan activamente en la intangibilidad progresiva de la prolongación. De modo que supongo son cuestiones estas que deben tener por lo menos la aceptación sencilla del Presidente de los Estados Unidos de Norte América. Yo sé que usted es un buen amigo de Coolidge y hará todo cuanto esté a su alcance para la consecución de este ideal.

Don Horacio.—Lo único que me tiene un poco enfermo es la cuestión Frontera. Ellos quieren una faja de terreno que mida no menos de cuatro KILOMETROS de ancho por todo el largo de la frontera. Esto está un poco oscuro. Yo con-

sulté como tu sabes con todos los jurisconsultos del país, y todos (con raras excepciones) se niegan a cooperar en favor de la entrega.

Mario Fermin.—Pero como fué el compromiso que usted hizo Don Horacio?...

Don Horacio.—Sencillamente El Presidente Coolidge nos ofrece arreglar el asunto de la frontera siempre y cuando nos comprometamos los dominicanos a cederle esa cantidad de terreno de la que ya hube de hablar anteriormente. Yo particularmente y Bornó en segundo lugar eceptamos la proposición conforme lo dispuesto. Ahora se presenta el gran inconveniente. Los hombres a quienes he consultado no estan con eso.

Mario Fermin.—Pero bueno, ese no es un compromiso que lo obliga a usted a nada. Usted ofrece lo que no es suyo como si yo ofreciera los restos de Colón. La cuestión es que no hay nada escrito. Yo creo que Coolidge va a terminar y este ofrecimiento termina con Coolidge. Usted no tiene por que preocuparse por verbales ofrecimientos ni por amenazas de estos Yankis. Cuando ellos quieren las cosas las cojen aunque se opongan los cañones Ingleses, Franceses y Japoneses. Esa gente está preparada para todas las arbitrariedades en toda la América y parte de Europa. Comprenda bien lo que le digo y manténgase tranquilo, sin preocuparle la dicha o la desdicha de todo ser viviente. Haga todo el bien que usted quiera y pueda hacer. Pero dentro de un orden humanamente aceptable. Usted no es malo, usted es bueno, hasta donde la naturaleza lo acompaña. Cada hombre viene con su destino. Si algo tiene usted que pagar, allá en las regiones celestiales lo pagará, pasando por las tres fases misteriosas del Dante y de Virgilio. El infierno, el purgatorio y el paraíso.

Don Horacio.—Y cuales son los pecados materiales?

Mario Fermin.—Aquellos que por error o de mala fé se llevan a la práctica envueltos maliciosamente en un orden completamente lejos de la verdad. Así vemos por ejemplo, hombres reptiles que se enroscan como una serpiente

al cuerpo de los humanos para sacarle la última gota de sangre de sus venas. Estos, cuando mueren van directamente al infierno. Allí se castigan todos los cargados de pecados.

Son pecadores desde luego los que se apartan de la justicia divina para emplear conveniencias personales que perjudican la sociedad y mantienen en zozobra la dignidad humana. Los que por error involuntario se plegan a las disposiciones lujuriantas de un mandatario indolente, van al purgatorio a lavar sus culpas caminando por el maravilloso espacio hasta llegar a encontrar a la primera persona del universo y pasar al paraíso completamente sano y salvo después de haber cumplido su expiación.

Don Horacio.—De modo que espiritualmente yo pasaré al purgatorio?

Mario Fermin.—Si . . . puede que usted pase al purgatorio como yo. Usted por haber cometido algunos errores y yo por haberlos aceptado. Todos los hombres que vivimos en la tierra cometemos errores que casi nunca nos damos cuenta de ellos. Pongamos por ejemplo la situación actual de su gobierno. Ayer, en sus primeros días de turbulencias con Federico y cuando apenas un rayo de sol columbraba la nebulosa política que mantenía en desasosiego la sociedad, apareció su amigo Chuchú como un espíritu sosegado y penetró dentro de su alma como candente realidad hasta convertir su sentimiento en un nuevo orden de ideas. Hoy, cuando menos quiso amarla, cuando menos se acercaba a las caricias de su amado la Querida Quisquellana; la persona de Martínez se acercó a la Presidencia y arrancó de sus entrañas, la más cara decisión que hombre alguno se pensara. Mañana cuando quiera subsanar el error ya despuntado, los escollos que hayan puesto sus amigos son tan grandes que será difícil modelar los sentimientos y la obra ya empezada. De modo que no siga aceptando la jugada de Martínez, y pare, pare toda fiesta en favor del agraciado que no piensa ser amigo desde hoy en la montaña. Reflexione, no se ofusque, salga airoso y termine sa-

ludando con sorpresa al distinguido de la estancia que se esfuma. Las hormigas cuando quieren perderse les salen alas para volar por el sendero incierto de lo indefinido. Usted le dió demasiado poder a Chuchú. Ahora le cuesta ser muy discreto para poder solucionar este problema algebraico. La prudencia en muchas ocasiones ha triunfado. Así es que cautelosamente vaya amarrando los cabos que están desatados y colóquese entre dos porciones ventajosas. Dentro del Partido Nacional hay dos hombres que se dividen la opinión. Estos dos no tienen arraigos políticos debidamente organizados. Solo tienen simpatizadores que pretenden alcanzar su triunfo con salvajes conquistas que no han dado nunca resultado positivo. Entiendo que con espejismos y con mentirillas no se llega al verdadero concepto de la cosa. En sus manos está el triunfo de cualquier candidato que beneficie sus propios intereses. Créame, yo no soy mal sujeto. Hace años que manejo en Santiago a un sin número de amigos con la seguridad de que ellos confían en mí como si fueran ellos mismos. Esto no es fantasía ni cuentos de camino. Cuantas veces he querido triunfar, mis fuerzas se han adueñado del campo sin tener que hacer molestas salutations. En fin, entiendo que para alcanzar una buena perspectiva es necesario montar una guardia de honor que mantenga en jaque a su distinguido correligionario político que ha de llegar de un momento a otro. Cuente con mi ayuda si para usted no es de molestia.

Don Horacio.—Bueno, como yo autoricé voluntariamente a Martínez para que recibieran a Chuchú, entiendo que todo lo que se haga en contrario sería perjudicial. Pero, luego hablaremos sobre su llegada. Terminemos por hoy.

Escena Septuagésima Quinta.

Al otra día.

Recibimiento de Chuchú en la Avenida Independencia. Discursos pronunciados por Aristides y otros. ^{Fineto} seguido llegada a su casa familiar. Luego, allí,

bienvenidas. En la noche baile organizado por sus partidarios y amigos. Al otro día viajó a San José. He aquí la tortuosa y desequilibrada manifestación de Don Horacio al recibir antes, la noticia de la gran manifestación que al pequeño candidato se le había ofrecido.

Chuchú.—Buenos días, cómo están ustedes.

La Concurrencia.—;Oh! . . . Chuchú, cómo te fué en tu bendito viaje?

Chuchú.—Muy bien a Dios gracias.

Doña Trina.—(Dándole la mano fríamente) Pareces otro hombre. Has cambiado mucho en todo, hasta en tus ideas.

Chuchú.—No, en mis ideas no he cambiado, siempre pienso lo mismo que pensaba antes. Y Don Horacio cómo se halla?

Doña Trina.—Ahí está, pasa adelante.

Don Horacio.—;Oh! Chuchú, cómo te fué?..

Chuchú.—Muy bien, solo que mi pensamiento estaba en Santo Domingo. Supe al llegar que su salud estaba un poco quebrantada.

Don Horacio.—Si, hace días que me encuentro quebrantado. Fuí donde Ranché a sacarme la muela esa que hace tiempo me mortificaba y esto me ha complicado bastante el sistema nervioso. Este hombre parece ser que no entiende bien su profesión y me dijo que podía sacármela sin peligro. Ahora estoy sufriendo amargamente a consecuencia de esta extracción.

Chuchú.—Pero cómo no consultó usted con un médico?

Don Horacio.—Es que ya no podía aguantar mas la mortificación de ese bendito cordal. El cerebro es un volcán desde que estoy sufriendo de esto. El Calmol y otros anestésicos ya no funcionan en mi organismo. Estoy como esas máquinas de vapor que no se enfrían nunca porque funcionan día y noche. Hace algún tiempo que no duermo bien apesar de las inyecciones que me están poniendo. Además de prescripciones médicas de los amigos Lara y Baez que no han descansado de hacer todo lo que humanamente se puede pa-

ra encontrar mi salud perdida. Hacen algunos días se me han hecho curas espirituales las que parece me han mejorado un poco. Pero desde luego yo entiendo que esto no es lo que yo necesito. Tengo que darme un paseito a la Habana para recuperar parte de la salud perdida. Dime, qué piensas tu sobre esto?

Chuchu.—Entiendo en primer lugar, que todo su quebranto obedece a falta de reposo. Nada hizo usted con venir a San José si aquí veo que no lo dejan respirar. Usted tiene que apartarse por algún tiempo de esta labor inmisericorde aunque para ello tenga que abandonar a sus buenos amigos. La salud es lo principal. Consulte esto con los facultativos que tiene hoy a su lado y se convencerá.

Don Horacio.—Pero es que en Santo Domingo no se puede alejar a los amigos. Tengo por obligación queirme fuera a ver si así me dejan descansar. No vale botarlos con maneras cortesanías ni con modales aristocráticos. Hay gente que se aposentan y están días aguardando mi sueño hasta que al fin me atrapan con tal consagración que luego me dejan aturdido del dolor de cabeza. Tu lo sabes porque lo has visto prácticamente. Trina me dice a cada momento que abandone el país por algunos días hasta que haya recuperado la salud. Pero, ¿cómo abandono el país dejando a merced de las inconveniencias la terrible amenaza anárquica que se avecina?... Yo entiendo que tu eres mi mejor amigo y apareces ahora estorbando la marcha regular de las cosas. Es verdad que yo le dije a Martínez que te recibiera con la mayor atención, pero nunca de modo que mortificara mi salud y la salud del Partido que me pertenece. Hace tiempo que vengo notando tu indiferencia. Te dije que tu serías el candidato probable en las elecciones venideras. Pero como tu me has dicho en distintas veces y le has dicho al pueblo también que yo podía disponer de tu persona en todo momento para el bien mío y el de la patria; creo, desde luego, que esto se entendía hasta la posibilidad de mantener unido tu pensamiento al mío para reorganizar y dar un nuevo gobierno que

obedeciera a una buena inteligencia y a un completo deseo. Esta manifestación pública que organizó Martínez no tiene nada de satisfactorio para la Presidencia. Tal ha sido el entusiasmo de los enemigos que recorren los pueblos y ciudades, con el propósito único, de envolver el movimiento momentáneo con el clamor incesante de la turba inocente, que aparentemente perfura la organización y prosperidad de la sociedad. Yo te suplico que abandones este camino y des un corte a esto que puede servirte mañana de estorbo para tu misma política.

Chuchú.—En primer término debo decirle que yo no puedo aceptar de ninguna manera que en su alma se anide la posible idea de la transformación de un cuerpo viviente en inanimada personalidad. Yo soy quien soy y nada más. Desde que comprometí mi pensamiento dando ordenadamente los pasos mas avanzados para la conquista de nuevos ideales, supe comprender y adivinar —si así pudiera decirse— el propósito de consolidar los intereses en beneficio solamente de su persona y de la patria. Supongo que no habrá dejado de comprender la responsabilidad que sobre mí pesa, en cuanto a la política que hemos implantado usted y yo. Ahora respecto a la manifestación pública que Martínez hubo de dar a mi llegada no tengo culpa alguna. Estoy seguro que él no ha traspasado los límites de sus obligaciones para perjudicar sus beneficiosas actitudes; pero en caso de que así sea, obligaremos a los correligionarios a permanecer inactivos hasta tanto su salud se reponga. No tengo por que negar q. soy su mejor amigo. Aunque después de haber concluido la JUNTA DE DEFENSA COMUNAL, LA COALICION PATRIOTICA DE CIUDADANOS, EL PARTIDO DEMOCRATICO EVOLUCIONISTA, EL PARTIDO PROGRESISTA Y LA JUNTA DE VETERANOS; se ha manifestado usted con cierta indiferencia para mi persona, que hasta los mismos enemigos se atreven a decir que pagaré mis pecados con creces, abandonado y solo al través de los tiempos que pasen. Yo le aseguro, Don Horacio, que mientras su lealtad

no se cubra con el manto negro de la hipocresía, tendrá un fiel servidor y un consecuente ordenador de los principios. Olvide todo lo pasado y volvamos a cojer el camino ya emprendido hace tanto tiempo. Le he dicho que estoy con la prolongación y con la reelección al así usted lo juzga conveniente.

Pero también deseo que así como mi alma se entrega a un amor constante para sostener la fidelidad de los que se han jurado estrechas relaciones para el porvenir, tenga mi persona la seguridad de alcanzar el apollo moral del Jefe del Partido al cual yo he pertenecido toda mi vida. Soy joven y como es natural tengo aspiraciones concluyentes. Nadie debe estar antes que yo cerca de su capiritual inspiración. Yo debo ser —y perdone que la hable con tanta franqueza— el niño mimado que capera de su padre el consentimiento para la boda que ha de realizarse en un término mas propicio que el actual. Si su relación mantiene la esperanza de alguna otra persona, no será para mi el desengaño, puesto que sabré sobrecojerme a su voluntad antes de llegar al fracaso. Todo es cuestión de voluntad y de buen sentido común. Ud. pensará luego lo que mejor le convenga a la política contemporánea, compensando desde este mismo instante los razonables procedimientos en cuanto al movimiento evolucionista que se aproxima.

Don Horacio.—Todo lo comprendo, Chuchú,... Pero ¿quién niega que tu has abandonado vertiginosamente el desvío de la mayoría de los amigos que concuerdan con tu parecer?... Acaso podría sostenerse la unión dentro de la agrupación si tu permites la incisión voluntaria del organismo. No comprende que la prematura revolución aparta la relativa compensación de los intereses y mantiene en zozobante actividad el conglomerado político. Estamos muy lejos aun del compromiso moral que ha contraído la República, y de la responsabilidad social que pesa sobre nuestras cabezas. Todo se ha convertido en el paraiso de los ensueños. Hasta ayer estuve concorde con

tu política. Pero me siento ya cansado de la lucha incesante y prefiero pasar balance para continuar la negociación mas prudente. No he vendido al contado. Todo es crédito, y mas crédito que lleva a la quiebra al almacen de mi cerebro. Tan pronto estemos allá en la capital obliguemos a los amigos que siguen contra la corriente a que desvíen sus ideas y se coloquen dentro del poderoso Partido sin señalar candidatura alguna que profane el santuario de sus principios. No tengas temor a mis disposiciones.

Chuchú.—Bueno, entonces acérquese a la Casa Gris mañana. Es bueno que usted mismo desvanezca el entusiasmo que ha provocado mi llegada. Cuando usted habla todos callan. Así es que lleve preparado su discurso y caracterice como siempre su dictamen. Después a rezar los que no sienten ni comprenden la estructura de su verbo solidario. Terminemos. Ya usted debe sentirse cansado. Hasta mañana.

Escena Septuagésima Sexta.

(Al otro día en la casa Gris. Amigos que llegan a saludar a Don Horacio, y concuerda la ocasión.)

Don Horacio.—Señores; hace tiempo que tengo en mis espaldas el peso enorme de una responsabilidad histórica que mantiene mi organismo enfermo. Aunque algunos Dominicanos se envanecen con mi manera de ser porque viven dentro del mecanismo de mi gobierno; yo no confío en eso y quiero connaturalizar desde hoy con los procedimientos más consonantes de la época. Estas manifestaciones que ustedes hacen en favor de uno u otro candidato no concuerdan con el espíritu de la nueva política que quiero llevar a cabo, ni robustece las aspiraciones de mi partido que tantas molestias y sufrimientos me ha costado. Yo os suplico penséis bien en todo cuanto os digo, si queréis complacerme, llegando a desviar la idea manifiesta de una candidatura tan prematura, tan poco política y tan entusiasta. No quiere decir esto que me oponga al buen sentido de las

cosas ni al buen concepto que ustedes pudieran tener de mi amigo Chuchú. El motivo como ya les he dicho es conocido entre ustedes y no podrá haber discusión alguna que aparte la idea de esta manifiesta aspiración. Convencido como estoy del gran afecto de mis buenos amigos, convencido como estoy del desprendimiento y satisfacción con que ustedes toman mis resoluciones; no he medido como en otras ocasiones las palabras, ni he mantenido oculta la intención de que ustedes sean los modificadores intelectuales del momento.

Chuchú.—En mi discurso el día en que fui recibido por mis queridos amigos, sentí la satisfacción más grande cuando abiertamente dije que, lograba el momento para demostrar el afecto que había jurado al más elevado de los Presidentes de América y al más leal y afectuoso de los hombres de este siglo. Comprendí inmediatamente la enorme cantidad de perjuicios que esa manifestación otorgaba al gobierno y no me satisfizo en gran manera la revolución de pensamientos que ella envolvía. Pero, mi responsabilidad estaba cubierta y nadie podía dudar de mi persona siempre y cuando pudieran poner las cosas en el lugar que corresponde. Mis amigos saben que solo tengo un interés y es, seguir caminando por las más amplias carreteras desechando toda vereda y todo estorbo que pudiera molestar mi humilde persona. De esto nada sabía ni nada sentía puesto que en mi imaginación no estaba grabada la idea de un prestigio franco dentro del Partido al cual pertenezco. Si sé que tengo amigos como puede saberlo también Don Horacio. Pero estos amigos son los mismos que sostienen en todo momento las disposiciones y mandatos del primer magistrado de la nación. Para terminar pido a la concurrencia que abandone todo interés particular y se ajuste a los términos evocados por Don Horacio sin que esto sirva de humillación y de desprestigio moral en el seno del partido.

Martínez.—No debo callar. Tengo que exponer la razón clara de mi entendimiento, porque si nó habrá, desde

luego, intercambiadas de palabras dentro de la sociedad a la cual yo pertenezco. Consulté como todo el mundo sabe con el Presidente la manifiesta salutación que debía dársele al futuro candidato y no omití medios para que esto fuese la campaña que habría de dar el toque de llamada a los que sintieran de antemano la satisfacción de cumplir con un deber sagrado como es el deber contraído con mi buen amigo que lo ha dado todo por el engrandecimiento y prosperidad de la República y en particular de mi gran amigo Don Horacio. Como creí que todo esto satisfaría en gran manera al partido del cual formo parte integrante, hube de extender mis más caros esfuerzos por agrandar más y más el cuerpo vivo de mis talentos, para llegar confiado como fui a robustecer la gran manifestación que no ha dejado de marcar la huella de mis aspiraciones. Estamos como ya he dicho con todo lo que disponga nuestro jefe y mandatario en lo que concierne a su permanencia en el poder. Entiendo que debemos suspender toda posible irregularidad comprobando si así fuese posible la determinación política que él juzgue más conveniente. Así, de este modo olvidamos lo pasado y entramos a deliberar los nuevos procedimientos.

Don Horacio.—Lo que yo deseo está escrito. Ahora quiero que todos se ocupen de lo demás que queda manifiestamente demostrado según mis últimas palabras. Voy para San José confiado en que la mano poderosa del Señor pasará por sobre sus cabezas para indicar la más augusta templanza y el más razonable procedimiento. Adiós.

Todos a la vez.—Adiós Don Horacio, que el mismo Señor lo guie.

Escena Septuagésima Septima.

Luego en San José.

María Fermín.—Saludo Don Horacio, cómo le fué por la capital, suspendieron por fin las manifestaciones chuchucianas?....

Don Horacio.—Chuchú es un buen amigo mío. Todo cuanto yo le pido está siempre dispuesto a complacerme. Tan pronto como él supo que yo no comulgaba con la evolución extemporánea, comunicó a mi partido las disposiciones que anteriormente tú y yo habíamos combinado. Como tú sabes él es un hombre inteligente y no es capaz de contrariarme en lo más mínimo; ni de dar un escándalo que pueda insiclonar la parte integrante de la gran cooperación científica de la política. Yo sé que sus aspiraciones están dentro de las mías; y no hay poder humano que lo haga retroceder aunque para ello tenga la necesidad de abandonar todo compromiso que pudiera tener encadenado con sus amigos.

Mario Fermín.—De modo que el peligro ha pasado?..

Don Horacio.—No, yo nunca creí que esto pudiera tener peligro alguno. Pero como es mejor prever que tener que remediar....

Mario Fermín.—Desde luego!.. Ahora cuando usted vuelva a la capital nadie se atreverá a cantar en su gallinero. Yo entiendo Don Horacio, que el único hombre que hay en el país hoy para dirigir los destinos de la nación es usted. Los demás son cohetes tirados e inconvenientes para la organización eficiente de su gobierno. Haga saber desde hoy a Chuchú y a los demás que quieren llegar a la primera magistratura el propósito que debe usted tener con respecto a la reelección y a la posible seguridad de su triunfo. Nadie hará objeción alguna en cuanto al libre pensamiento; ni nadie corresponderá a levantar presión contra su candidatura. ;Ah! se me había olvidado preguntarle antes por su salud.

Don Horacio.—Me siento mejor. En estos días volveré para mi residencia. Tengo que prepararme para el viaje a la Habana si otra cosa no me lo impide. Voy a ver como soluciono el asunto fronterizo y otras cosas mas de interés nacional con los YANKIS. Trataré también, si el tiempo me lo permite el asunto reelección de que tú me hablas. El Presidente Machado está trabajando activamen-

te en este sentido y creo alcanzar su propósito. Desde luego, debo decirte que todo depende de la voluntad de Coolidge. Este hombre me lo ha ofrecido todo en cambio de unas buenas relaciones entre Santo Domingo, Haití, Cuba y Estados Unidos de Norte América. Qué piensas respecto a eso?....

Mario Fermín—Todo es según el cristal con que se mire. Si esas relaciones son para el verdadero equilibrio de la natural independencia de la República, y concuerda ventajosamente con los procedimientos establecidos por usted hasta la fecha, indudablemente será para su gobierno el triunfo más resonante. Tengo esperanza de que así sea, y que la Providencia lo acompañe a resolver todo cuanto sea de grandeza espiritual par su alma noble. No desconfío de sus gestiones porque conozco la buena voluntad que lo acompaña y las prendas morales que acompañan su persona.

Don Horacio.—Entonces parto mañana para Santo Domingo con la conciencia de que todos mis amigos compartirán la labor gubernativa tan pronto embarque mi persona para la Isla de Cuba. He pensado, no se si tu estás de acuerdo, en hacer un cambio relativamente sencillo en el engranaje de mi gobierno. Quiero poner en lugar de Elías a Fello, en lugar de Rafael Augusto, a otro que responda mejor a las relaciones internacionales. En lugar de Nene a Baez, en lugar de Ginebra a Martín y en lugar de Chuchú a Ginebra, en lugar de Martínez a Chuchú y en lugar de Andrés a otro que responda con más fidelidad al cargo que representa. Estos cambios están desde luego en mi pensamiento. Pero, puede haber cambios también en mis ideas mas luego y esto se deje de llevar a cabo. Todo depende de como esté mi espíritu.

Mario Fermín.—¿Y a mí donde me vá á poner?...

Don Horacio.—No te preocupes por eso. Tu eres uno de mis mejores amigos. Quédate en la Gobernación hasta tanto yo resuelva otra cosa. A veces la dicha no es de quien la busca sino de quien Dios se la quiere dar.

Mario Fermín.—Cuando piensa usted ir a Cuba?...

Don Horacio.—Tal vez en Enero. Quiero pasar las fiestas pascuales por aquí a ver si puedo comer algunos pastelitos como los hace Trina algunas veces para mí. No se si ya se le habrá olvidado esta prosa rimada. Pero ella me ofreció obsequiarme este año antes de irme para la Habana. Debo agregarte también, que ella sabe y ha sabido siempre ser Señora, Mujer y Sirvienta. Por esto no dudo que cumpla lo ofrecido y algo mas que ella pueda idear para ese día de esparcimiento. Quedan convidados si no hay trastornos en el curso del tiempo.

Doña Trina.—Pero esa prosa no es rimada. Esa es una prosa galante. Tú no lo crees así Mario Fermín?...

Don Horacio.—Para el caso es lo mismo. Se trata del día extraordinario en que se celebra la gran cena del gran filósofo y algun nombre debemos darle a esta prosa. Pero ya que tu quieres que sea galante así será.

Mario Fermín.—Haremos todo lo posible por que esto suceda. La vida es corta y hay que prolongar el entusiasmo para no sentir el desgaste natural de nuestros cuerpos y los desventurados días que se pasan nostálgicamente acompañados de dolores agudos y de esperanzas muertas.

Doña Trina.—Pero esto es prematuro. Faltan muchos días y nadie sabe lo que pueda pasar en ese tiempo. Debemos prepararnos para la llegada de Bornó que está cerca. Como siempre se alumbrarán todas las conciencias y habrá un gran recibimiento. Si Horacio no sigue quebrantado para esta fecha estoy segura de q. los preparativos serán muy fuertes y las damas colaborarán con sus bellezas a robustecer el entusiasmo, a darle vida a la organización del festival y a completar el buquet que hemos de brindar a nuestro huésped. Tú sabes que nadie nos gana en preparar la mesa, en preparar la recepción y despedida de algún sabio o de algún mandatario con vergüenza.

Mario Fermín.—Es verdad, antes hay que preparase para el banquete bornociano. La banda de palomas blancas

recorrerá la carretera dulcemente hasta llegar a la frontera a recibir a su majestad el supuesto rey del oeste.

Don Horacio.—Esperemos entonces que esto pase, para entrar seguido en la otra fiesta. La noche buena es una noche magestuosa para el gremio que presido y que me enerva. A mí no me cansan los jolgorios ni me cansan los sonidos de los plectros. Yo soy como Nerón, enamorado de las artes, de la ciencia panorámica que esa naturaleza ya nos presta, y del poder que me enamora como si yo fuera realmente la virgen de la leyenda. Prosigo mi camino. Nadie estorbará en él el paso de Dios omnipotente. El acompañará mi cuerpo hasta el calvario o me llevará directo hasta el infierno. Allí, allí pagaré mis culpas si las tengo y pasaré al purgatorio como dije a lavarme los pecados como el Dante. Después llegaré al paraíso y limpio y sano a vivir eternamente entre los sabios espíritus mundanos.

Mario Fermín.—Entonces hasta la vuelta. Hoy me voy para Santiago. Adios, Doña Trina.

Los dos.—Adios, Mario Fermín.

Escena Septuagésima Octava.

Regreso de Don Horacio a la Capital. Reunión de Diputados en la casa Gris.

Don Horacio.—Ya me siento mejor de mis quebrantos. Los he invitado para decirles que se reúnan con mas frecuencia en Congreso, pues tengo mucho interés de que el presupuesto del año venidero tenga su terminación. Yo me voy para Cuba dejando organizado todo cuanto esté a mi alcance. Como ustedes probablemente cerrarán la legislatura dentro de algunos días, he preferido molestarlos ahora para que tengan tiempo suficiente de ocuparse con amor de este asunto. Si les es posible, den sesión diariamente para alcanzar mayor cantidad de tiempo. Mientras eso suceda se va organizando todo el trabajo que haya que someter quedando desde luego casi todo terminado a mi partida.

Ernesto.—Para mayor seguridad daremos sesión en la mañana y en la tarde. Todos debemos tener interés en que se termine el presupuesto. Esta es una cuestión GENE-RICA que no tiene discusión. Cada diputado está en el deber de cumplir honradamente esta labor aun sea a costa de sacrificios. Por mi parte no hay objeción que hacer. Espero la buena voluntad de los demás.

Un Diputado.—Estamos de acuerdo. Hay que atender a Don Horacio. Hay q. quitarle esa carga tan pesada. El quiere salir de Santo Domingo acompañado solamente de su señora y la comitiva. La República está satisfecha de la labor tesonera de sus CAMARAS y dá las gracias a Dios por el buen concepto que se ha formado del juicio sereno del primer magistrado de la Nación. El se va lleno de regocijo y lleno de la mejor buena fé a conquistar relaciones de amistad en concordia con los principios generalizados en todo el continente.

Don Horacio.—Confío en ustedes.

Duquela.—Nosotros estamos dispuestos siempre a cumplir a su reclamo. Cada Diputado es un buen complaciente de usted en todo momento y recibirá órdenes cuando así lo juzgue conveniente el mandatario político mas honrado, mas inteligente, mas ordenado y justiciero. Confie en sus leales amigos. Aunque Federico dijo que nosotros le traicionamos cuando el juramento aquel del pacto de HONOR; yo conozco que no hay posibilidad de creer en este absurdo. Nosotros no tenemos porque seguir unas ideas tan abstractas y tan llenas de injusticia. Sería posible revolucionar al gobierno que usted dignamente dirige?.....No, estorbar la labor cotidiana que en su administración se lleva a cabo es darle una sangría a la República para que bote toda prosperidad, todo engrandecimiento y modernización de los buenos principios educativos. Así, del modo mas atrevido ha querido Federico estorbar todo el movimiento de traslación que ha producido le evolución espontánea de las ideas, y ha roto todo vínculo que unía todo el buen afecto de nos-

otros, dentro de un orden establecido concienzudamente en relación con la política contemporánea.

Don Horacio.—Olvidemos a Federico. Este no es un hombre de arraigo político en el país, ni de buenas correlaciones dentro de sus propios amigos. Él piensa solo, y solo se quedará dando vueltas como las ruedas del molino. El viento que sopla no es de tempestad ni de descomposición atmosférica; es de esos aires pascuales que dan vida al organismo y esperanza al ser naciente para ver la clara y espontánea virilidad de la naturaleza. Soy buen amigo de los buenos servidores. Pero los que creen ser superiores a mí, jamás conseguirán un beneplácito ni la recomendación espontánea del mandatario. Terminemos por hoy.

Ernesto.—Oídas las dulces palabras del primer magistrado de la nación; y no teniendo más de que tratar, retirémonos a nuestra labor congresal hasta nueva orden.

Los Diputados.—Entonces adios.

Don Horacio.—Adios muchachos.

Escena Septuagésima Nona.

Algunos días de descanso. Luego la triste tragedia del día ocho de Noviembre.

Fello.—Saludo, por aquí como están?...

Doña Trina.—Bien... Horacio ya está muy mejor de su quebranto y yo, ya tu ves, mi salud parece satisfactoria; no sé si por dentro tendré alguna cosa que más tarde brote, como el agua cristalina.

Fello.—No, usted está aun joven todavía y no es posible que mantenga oculto dentro de su alma pura el mal que ha de satisfacer las iras de la naturaleza. Aunque a veces creo que Dios no está lejos de nosotros; dudo, dudo de su grandeza y me aparto momentaneamente hasta de su creencia. No ha muchos minutos que recibo la gran impresión de una noticia que ha dejado en mi alma la más honda tristeza, la más fatal desconcertación en mi espíritu y el más desagradable momento de mi vida!... Como

ustedes deben saber, en la carretera Duarte; en el kilómetro siete ha ocurrido la gran tragedia incomparable de una familia desafortunada que Dios castiga con la pérdida incomparable también de uno de sus más notables miembros, y de su más arraigado porvenir.

Don Horacio.—(Interrumpiendo la conversación) y que ha ocurrido?...

Fello.—Con la pesadumbre de que ha perido uno de sus hermanos más queridos se transforma lánguidamente al dar la noticia y dice: no quisiera dar esta dolorosa y sutil herida que va a lastimar lo más delicado del fondo de sus almas. Es para mí realmente penosa la inolvidable pérdida!... Pero, más vale ahora que luego. Eran más o menos las tres de la tarde cuando vino a mí la nueva perspectiva de un martirio, y los nuevos sufrimientos y pesares a envolver el cuerpo vivo de un amante de las letras, la ciencia y su familia. Así, de ese modo, cae uno de sus mejores amigos y de sus más leales compañeros arrollado por un carro junto a su madre y a dos niños que lo acompañaban!!!! Este se llama... Luis C. del Castillo que aun permanece en la clínica "Padre Billini" en manos de los médicos y su querida familia apesadumbrada.

Don Horacio.—Luisito Castillo!!...?

Doña Trina.—Pero bueno como fué esa terrible tragedia?.....! Es grave su estado?... ;; Oh!!... que grande es esto para los que sienten la verdad del sufrimiento!!... Horacio es necesario ir a ver a Luisito. Que dolor he sentido al recibir esta fatal noticia!

Fello.—Como ya dije eran más o menos las tres horas de la tarde cuando salieron de la capital el auto que conducía al estimable amigo Luisito, su distinguida madre y los niños que Dios guarde en el seno de los vivos. Al llegar al kilómetro siete de la carretera Duarte tropezó con dos camiones; uno de la Policía Nacional y el otro conductor de los tubos del acueducto que aún está comenzando y no se cuando va a terminar. Se dice también que el auto en cuestión llevaba un velocidad extraordinaria y no pudo e-

vadirse del choque que incuestionablemente comprende un descuido involuntario. Razón esta que, desaprende la culpabilidad del auriga que quiso pasar por dentro de los dos camiones sin antes sofrenar o detener la carrera vertiginosa que este llevaba y que dió por término el descalabro impremeditado de la distinguida familia. Esto es todo cuanto me han contado y es todo cuanto tengo que referirles. Mas luego corrí a la clínica "Padre Billini" y allí encontré el cuerpo de la víctima casi en agonía de muerte junto a su madre que llorosa y pensativa contemplaba el cuadro que el destino había dispuesto ante su vista

Doña Trina.—Y no tendrá vida?...

Fello.—El diagnóstico de los médicos es desfavorable; y yo también creo que no tiene vida. No hay sujeto. El corazón y el cerebro destrozados hacen que el conjunto de su organismo no funcione ya, y las inyecciones no dan el verdadero resultado en el paciente. Entiendo que la muerte va lentamente arrancando de su alma el último suspiro y y alejando de nosotros la esperanza de ver vivo el cuerpo del amigo!... Son las cuatro. Voy de nuevo a penetrar la clínica para ver si es posible que equivoque el pensamiento y la desdicha del amigo se trueque en bello sino, que aparte la noche lúgubre que espera el cuerpo del amante padre, del querido hijo, del estimable hermano y del afable compañero. La esperanza de que su materia viva, en mí ha muerto. Yo soy un hombre convencido.

Don Horacio.—Espero a tu regreso que me digas si está vivo o muerto. La tristeza o la alegría no me matan; estoy siempre presto a eso. Los dolores tan agudos que he sentido no han podido penetrar el corazón hasta lo último y resisto todavía un dardo envenenado que traspase todo el fondo de mi alma. Trina lo sabe. Soy un bronce en la materia, y en espíritu soy el Dante, el Virgilio o uno de esos que se pierden en la vida espiritual de la leyenda.

Fello.—Pues bien,, volveré luego si otra cosa no detiene en mi camino la existencia de mi vida. Toma su sombrero, baja, monta su auto y llega a la clínica. Entra. Al acer-

carse al lecho dulcemente los ojos se le humedecieron y y el corazón le palpó mas fuerte. El joven había muerto. Después se dispuso su primer traslado al hogar de sus desvelos y junto a su tálamo se colocaron los candelabros de costumbre que se encienden cuidadosamente. Mientras se preparaba el entierro Fello cautelosamente entró de nuevo a su auto, y partió para la casa Gris a dar la última noticia, envuelta entre el dolor que ya sentía y la esperanza muerta. Llegó, subió y saludó apresuradamente.

Doña Trina.—Conozco en tu semblante la triste nueva que has de darnos. Ya Luisito es muerto!... Lo supimos por otro antes que tu llegaras. Las malas noticias vuelan como la idea y entran al fondo del corazón como una espina a clavarse momentaneamente. Ahora iremos al mortuario, hasta que llegue la triste despedida del que fué en vida nuestro amigo.

Fello.—¡ Ah! Ya usted lo sabía?...

Doña Trina.—Sí, hace un momento uno de nuestros amigos nos trajo la noticia.

Fello.—Entonces me voy, tengo que hacer algunas diligencias, y partiré de nuevo para la casa de mi amigo. Adiós.

Los dos.—Adiós Fello.

En la tarde.

Gran concurrencia para el entierro; luego el desfile de las escuelas y demás instituciones que debían acompañar al desdichado hasta la morada que los hombres han determinado.

Dios acojerá en su seno si es verdad que los espíritus navegan en el espacio; al luchador incansable y bueno. Sus errores se nublan con la sabia peraplicacia de sus luchas aún hayan sido voluntarias. Recordemos siempre a la víctima y olvidemos sus pecados.

Martínez.—Don Horacio, es necesario corregir a tiempo esos abusos que está cometiendo Rafael S. por la Línea Noroeste. Este muchacho ha traasapado los límites de

sus obligaciones haciendo creer que hace mucho sin hacer nada.

Don Horacio.—Y quién es Rafael S. . . .

Martínez.—Pues sencillamente, el empleado ese de Rentas Internas que está cometiendo muchísimos errores y formándole una aureola de enemigos al gobierno.

Don Horacio.—Bueno, si está estorbando la labor del gobierno será destituido en el término de la distancia. Pon un telefonema al Director de Rentas Internas de Santiago para que proceda inmediatamente al cambio de personal interinamente.

Martínez.—(Tomando el auditivo) Comuníqueme con Santiago, central. Rentas Internas.

El Telefonista.—Ya está comunicado.

Martínez.—Rin. . Rin. . . .

El Director.—¿Quién habla?

Martínez.—Yo, de orden del Presidente queda destituido de su cargo el señor Rafael S. Ponga uno en su lugar hasta segunda orden.

El Director.—Está bien. Será cumplida su orden.

Acto seguido se monta el Director de Rentas Internas en un auto y toma el camino de Santo Domingo. Llega. Se desmonta y sube a la casa Gris. Luego pregunta por Don Horacio y se sienta. Después de una hora de antecala Don Horacio se presenta. En qué puedo servirle?

El Director.—Solo quiero que usted me oiga algunas palabras en privado si no le es de molestia.

Don Horacio.—Para mí no hay molestias. Soy un consecuente con mis amigos.

El Director.—Pues bien; en la oficina a mi cargo hay un joven que lleva por nombre Rafael S. . . . éste es un empleado que cumple al pié de la letra las órdenes dimanadas de este Departamento y sería de justicia si no aumentarle el sueldo por lo menos confirmarlo en el puesto que ocupa. Tengo entendido que usted tiene el propósito de sustituirlo por otro que tal vez no dé el resultado apetecido. Este empleado ha sido en varias ocasiones trasladado a las distin-

tas ciudades del Cibao con el único propósito de investigar concienzudamente los desórdenes que en las distintas oficinas del ramo se suceden. De modo, que yo le suplico encarecidamente hagáis un estudio recopilatorio sobre la conducta de este empleado que no ha dejado de ser consecuente con el destino que desempeña.

Don Horacio.—Pero este empleado ha sido destituido?.

El Director de R. I.—Si señor, por teléfono y en su nombre.

Don Horacio.—; Ah! ya recuerdo. Fué Martínez.

El Director.—Perfectamente.

Don Horacio.—Bien, cuente con que no será destituido. Que siga cumpliendo con su deber. Yo se premiar al que se distingue como buen amigo del gobierno.

El Director.— Doy las gracias más expresivas y cuento siempre con el afectuoso amigo que no olvidará nunca su atenta manifiesta delicadeza en su manera de ser. Adiós Don Horacio. (Le dá la mano y se retira).

Don Horacio.—Adiós amigo. Luego dirigiéndose a Martínez. Oye ese muchacho de quien tú me hablaste no se puede arrancar de su puesto como si fuera un árbol de mala semilla. Este muchacho está cumpliendo al pié de la letra los compromisos que tiene a su cargo. Tengo informe del Director de Rentas Internas de que es uno de los mejores empleados de su ramo. Así es que confórmate con mi disposición hasta tanto tú tengas mayor cantidad de pruebas para imponer tú criterio.

Martínez.—Lo que usted disponga está bien. Yo soy un subalterno y estoy obligado a cumplir sus órdenes.

Don Horacio.—Ten la bondad de mandar a buscar a Chuchú.

Martínez.—Lo llamaré por teléfono. El debe estar en el Senado. Tomando el auditivo. Rin... Rin... Rin...

El Telefonista.—Quién habla?..

Martínez.—Tenga la bondad de decir a Chuchú que el Presidente le desea ver ahora mismo.

El Empleado.—Qué dice?... .

Martínez.—Que le diga a Chuchú que el Presidente lo desea.

El Empleado.—No entiendo, no se oye nada claro.

Martínez.—Que maldito teléfono tan malo, se parece al de Santiago. Tira el auditivo y se sienta. Después de un rato toma el auditivo nuevamente, y dice: cuando desaparecerá este argumento. Toca el timbre y llama al Senado de nuevo.

El Empleado.—Quién?...

Martínez.—Ya se oye?

El Empleado.—Sí ya se oye.

Martínez.—Pues bien, diga a Chuchú que Don Horacio desea verlo ahora mismo. No pierda tiempo.

El Empleado.—Chuchú, el Presidente desea su presencia en la casa Gris.

Chuchú.—Está bien, iré. Luego toma un auto y se dirige a la Mansión. Sube, entra y se sienta.

Don Horacio.—Que te parece esa desgracia?...

Chuchú.—Una cosa inesperada. Las grandes cuestiones de la naturaleza nadie las conoce y por esa razón a cada paso nos enseña a defendernos de los peligros. Yo no creo como los demás que el destino lo resuelve todo. Pero a veces me ocupo de observar y me detengo a pensar un momento en que hay algo superior al hombre que lo determina todo. La ciencia, el arte y la misma espiritualidad orgánica, obedecen al círculo concéntrico que forma el globo terraqueo. Creo también, que a la ciencia concurren todos los filósofos para encontrar la verdad de todo cuanto nos rodea. Por eso la muerte del buen amigo Luisito nace de la natural compensación que existe respecto al engrandecimiento y prosperidad de los pueblos. Todo el mundo sabe que la civilización ha contribuido siempre al florecimiento científico para manejar la verdad; consecuencia indudable de la preponderante naturalidad de las cosas. Los hombres se pierden regularmente buscando el equilibrio razonable de todo lo que nos rodea; pero una mano oculta agarra el nivel e inclina el agua que contiene al lado de la natural imperfección.

Así, de ese modo se explica se divida el mundo en cielo, agua y tierra. El espacio es infinito. Esto nadie lo ha negado todavía. Cada hombre piensa, estudia y mantiene la esperanza de alcanzar todo lo más bello, lo más espiritual y lo más clarividente que cubre la naturaleza. La aspiración mantiene al ser humano cerca de todo aquello que sostiene al corazón en perpetuo movimiento, y cerca también del deseo general que existe en cuanto al engrandecimiento del alma para modelar todo aquello que viva injustificadamente dentro de un orden completamente desnaturalizado. La muerte de Luisito nos enseña muy bien el cambio de lo que serán nuestras vidas en el curso de los años. Por eso suplico a usted que siga gobernando hasta que lo crea conveniente. De mí puede disponer en todo momento.

Don Horacio.—Te mandé a llamar para decirte que deseo que acompañes o mejor dicho, integres la comisión que ha de salir para la Habana próximamente. He pensado en Ramón, Cabral y tú; creo que con esta cantidad de individuos será suficiente. Ahora acepto tu opinión.

Chuchú.—Regularmente son dos o tres; de modo que yo entiendo que con los señalados basta.

Don Horacio.—Hay otra cosa que tengo que decirte. Próximamente llegará a ésta la visita de los Argentinos. Hay que prepararse para el recibimiento de cortesía.

Chuchú.—Efectivamente, estos son días de entusiasmo. Los argentinos son gentes que nos aprecian y tenemos por obligación que corresponder con ellos. Diga al amigo Luis que no deje de atender con el debido gusto al Comandante y demás tripulantes de la Fragata "Presidente Sarmiento". Prepare un programa digno de ser comentado en toda la República.

Don Horacio.—Nombraremos una comisión para la preparación de todo lo que se relacione con este asunto. Mas tarde cumpliremos personalmente al banquete que sin duda alguna será de regocijo para mí y de entusiasmo para ti. Hablando de otra cosa; qué dices tú respecto al intrépido Pingüí?....

Chuchú.—Este joven merece un buen presente por el arrojo y atrevimiento. La República tiene hoy un triunfo más que agregar a su buena administración. Este muchacho que lleva por nombre José Tejeda García es un humilde ciudadano obrero que con la voluntad de esos grandes hombres se levanta por sus propios esfuerzos rodeado de una aureola bellísima que adornará las páginas de su historia y rebosará la copa que en el corazón de los vivos puso Dios para recibir el licor bonancible de las grandes pruebas. El sacrificio, la titánica energía espiritual que desarrolla y marca la huella en el reloj del tiempo, denota el volumen muscular que al impulso de una enérgica voluntad levanta por encima de los demás hombres el héroe dignificador del Pueblo Dominicano. Pingüí, como cariñosamente se le llama, es el glorioso driver que acometió antes y despues la atrevida osadía de comprometer su dignidad y su vida arrojándose en brazos de la muerte para gloria y honra de la patria, gloria y honra de su familia y para estímulo formulador de las ideas. La resolución de este grande hombre está patentizada con el procedimiento sugestivo de su misma actitud que lo lleva por segunda vez a discutir el record que anteriormente había perdido. La República debe premiar a este sajón-latino con algo que merezca atención y simpatía.

Don Horacio.—Extenderé un cheque de quinientos pesos como regalo personal y luego veremos que otra cosa se puede hacer en favor de este joven. Yo entiendo que merece algo más. Pero el gobierno no puede agregar al presupuesto gastos que no estén dentro de un orden justificativo. Hay además interés en que todo cuanto se haga tenga el mayor lucimiento en las esferas oficiales. Por eso no puedo puntualizar la fecha en que este joven reciba un segundo presente de la Presidencia.

Chuchú.—Aunque usted sabe aquilatar todas estas cosas no se apure mucho. pase una circular a los empleados para que asistan voluntariamente a las fiestas de Bornó. Hay que brindarle toda confianza dentro de un respeto cordializador que merezca sociológicamente un buen aprecio de

parte de la colectividad de sus acompañantes y de él en particular. Llame a Fello, comprométalo a dulcificar la agría actitud de su honrada y consecvente administración; y con perjuicio también si así pudiera decirse del buen sentimiento y prosperidad espiritual de la República. La prensa de Santiago es un dardo candente que quema todo ideal de redención. Comunique a Luis la necesidad de callar un poco todos esos voceros que pueden traer inconvenientes incommensurables al pueblo Dominicano.

Don Horacio.—Martínez; comunice a Luis que haga una circular para toda la República que mantenga el mejor orden y respeto en los días en que tengamos al hombre del Oeste en nuestra tierra quisqueyana. Es urgente preparar el camino bien franco a mi querido compañero q. quiere tener la satisfacción de amarrar con un lazo de buena amistad los dos pueblos fronterizos que han de investigar la mejor manera de solucionar el problema que hace tantos años está en perspectiva. Despues mande a buscar a Fello donde se encuentre.

Martínez.—A que Fello?...

Don Horacio.—Al de Santiago.

Martínez.—(Tomando la pluma y a la vez dirigiéndose mensajero) ve a ver como tu ves a Fello en algunos de esos hoteles de la ciudad. Dile que Don Horacio desea verlo ahora mismo.

Salte el mensajero inmediatamente del cuarto privado y toma el teléfono en sus manos. Luego se dirige al Hotel Colón de donde contestan apresuradamente.

El Mensajero.—Está ahí Fello el de Santiago?...

El Dependiente.—Sí, está en su apartamento.

El Mensajero.—Pues tenga la amabilidad de decirle que venga al aparato.

Fello.—(Después de dos minutos) Quién habla?....

El Mensajero.—Soy yo, el Presidente desea su presencia ahora mismo.

Fello.—Está bien, diga que voy inmediatamente.

El Mensajero.—Martínez, encontré a Fello en el Hotel Colón. dijo que vendría seguido.

Después de unos cuantos minutos llega Fello a la casa Gris. Se introduce hasta el cuarto reservado.

Don Horacio.—Te mandé a buscar para decirte que hay necesidad de que tu concurras al recibimiento de Borno. Yo entiendo que tú tienes que hacer todo lo que esté a tu alcance respecto a la llegada de este grande y buen amigo mío. Vete a Santiago a ayudar en lo que tú mas puedas a Mario Fermín que nombrado en comisión junto contigo forman franca cordialidad entre los buenos amigos del gobierno y el pueblo conciente. No me digas ni pongas cortapisa para tu salida. Es asunto de honor para mí.

Fello.—Pero Don Horacio...

Don Horacio.—No tienes que decirme nada. Todo cuanto me vayas a decir yo lo sé de antemano.

Fello.—Pero no hay otro que sea mas capaz que yo de desempeñar este cargo tan delicado?

Don Horacio.—No, porque mi deseo es que tu acompañes al gobierno a salir alrosa en Santiago.

Fello.—Bueno, voy a aceptar. Pero eso sí, quiero que sepa que no estoy de acuerdo.

Don Horacio.—Está bien.

Fello.—Entonces abur. Sale para el Hotel. Coje su maleta y marcha para el Cibao.

Chuchú.—La pronsa de Santiago está acabando con Borno y a la vez con usted. Parece que el pueblo no es tá en recibir con flores a su amigo.

Don Horacio.—Yo no sé como quitarme a Tolentino de arriba. Le he nombrado a casi toda su familia en distintos puestos públicos respectivamente y a él le he ofrecido en distintas ocasiones cualquier cosa que llenara sus aspiraciones dentro de mi gobierno. He pensado traerlo a mi lado con la idea de darle el puesto mas elevado que dentro de la mansión se pudiera crear. Pero conociendo suficientemente el carácter diabólico de este muchacho; me he colocado lejos de esta aspiración, olvidando por com-

pleto todo cuanto pudiera hacer en este sentido.

Chuchú.—Pero hay un medio especialísimo de sacarlo de Santiago. Como él se llama amigo suyo, no tendrá inconveniente en aceptar un puesto en el extranjero. Hay que hacer la prueba para ver bien claro hasta donde llega su ambición. Recuerde que su buen amigo Fello no perdió la aspiración de seguir desempeñando un nuevo cargo cuando renunció la cartera que se le había encomendado. Yo entiendo que todo tiene su oportunidad. Piense siempre de este modo y no pierda tiempo en hacer combinaciones que benéficamente obliguen al sujeto a cambiar de manera de pensar.

Don Horacio.—Pensaré entonces sobre esto. Hablemos de otra cosa. Hace días recibí un cable de Washington donde me felicitaban por la buena cordialidad que existe entre el Presidente Coolidge, Borno y yo. Entiendo que todo obedece al posible entendido que habremos de tener en la Habana respecto a la faja de terreno que servirá de neutralidad entre los dos pueblos fronterizos que se denominan Santo Domingo y Haití. Como tu sabes, Borno y yo hablamos íntimamente sobre este asunto allá en la ciudad de Puerto Príncipe. El cree que todo será satisfactorio para los dos gobiernos y para la independencia regular de las dos República. Si fuese verdad todo cuanto se ha dicho tendremos la dicha de haber alcanzado lo que no ha alcanzado ningún gobierno hasta esta fecha; y colmados de esperanzas seguiremos dentro de algunos años la obra que nos dará la riqueza y la perpetuidad en el poder. Esto no quiere decir que yo sea el predilecto dentro del Partido al cual yo pertenezco. Hay otros que aspiran como yo el bienestar de la nación, y es justo que me incline ante su aspiración. Pero, si las circunstancias obligan al país a pedir mi permanencia en la dirección del gobierno yo no me opondré bajo ninguna forma. Las cosas son a veces tan extraordinarias que mantienen en perpetua maquinación el cerebro, y conmueven todo el sistema orgánico en un sentido completamente original. De modo

pues, que espero la fecha de mi partida para acercarme mas a la verídica compensación de nuestro porvenir, que lejos de ser una incongruencia es la felicidad de los dos pueblos mas libres de América.

Dime también que piensas tu sobre las declaraciones de Federico a la prensa Asociada. Dicen así: "Mi viaje a este país fué motivado por asuntos estrictamente personales. Mas luego dice: Creo que el pueblo de la América Latina verá en la asistencia del Presidente Coolidge la prueba de que el deseo sincero de los Estados Unidos es ser un verdadero amigo de las naciones latinoamericanas y desvanecerá las sospechas que existen actualmente. El Congreso Panamericano tiene la oportunidad para afianzar y estrechar la amistad entre las naciones Americanas". Confío grandemente en su éxito.

Chuchú.—Todo esto no son mas que fórmulas diplomáticas que se usan para desvirtuar las inconsecuencias del gobierno Americano. Como Federico tiene interés en correlacionarse lo más perfectamente posible con los hombres connotados de los Estados Unidos de Norte América se abaranda todo lo mejor posible para afianzar sus declaraciones y tener siempre satisfechos a los que pudieran servirle de escalón para sus aspiraciones. Entiendo desde luego, que esta es el arma mas cortante que él tiene para destruir o mejor dicho para querer destruir a la mejor administración que dicho sea de paso le ha dado vida al pueblo y representación jenuina a la justicia. De modo alguno creo que esos grandes mentirosos de Norte América sean capaces de dar la autonomía absoluta a estos pequeños pueblos que bajo su tutela gritan desesperadamente por tener siquiera una pequeña libertad. Debemos acordarnos de las grandes declaraciones de Calles en Méjico y del más grande de los hombres de las dos Américas que hoy desprecia su vida en holocausto de la independencia de su país y que se llama General Sandino. Este hombre desafía valientemente los grandes cruceros de los Estados Unidos de Norte Amé-

rica y elevado sobre una montaña espera pacientemente los recursos naturales de su descendencia para afianzar mas y mas el sentimiento y prosperidad de los pueblos pequeños. Así, de ese modo es como podrian tener cabida las grandes ideas que se han escrito durante tantos años en beneficio solamente de ese enorme pueblo Yanki. Confiamos en la divina providencia si es verdad que existe para conseguir todo cuanto sea de bonanza durante su permanencia en el poder y olvide por completo lo demas que en último caso sea de impenetrable solución. En cuanto a la cuestión fronteriza no me atrevo a decir nada, porque creo que los interesados mas fuertes en este asunto son los Norte Americanos. Ellos ocuparán en la América todo cuanto se les antoje.

Ernesto.—(Que llega en ese momento) saludo, Señores, como están ustedes?...

Don Horacio.—Nosotros bien, y tú?...

Ernesto.—Bien gracias. Dígame que ha ocurrido con Mister Borno; viene o no viene?

Según he podido observar hay la posibilidad de que no venga. Ese cable no deja de ser una descortesía para el país y para usted en particular. Entiendo que no debo aceptar esta premeditada resolución diplomática porque sería un complemento de lo que se ha dicho más de una vez. No sé si será un mal entendido. Pero carece hasta de buena forma el espíritu del cable en referencia. Dígale a Ramón q. se apersona donde el Ministro Haitiano y aclare concienzudamente este asunto q. es de suma importancia para su gobierno. La prensa Haitiana mas la Dominicana han contribuido al deteniimiento de la salida de Borno de su país. En Santiago La Información no ha dejado de revolucionar para alejar la llegada de este hombre. En mas; yo creo que debemos modificar el programa de modo que el ridículo si lo hay se manifieste menos grave. En la vida hay cosas que se modifican facilmente dándole un corte suficientemente satisfactorio para ambas partes. Se dice que el motivo de la no salida ha sido precisamente ordenada por el

Ministro Russell que cree como debemos creer nosotros también, es inoportuna. Se basa esa resolución en los cables cruzados simultáneamente durante algunos días entre los Encargados de Negocios respectivamente. Tal vez no sea así. Pero Borno es un hombre que reza y se persigna cada vez que tiene que hacer alguna cosa.

Don Horacio.—He pensado mandar una comisión agregada a la Legación Haitiana para indagar mas claramente la determinación tan impropcedente de mi amigo. A mí me parece que un hombre inteligente como Borno no deja para mañana lo que puede hacer hoy. Ese telegrama indefinido no es obra de su voluntad, ni forjado siquiera en el crisol candente de su cerebro. Pensemos un poco en la cuestión y veremos claro que todo obedece a la campaña inclemente de la prensa que no ha dejado de castigar injustamente a mi persona y al distinguido y buen amigo Mister Borno. Lamento desde luego que su resolución obedezca a segunda persona. Pero claro está, que su error concuerda con la prisión de Tolentino y los demas que supieron darse a la tarea de conquistar prosélitos para la labor periodística que determinó la unión de las distinguidas damas de Santiago para enarbolar la bandera negra de la protesta.

Ernesto.—Y podría saberse a quien va usted a mandar a Haití?...

Don Horacio.—Porqué no; tengo el propósito de que sean Rafael Augusto, Ramón, Gustavo y el Encargado de Negocios de ese mismo país.

Ernesto.—Y saldrán?...

Don Horacio.—Hoy mismo.

Ernesto.—Entonces manos a la obra y no pierda tiempo en atenciones a mis humildes preguntas.

Don Horacio.—Ten la bondad de hacer que vengan en el término mas corto que sea posible. (Dirigiéndose a Martínez).

Martínez.—Vicioso, llama por teléfono a la Secretaría de Relaciones Exteriores para ver si está el Secretario.

Después llama al Ministro de Haití en Santo Domingo.

Después de un rato.

Martínez.—Don Horacio aquí están los Señores que han de partir para la República del Oeste.

Don Horacio.—Bien, dígame que pasen.

Martínez.—(Dirigiéndose a los visitantes) pueden entrar.

Los Visitantes.—Qué dice Don Horacio?...

Don Horacio.—Entiendo que en ustedes está mi esperanza respecto a la solución perfecta del problema que se ha presentado conforme lo determina el cable que se ha recibido de la indefinida salida del Presidente Borno. Mi propósito principal es saber a que obedece la resuelta determinación de mi amigo que no tiene justificación ante la historia de nuestra vieja amistad. Sabedor como soy de lo único que podría mortificar un poco a este Señor, determiné encarcelar preventivamente al Director de "La Información", que es el diario de oposición mas fuerte que hay hoy en la República, contra el gobierno. Comprendo que después de esta campaña periodística se debe modificar el programa de la fiesta y daré órdenes para ello tan pronto ustedes salgan para la vecina República.

El Ministro Haitiano.—Tengo que avisar mi salida por cable y esperar contestación. Esto es cuestión de minutos. Luego supongo partiremos si no hay otra cosa que lo impida. Hasta la vista. (Aquí se retira el Ministro.)

Rafael Augusto.—Parece como que su amigo Borno cojió miedo a la unidad de la ciudad de Santiago de los Caballeros.

Don Horacio.—Si, parece ser eso. Pero yo entiendo que hay algo mas grave en el asunto. Este amigo no disgusta a su protector en nada. Tal vez si Mister Russell haya contribuido a que se posponga la salida de mi amigo y crea que dentro de algunos días satisfaga mas la cordialidad entre estos dos pueblos. Por eso he determinado que ustedes se acerquen a él para investigar la verdadera causa que produjo su inexplicable cortesía.

Rafael Augusto.—Pero q. Indisciplina diplomática más suficiente de pruebas y mas poco razonable. No parece que un hombre como Bornó de una ilustración bastante clara sea capaz de cometer errores tan llenos de injusticia. La diplomacia nos enseña a distinguir lo bueno de lo malo para no caer en ridiculos procedimientos. Nada justificará este mal redactado cable si este hombre deja de llegar a la casa Gris.

Don Horacio.—Esperemos.

El Ministro Haitiano.—Ya estoy de vuelta. Podemos partir ahora mismo si no hay inconveniente.

Gustavo.—Pues partamos enseguida.

Don Horacio.—Que les vaya bien.

El Ministro.—Gracias. Así lo esperamos. (Montan el auto y parten).

Al otro día.

El Ministro Haitiano en la casa gris: Presidente, todo está arreglado satisfactoriamente. El mal entendido ó la mala interpretación que se ha querido dar á la cuestión del cable será explicado por la comisión que el Presidente Bornó enviará a ésta de mañana a pasado. Tenga por seguro que tardará la salida tambien de lPresidente para la República Dominicana. Aguarde un poco nada mas. Yo me habría atrevido a desmentir la capciosa información que revestia inconsistencia moral de parte de mi Presidente. Pero a veces las circunstancias hacen inolvidable el tema a q. nos referimos. La diplomacia en ocasiones nos hace callar aunque sea en contra de los principios que la naturaleza nos enseña. La crisis política que atraviesan los partidos de ambos países hace desaparecer de manera visible los principios modernos que cristalizan el sistema que se lleva á cabo en todos los países de América. Es necesario que nos amoldemos a no gastar nuestras pequeñas energías en puerilidades que infecundamente nos dan los resultados más intelrables. Afortunadamente la descomposición de las cosas a veces da resultados positivos. Pero esto no es lo que debe buscar un gobierno que sepa socializar y adaptarse á la época. Yo sé perfecta-

mente que el Presidente Vasquez no tiene idea que no sea la de cordializar con el Presidente Bornó y con todo lo que crea de utilidad para la dos Repúblicas. Por eso no me he atrevido á deslizarme juiciosamente dentro de los principios sociológicos modernos.

Hasta aquí mis humildes y sinceras palabras, que deseo sean acogidas en el seno de la buena amistad que nos une.

Don Horacio: estuve desde luego con usted con lo que Ud. acaba de expresar y conforme mi entender alargué mi pensamiento hasta la vecina República en donde tengo mi buen amigo que supongo sea de la misma manera de ser en cuanto a su expresado sentimiento. De modo alguno creí que el miedo á la prensa y a los ataques voluntarios de sus conciudadanos podrían intimidar al hombre que en más de una ocasión ha dado muestra de valor moral dentro de la manifiesta resurrección de los principios democráticos. Doy las gracias por su buena y atinada demostración, esperando dentro del tiempo moral ya convenido, satisfacer todo lo que voluntariamente se había determinado.

El Ministro: (dándole la mano se despide).

Don Horacio: hasta luego.

Escena Octagésima.

Después de algunos días sale la comisión Haitiana compuesta por los Señores: Camille J. Leon, Sec. de Relaciones Exteriores M. Crement Magloire, Director del diario "Le Matin" y prefecto de la Capital y Dr. Paul Salomón, Presidente de la Escuela de Medicina de Puerto Príncipe.

Don Horacio: Martinez: ten la bondad de hacer sendas cartas para Ramón, Rafael Augusto y Danche para que vengán a recibir la comisión que ha de llegar á esta de Haití.

Después de hechas y firmadas las cartas por Don Horacio, son entregadas al mensajero que inmediatamente las pone en manos de los señores mencionados. Luego salen precipitadamente hacia la casa Gris. Suben, saludan y se despiden de su geje. Montan nuevamente su auto y se asientan

hasta Azua á esperar á los visitantes Haitianos. Después del recibimiento de estilo parten para la Capital de Santo Domingo.

Escena Octogésima Primera.

Al otro día, la comisión se dirige á la casa Gris y después del saludo de cortesía entregan a Don Horacio un documento que destruye toda duda respecto á la creencia inverosímil de que Bornó fuese un inconsistente en su buena amistad, y un miedoso en el cumplimiento de su deber. El documento en cuestión dá á entender que no había podido salir de su país por falta de recurso que los Norte Americanos por medio de su encargado en Haití había negado al querido amigo de Coolidge. Después de leído el documento referido, dice así Don Horacio: Enterado del contenido de la carta amistosa de mi amigo y consecuente correlligionario Presidente Bornó me apresuro a decir a ustedes que de acuerdo con lo que él expresa en sus vivificantes líneas me obligo á disponer de todo cuanto sea posible en favor de su permanencia en esta ciudad y en las demás ciudades de Santo Domingo si él lo juzgare conveniente. Demás está decir, que mi gobierno entiende del propósito ó determinación que amenaza destruir la idea de mi buen amigo Presidente Bornó, por falta de recursos individuales ó colectivos. Entiendo que todo gusto por grande que sea estará cubierto por la actual administración q. dignamente dirige, y que motivo alguno impide su salida si todo se debe solamente a la falta de numerario. Aunque sus filofónicas palabras dejan en mi espíritu la huella imborrable del afectuoso amigo, sería de satisfacción para mí y de regocijo para la patria, estrechar entre sus brazos al más amigo y consecuente correlligionario. Ustedes pueden creer que todo cuanto les digo respecto al asunto tratado privadamente le será dicho también en carta autográfica a mi buen amigo Presidente del Estado vecino.

El Sec. de R. E. de Haití.—Estimado señor Presiden-

te: sus palabras son para mí las más elocuentes frases de amor y el más afectuoso convencimiento de amistad que a un humilde ciudadano de Haití profesáis. Las reglas de cortesía se pierden cuando en el engranaje social se arraiga el más concentrado patriotismo y en el más anhelado acercamiento entre los dos Estados que corre la misma suerte. Soy tal vez uno más en la gran lista de amigos que usted tiene, y quisiera ser fiel servidor de los intereses que a ambas Repúblicas enlazan. Sé perfectamente bien que la duda no encarna en su vida de hombre honrado, cuando esa misma vida tenga por norma una conducta idealizada en el más bello convencimiento de mi sinceridad. Luego, cuando ya estemos unidos por la corriente espontánea del sentimiento sabremos dulcificar las ofensas o desequilibrios que hacen inadvertidamente los dos pueblos que debían cordializar religiosamente para alcanzar el bienestar social. La incongruencia, o la falta de solidaridad en los pueblos de la América Latina han correspondido a sostener la más perversa inconsistencia moral, adaptando los malos principios que afectan todos los órganos que giran sociológicamente alrededor de una política mal entendida. Para concluir os felicito por su buen juicio y a la vez pido que confíes en la labor que de mi parte os prometo. Hasta luego.

Don Horacio.—Gracias, hasta luego. (Aquí se retiran los diplomáticos Haitianos)

Chuchú.—Parecen buena jente. Todo revela que habrá cordialidad entre Haití y Santo Domingo. La verdad es que se puede puntualizar si se quiere, con más o menos interés el principio de un arreglo amistoso dentro de perapicaces soluciones que no envenenen el ambiente político de los dos pueblos.

Don Horacio.—Sí, esta gente es estimable. Creo que todo quedará organizado para la marcha regular de los dos gobiernos. Hay que rectificar a sabienda de que algo se perderá en la rectificación. El lirismo de Américo es anticuado y hasta falta de verdadero juicio dentro del

concepto que se desea establecer hoy en los distintos Estados de la América. Razón tiene mi querido amigo Borno al decir que las ideas expuestas por Américo en las disertaciones se basan solamente en sueños de hadas y en prejuicios incoloros que dimanan de un cerebro enfermo y de un alma llena de ilusiones fantásticas. Parece que él no entiende que la política contemporánea está lejos de ser lo impracticable. Cada País tiene sus hombres y sus leyes; y el nuestro también tiene lo que demarca la buena legislación de nuestros buenos legisladores. No nos detengamos por un solo momento a pensar como Américo, porque sin duda alguna coleccionaríamos la más triste situación para la República y para el gobierno que dignamente presido. Tengo algo más que decirte Chuchú. He pensado no ir a la Habana. No quiero tropezarme con Federico y Coolidge, porque entiendo sería de mortificación para mí y de regocijo para ellos. Sé perfectamente bien que la primera entrevista no tendrá nada de particular. Pero la segunda comprenderá todo aquello que nace del compromiso personal que hicimos en los tiempos del plan de liberación. Tu sabes que una súplica de parte del gobierno Norte Americano equivaldría aunque nos sirva de pesar, a una orden que tendría yo que aceptar involuntariamente. Tú me dirás que también desde Washington podrían ordenar. Pero no es lo mismo cuando las cosas pudieran pensarse detenidamente.

Chuchú.—Y que piensa hacer usted luego?...

Don Horacio.—Nombrar como las demás naciones una comisión que se cifre incondicionalmente con la comisión Norte Americana. El gobierno que no lo haga así está perdido en su administración. Ellos son los árbitros de todos estos pueblos infelices de la América del Sur.

Chuchú.—Bien, y si Coolidge pide por favor su salida?

Don Horacio.—Ah!... esa es otra cosa. Entonces haremos como el amigo Borno. Llenaremos formalidades y mayor cantidad de cortesía. Esto es cosa que está dentro de la diplomacia presente.

Martínez.—Y por fin vendrá el Presidente de Haití?

Don Horacio.—Sí, la comisión me aseguró que él vendrá dentro de algunos días.

Chuchú.—Y la prensa anuncia que usted trata de cancelar el nombramiento de Ramón como representante en la vecina República?...

Don Horacio.—Tengo interés en nombrar en su lugar a Pipí que conoce mas que él la diplomacia Haitiana. Estos asuntos de fronteras son para mí como aquellos de la convención y el empréstito.

Chuchú.—De modo que este año quedará solucionado este problema anticuado?...

Don Horacio.—Probablemente. Este es uno de los tantos motivos que yo he puesto en mi carta al Presidente Machado para no ir a la Habana durante estos tiempos.

...**Chuchú.**—Bien, entonces esperemos a Bornó y a sus acompañantes. Hasta luego.

Toma su sombrero y parte para su casa.

Escena Octogésima Segunda.

Después de tres días.

Salida de Bornó de Puerto Príncipe.

Gustavo en la casa Gris.—Presidente, por fin viene Borno.

Don Horacio.—Sí, hai que hacer que arreglen nuevamente el programa para que no vaya a Santiago. Temo que puedan hacerle un desaire o que sea necesario concurrir con la fuerza para poner el orden si algun acontecimiento inesperado nos asalta. Tu sabes que he tenido que reducir a prisión a Tolentino y a otros preventivamente, hasta tanto pase la fiesta que a nuestro buen amigo tenemos que hacerle durante su presencia en nuestro territorio. La larga lista de artículos que La Información ha dado a la publicidad contribuye desde luego al decaimiento social y al desorden político. Aunque el direc-

tor y demas compañeros del periódico esten detenidos, no hay porque dudar de algun serio acontecimiento en los días del festival. Así es que mas vale precaver que tener que remediar.

Gustavo.—Y el periódico "Patria" no va usted a callarlo?...

Don Horacio.—No, este periódico se lee solamente una vez a la semana y se lee muy poco en Santo Domingo. Ademas tenemos el "Listin" que está definitivamente con nosotros, y a otros periódicos de importancia como "La Opinión" que aunque no estén con la situación no son capaces de abordar estas clases de abusos sociales.

Gustavo.—Ya a Américo todo el mundo lo conoce en sus grandes ideales. El debía vivir en Suiza, en Francia o en el GRAN PUEBLO RUSO donde la sociabilidad quiere llegar a su extremo. Aquí en este país donde la política es puramente personal es una quimera pensar en gobierno independiente. Cuando nosotros no dependamos de los Yankis, dependeremos de otra nación que abarque juiciosamente el marco administrativo de los bienes internacionales. Para llegar a lo que aspira mi buen amigo Américo se necesita estar preparado intelectual y materialmente dentro de los principios conocidos que hoy se discuten en los grandes pueblos del mundo civilizado.

Don Horacio.—Precisamente, por eso es por lo que creo que no debemos hacer caso a las idealidades bellas de los hombres como Américo. Dejémoslo cantar como canta el Jilguero en la espesura, mientras nosotros nos remontamos como el Aguila a dominar el aire. El canta y mi gobierno completa el medio día que a la patria saluda dulcemente. En él todo es fantasía. En mí todo es materia. Esto no quiere decir desde luego que no sea capaz de amar lo bello. Pero lo bello dentro de un orden completamente real.

Gustavo.—Así debe pensarse siempre. Hay que gobernar y despues ordenar. Esta es la aureola mas colorante de su buen gobierno. Despues a reír y a cantar.

Don Horacio.—Nos hemos remontado demasiado. Es preciso que la comisión de festejos engalane nuevamente la ciudad y arreglen lo mejor posible el arco que al Presidente de Haití fué dedicado. Ocupate lo mejor posible de este asunto.

Gustavo.—Entonces hasta luego.

Doña Trina.—Como tú te ocuparás de Bornó, yo me ocuparé de la madama. Así de este modo nos repartiremos como los buenos esposos el amor de esos buenos visitantes. La complacencia femenina es puramente sencilla, y dentro de la mayor cantidad de belleza espiritual. No hay que sumar a la política los inconvenientes sociales porque los resultados seran negativos. Hay que prepararse a recibir los días de esparcimiento con el verdadero regocijo que dimana de la buena acogida que tengan los gobernantes del Estado vecino. Soy partidaria de la cordialidad y del prestigio moral en estos casos de cortesía. La política corriente debemos rechazarla practicando desde este mismo momento mejor diplomacia gentilesca que llene el panorama revelador de nuestra buena sociedad. Me comprendes?

Don Horacio.—Sí, comprendo lo que tu dices. Pero hay algo mas elocuente que eso, y es el silencio en ciertas cosas. Hablar lo menos posible de la política llenando de entusiasmo el ambiente que circunda esta mansión, esto es de dejar complacida concienzudmente la parte integrante de tu propósito. Como tu sabes Borno viene a pagarnos una visita. Pero dentro de esa visita está hirviendo al calor del crisol de su cerebro la idea de dejar solucionado todo cuanto sea de grandeza para los dos gobiernos. El cree que puede envolverse mañana en la bandera del derecho para justificar la labor que algunos de sus conciudadanos estan criticando injustamente. Ahora a nosotros nos queda el defendernos si en algo somos perjudicados.

Doña Trina.—Eso está demas que tu me lo digas. Siempre he sido discreta y consecuente con tus mismos ideales.

Don Horacio.— Lo sé, pero las cosas hay que advertirlas para no caer en yo pensé.

Doña Trina.—Bueno entonces me ocuparé de invitar a las amigas que llenarán los salones de esta sociedad.

Moisés que llega.—; Ah! como están ustedes?.. Me figuré que a esta hora estaría la cosa mas avanzada . Siempre presto a cumplir con el deber a mi buen amigo, me apresuré a llegar a la casa Gris a poner a las órdenes mi persona y la de mi esposa María. Ella sabe que doña Trina es entusiasta y que usted es espontáneo. De modo que pueden contar con la ayuda voluntaria de dos seres indivisibles.

Doña Trina.—Pensaba en ella. Y tal vez ella pensaba en mí. Pero a veces las ocupaciones distraen la atención de nuestros pensamientos quedando dominados y sin aliento. Ahora mismo estoy hablando con Horacio respecto a la organización que debe haber durante la estadía de nuestro buen amigo Presidente Borno. Ya el gobierno notificó el arreglo o adorno de la ciudad. Así es que mañana debe salir de Puerto Príncipe nuestro huesped de honor. Dígale a María que prepare a sus buenas amigas Genoveva, Altagracia, Cusa, Fredeavinda, Eleonora, Luisa, Lola, Manuelita, Eloisa, Angelina y otras que en este momento no recuerdo, para que no dejen de asistir a la gran recepción que tendrá lugar en la casa Gris. Mas luego seguiremos al Palacio y...

Moisés.—(Interrompiendo) despues al sencillo banquete que será preparado por mí en el chalet que fué construído para mi domicilio y residencia en Gascue.

Doña Trina.—; Ah! y tienes esa sorpresa para los distinguidos visitantes?...

Moisés.—Desde luego, no quiero pasar por desapercido en estas luchas amorosas. Soy amante como el que mas de las noches encantadoras y de los días rigurosamente engalanados con esas flores que dejan el ambiente perfumado, y una aureola de colorantes círculos concéntricos que asemejan ensueños primorosos convertidos en

reales aspiraciones de nuestras bellas y candorosas vírgenes de los tiempos medioevales. Recuerdo siempre la noche aquella del doce de Julio. ¡Como se sonreía Don Horacio al ver pasar el conjunto de aquellas bellezas junto al multiplicado movimiento de su estancia!... Recuerda usted Doña Trina?...

Doña Trina.—Sí recuerdo. Pero las cosas pasan como pasa el lenguaje hermoso de las flores, el perfume y su lozana candidez de rosa. Siento la poesía. No olvido nunca el arte esplendoroso de la naturaleza, ni me oculto detrás del egoísmo para anidar en el fondo de mi alma la mas faláz mentira, ni pienso engañar a la humanidad con mis endechas. Solo quiero realizar en los pocos años que me quedan las obras mas dignas de una dama, y son estas: caridad, amor y perdón para los seres que no pueden gozar de nuestras fiestas.

Moisés.—Pues una vez cuando niño yo escribía algunos versos. Pero la ciencia me envolvió entre sus brazos dejando en el tintero esta estrofa. Allá va: Se titula

MODULACIONES

Siéntome poeta.

Arde en mi cerebro dulce inspiración.

En cada nota que mi lira entone,

Tendrá mi verso melódica canción.

Así le dijo enamorada,

La dulce tórtola que gime

Al ruiseñor que canta en la enramada.

Siéntome poeta.

Amo la tarde, el céfiro, las flores.

Amo el ruido también del arbol seco.

Amo las santas horas de la noche

Y aquí en mi alma se anidan los recuerdos.

Siéntome poeta.
Cuando llega la tarde con sus jiros
De miles colores enlazados.
Me detengo, la contemplo, la admiro,
Y me siento poeta enamorado.

Mientras la noche acaricia persiga
Dulce modulación de cada estrofa;
Y que en mi alma, latido tras latido
Sienta la sangre de futura diosa.....

Aunque dure la savia de la planta
Porque aurora al despertar la bese,
Será en mi alma la música del alba
El dulce sonido que la envuelve.

Siéntome poeta.
Así le dijo enamorada,
La dulce tórtola que gime
Al ruiseñor que canta en la enramada.

Doña Trina.—No sabía que tu alma tenía escondida esa "dulce inspiración"!

Moises.—Eso es para que usted vea que de poetas y locos todos tenemos un poco. Ahora deseo que consagre todo su amor a la clara luz de la luna y al bello panorama que nos ha de brindar el sol esplendoroso del día de mañana.

Don Horacio.—Tu te encargarás de que todo esto tenga el mejor lucimiento, claridad, movimiento y orden convencional en el manejo de las cosas. Hay que poner la materia en armonía con el arte para que la poesía tenga mayor encanto, luzca la luz multicolor del pensamiento y la idea sea la expresión sincera del alma. El verso solo, no tiene encantos cuando la tristeza invade todo el organismo, y el cerebro enferma las inspiraciones que han de salir del pensamiento. Yo no sé si me he explicado bien. Pero como

tu no eres un idealista habrás entendido fácilmente el lenguaje literal de mis palabras.

Moisés.—Comprendo. Regularmente el arte está respaldado por la ciencia. Sin ese sonido morocotudo que invade y dirige la América, el arte estaría lejos de ser lo que es. Por esa razón es el pueblo de los Estados Unidos del Norte tan eminentemente rico.

Doña Trina.— Rico en materia, en arte nó. El arte hay que buscarlo lejos de ese país tan prematuramente enriquecido y orgulloso. Su historia moderna lo describe así: fantoches, groseros, ambiciosos é inhumanos. Nicaragua, Costa Rica, Honduras, San Salvador, Méjico y casi toda la América inclusive nuestro país está de rodillas ante su estúpida voluntad. fijémosnos bien y veremos que los grandes artistas son importados por ellos. El dollar supera la grandeza del alma y la espiritualidad Yanki. Los últimos gobiernos han sido tan impuros que han inmortalizado su mala administración. Han cojido como tema La Doctrina de Monroe para plantar su bandera en todos estos países pequeños de América. Cuantas cosas quieren hay que dárseles o ellos las toman a fuerza de engañosas manifestaciones de amistad. Esa es la bella historia de los grandes inteligentes de los Estados Unidos de Norte América. España conquistó un mundo salvaje. Los yankis quieren conquistar un mundo civilizado. Yo quiero que tu me digas si estas pretensiones no están lejos de ser una verdad.

Moisés.—Todo lo que usted dice es una realidad. Pero no podrá negar la civilización moderna de ese pueblo.

Doña Trina.—Jamás. Ya llegó a la última etapa de su vida política y su grandeza material. Pero, le pasará como a Grecia, Roma, España, Francia é Inglaterra que han caído de su pedestal. Esos pueblos son como las ideas, que avanzan solícitos en busca de lo más espiritual. Así nació la Rusia Soviética y el enigma del Congreso Internacional.

Don Horacio.—Es necesario que mis últimas palabras sirvan de punto de partida y a la vez de punto final. La discusión se va extendiendo y el tiempo se pierde si aban-

donamos el propósito de la fiesta que es nuestro principal objeto y nuestro principal amor.

Moisés.—Entonces terminemos por hoy. Hasta luego y que vivan eternamente con Dios.

Don Horacio y Doña Trina a la vez.—Gracias por tu deseo y que vuelvas pronto a la Mansión.

Pancho sale de su casa y se dirige a la casa Gris. Sube, saluda y se acerca a Don Horacio. Luego le dice: recibí el nombramiento y fué para mí de sorpresa. Creí que ya se había olvidado de mis buenos trabajos para que siga gobernando.

Don Horacio.—Yo no olvido los buenos amigos de los yanquis, que son mis buenos amigos. Aunque a Trina no le agradan mucho.....

Pancho.—Ah! a doña Trina no le agradan?.....

Doña Trina.—No, no es que no me agradan. Es que veo en ellos unos grandes felones.

Pancho.—Eso es verdad, pero hay que tenerlos mejor como amigos antes que ser víctimas de sus engaños.

Doña Trina.—No puedo oponerme a eso. Largo ha de ser nuestro calvario.

Don Horacio.—Pues bien; deseo que tú, Elías y Gustavo se unifiqueen para contrarrestar a Federico si acaso quiere en su discurso, modificar la labor bien intencionada de mi gobierno. El pretende ridiculizar el Plan de Liberación y poner un dique para que Coolidge no comulgue con nuestra administración. Yo soy de parecer de que ustedes deben antes de entrar a deliberar entrevistarse con la Comisión denominada Norte América.

Pancho.—No se apure. Todo lo que yo pueda hacer en su beneficio lo haré.

Don Horacio.—Tu has notado algo en el nombramiento de la comisión?...

Pancho.—Sí, su inteligencia para escojerlos. Son todos amigos de su regular actuación y enemigos regulares de la labor de Federico. Esta vez como en todas las veces ha tenido usted un tino especializado. Cuando regresemos

daremos los últimos lineamientos al perfecto orden de cosas que moralizan la sociedad y convierten en santuario los hogares de las familias. Si no tiene algo más que decirme me retiro a preparar mi propartida. Adiós, doña Trina.

Don Horacio.—Que te vaya bien.

Doña Trina.—Adiós, Don Pancho. (Toma éste su sombrero y marcha para su casa a preparar la maleta de viaje). Luego Doña Trina a preparar las tarjetas íntimas de la fiesta y a colocar en el altar de su devoción las elucubraciones sentimentales de su alma pura de poeta.

Escena Octogésima Tercera.

Al otro día.

Salida del Presidente Borno de la República vecina del Oeste. Comisión que sale a recibirlo a las Matas de Farfán y salutación de estilo hasta la Ciudad de Azua. Mas tarde se dirigen a la Ciudad Capital hasta el Parque Independencia, donde le dan la bienvenida al Presidente mas ilustre que han tenido los haitianos en los tiempos modernos de la esclavitud. Después, pasa por debajo de su arco hasta llegar al último punto donde comienza el festival. En la noche, ya saben mis lectores, por la crónica del banquete y del champan. Y en los días posteriores los dos bailes de etiqueta y un paseo de triunfo en automóvil por todo el centro de la ciudad. Como siempre, estaba Doña Trina complaciente y satisfecha junto a la dama que ayer fue su compañera en la ciudad de Puerto Príncipe y hoy es su amiga inseparable en los grandes pensamientos que se anidan en el jardín de los sueños de su estancia. En el Palacio Nacional estaban todas las flores de mi cuento formando un ramillete que adornaba el espacio azul celeste, y confundidas con las bellezas artificiales recordaban las orgías de Mesalina en los tiempos de la antigua Roma. Así de esa manera, el diez y nueve de Diciembre es una fecha memorable que los dos gobiernos de la Isla, satisfechos, se preparan a recordar allá en los tiempos venideros. Hay que ha-

cer mención en este día, del banquete ofrecido por Moisés a Bornó en holocausto de su despedida y de la buena amistad que le profesa.

Moisés.—Y qué le pasó a D. Horacio y a Doña Trina, que no han aparecido al banquete?

María.—Nada, parece que están cansados de tanto gozar. Ellos están gozando siempre en la Mansión Presidencial.

Moisés.—Entonces a la mesa los ilustres compañeros del banquete y las damas predilectas del amor. (En la mesa). No me tilden de incorrecto si los invito a escanciar esas copas que enloquecen la cabeza y le dan gusto al corazón. Soy amante a lo bello y cuando en lo bello yo estoy, confundido con los grandes pensamientos, como son los pensamientos del ilustre compañero del oeste y la dama cariñosa que nos ofrece consecuenta hasta la muerte su divina compasión. Bebamos todos a la vez sin que quede en el fondo de la copa ni una gota de ese líquido amarillo que me enerva, me enloquece, y me siento Grande, Emperador.

María.—Correspondiendo al buen afecto que demuestra tener la Señora Bornó a las distinguidas damas dominicanas me apresuro a devolver ese mismo afecto envuelto en el amor que del fondo sonrosado de mi alma sale perfumado a colocarse en lo más hondo de su alma.

La Dama.—Así pienso yo también y basta.

María.—Entonces a la prosa que nos brinda la alegría, entonemos un himno de alabanza hasta el Señor. (Aquí toman sus cubiertos y comienzan a trinchar) Después un largo rato de amoríos y san se acabó. En la noche el palacio iluminado esperando la canción del poeta enamorado, que acaricia la esperanza de ver su flor encarnada en el ojal de su amor.

Colomba.—(En el Palacio). Doña Trina esto está muy regio. No parece el Palacio Nacional. Es algo así como un Castillo predilecto del Monarca del Oriente que en los sueños de Murillo, de Velazquez o Miguel Angel se pudiera imaginar.

Doña Trina.—Sí, está bello, es el gusto del artista que mejora a su manera. El conjunto de la luz de los bombillos recorre los recintos sin que estorbe la mirada de los vivos; ni los ojos de las damas escondidas tras la llama de una ardiente fantasía. Pero, falta algo que en mi mente está grabado y no atino a recordarlo.

Colomba.—Indudablemente es el sonido de las copas que dan vida, luz, esperanzas y alboradas.

Doña Trina.—Atínaste!... Te lo dije para ver si mi opinión estaba consonante con la tuya imaginada.

Elena.—Pues que vengan esas copas a la mesa de las damas; que suenen los montantes y la música engalane con sonidos magníficos de los cuentos de las hadas.

Elvira.—Esto está que inspira hasta los años!... Yo quisiera ser poeta enamorado, cantar en esta noche de idílico amoroso las trovas mas ardientes; y que el colorido de la aurora bella del fantasma de mis sueños se convierta en la verdad de mi pasión.

Aquí empieza el baile y cada cual toma su pareja en la función. A media noche una joven que se escapa como un rayo de sol, alumbrando su camino las estrellas que reciben las caricias primorosas del amor. Después.... se acabaron las felices horas de esas noches; y las bodas de Don Horacio y de Bornó resultaron coronadas con la sabia recompensa de los dos. Al otro día la larga lista de las deudas y la partida silenciosa del amigo consecuente que abandona la Patria de Duarte, Sánchez, Mella y otros mas que es prolijo enumerar.

Doña Trina.—(En la casa Gris) Horacio, es preciso que te acuerdes de algo mas que hay que cumplir en los días de pascuas. Yo tengo interés en que se le regale a un grupo de niños pobres algo que sea de utilidad. He pensado visitar los asilos y beneficencias antes de la Noche Buena; colocar en manos de sus directores el mayor número de objetos y luego pasar a la Penitenciaría de Nigua a ver los presos que hemos de poner en libertad. Te parece que Danche y Virgilio me acompañen en la labor?....

Don Horacio.—Bien pensado. Estos son los dos amigos consecuentes servidores de la estancia. Esperemos un momento, no dilatan.

Doña Trina.—(Asomándose a la puerta). Alcanzo a ver a lo lejos un auto. No se si serán ellos o algún otro portigüero que se acerque a molestarne. Dos minutos bastan para saber la verdad de todo esto. Allá vienen. Ya se acercan. . . . Sí, son ellos, ya los ví por la persiana de la puerta. Llegan, suben y se sientan.

Don Horacio.—Danche, tengo gran interés en que ustedes ayuden a Trina a repartir los regalos de pascua a los niños pobres de los asilos y beneficencias.

Danche.—Está bien, iremos muy gustosos.

Doña Trina.—Esta tarde o por la mañana quiero ocuparme de esto, porque luego me faltará el tiempo. La noche buena y año nuevo son días de entradas y salidas en la casa Gris y de movimiento en toda la ciudad. Los espero, no dejen de venir.

Danche.—Yo vengo aunque caigan aguaceros.

Doña Trina.—Si caen aguaceros no.

Danche.—Quiero decirle con esto que no dejaré de acompañarla hasta el último momento de su labor benéfica.

Don Horacio.—Bueno, doblemos esa hoja y sigamos a la página siguiente. En que palo se van a posar en estos días de comelonas? . . .

¿No van a alzar la copa del licor y a libar la miel de las abejas? . . .

Virgilio.—Usted está muy poético en estos días, habrá triunfado en sus propósitos fronterizos? . . .

Doña Trina.—Y qué, no vive aquí a mi lado? . . .

Virgilio.—Es verdad, no me había acordado de la fiesta. Soy un tunante en hacer estas preguntas de maleriado. Pues bien, debo decirle que hasta ahora no tengo propósito alguno que me obligue a concurrir a diversiones pascuales. Pero si ustedes me invitaran me obligarían desde luego a cumplir con el caballero y con la dama.

Doña Trina.—Pero, aunque no hayan los banquetes

de etiqueta y confort en esos días memorables, no dejará de haber sendas copas llenas de apricot y del espumante vino que hace latir el corazón.

Danche.—Entonces, esperen mi visita.

Virgilio.—Y la mía. Brindaremos por la Patria, por el triunfo en las nuevas elecciones y por la vida del gobierno que es mi vida.

Don Horacio.—Pero según Federico no tendremos elecciones ni habrá prolongación que nos anime.

Virgilio.—Y todavía usted piensa en Federico?...

Danche.—Ese es un hombre que está lejos de alcanzar su pensamiento.

Don Horacio.—Ustedes están equivocados. El único enemigo formidable que yo tengo es ese que creen algunos que no dobla ni una página de un libro en estos tiempos.

Doña Trina.—Ya estoy cansada de política, me retiro a ocuparme del rosario y de mis cuentas. Hasta mañana.

Danche.—Ah Doña Trina!... Siempre igual. Cuando tiene alguna cosa que preocupe su imaginación no se acuerda de la política ni de nada que no sea su propuesta insinuación. (Hasta luego dicen todas) y se retira francamente a su hogar a cumplir con los deberes de una dama que se acuerda del dolor.

Son las doce ya dadas.

Danche y Virgilio.—(Tomando su sombrero) hasta a la tarde.

Como a las tres; como dos ingleses aparecen los amigos de nuevo a la casa Gris.

Danche.—Doña Trina debe estar durmiendo la siesta.

Doña Trina.—(Que sale de su apartamento) como no; crean que cuando tengo alguna cosa pendiente soy mujer que duermo siestas? Un momento. Voy a prepararme al aposento.

Virgilio.—(Dirigiéndose a un empleado de la Presidencia) y Don Horacio?...

El empleado.—Está durmiendo en este momento. Parece que las fatigas de las noches anteriores fueron fuertes

Virgilio.—Tiene razón. Que descanse un poco ese Señor.

Doña Trina.—Ya estoy lista. Bajemos la escalera y tomemos nuestro auto. Suben los tres y parten enseguida a su misión. Mas tarde regresan a la casa de mi cuento y concluye la benemérita idea de la Primera Dama de la Nación.

Escena Octogésima Cuarta.

Al día siguiente.

Don Horacio.—Trina, voy un rato donde Jacinto.

Doña Trina.—Te vas por el patio?...

Don Horacio.—Sí, él ha dejado por fin un caminito que me conduce francamente hasta su casa.

Doña Trina.—Pero... me parece que es muy temprano, son solamente las siete.

Don Horacio.—Sí, pero en estos días él se levanta muy temprano según me ha dicho anteriormente. Parece que tiene trabajo que concluir en su oficina y no quiere perder tiempo. ¡Ah! y otra cosa mas que lo hará levantar temprano aunque no quiera.

Doña Trina.—Que cosa?... Te aceptó por fin el nombramiento de Delegado al séptimo Congreso Pan Americano que se ha de celebrar en la Habana?...

Don Horacio.—El está en eso. Pero esta es otra cosa que yo quiero consultar y proponer a este sujeto. Tu sabes que hace tiempo que estoy porque Jacinto ocupe una cartera en mi gobierno y no he podido hasta la fecha vencerlo del deseo que yo tengo. Se me antoja en este momento como si fuera una inspiración del cielo que mueve mi conciencia, reformar de un solo tajo todo el sistema conocido que hasta ahora catá rigiendo.

Doña Trina.—Y has pensado bien todo esto?..

Don Horacio.—Así parece. El ha demostrado ser amigo siempre del cumplimiento de su deber en todo tiempo. Si me engaña no será el primero y sabré ponerlo en

su lugar como a los demás de la lista negra que yo tengo.

Doña Trina.—Entonces vete. Toma un beso de despedida y que salgas bien en tu propuesta. Aquí baja la escalera y parte para la casa del amigo consecuente. Llego. Sube los primeros escalones y pregunta por el consultor. Luego, Jacinto que sale al encuentro: ¡Oh! Presidente, que lo ha traído tan temprano por estas comarcas vecinales?...

Don Horacio.—Simplemente dos cosas que tengo que decirte y que tienes que contestarme categóricamente. Hace tiempo que estoy proponiéndote ciertas cosas que no quieres aceptarme porque dizque yo soy inconsecuente. No hay tal. Te voy a convencer de que mi gobierno cambiará como tu quieres el sistema actual; pero no quiero que le niegues tu concurso en este año entrante y si repares el programa que tu tienes para ponerlo en practica. La primera cosa es esa. La segunda es que me digas si te vas con Pancho, Elías y los demas para la Habana.

Jacinto.—Bueno, para lo primero tengo la contestación siguiente: que si no es a base de un cambio general en el tren administrativo no me atreveré a ocupar lugar alguno dentro de su actual administración. Segundo que sería para mí paradójico que a la terminación de su gobierno yo compartiera la responsabilidad de la descomposición natural de una mala legislatura como es esta. Tercero: que el mal no esté en sus malas o buenas ideas sino en el concurso de sus mejores amigos que usted tiene que no lo dejan respirar ni inspirarse para señalar con el índice la mejor forma de salir del círculo estrecho en que se encuentra. Yo estoy seguro de que los hombres mas connotados del país están con estas mis humildes congratulaciones. No dejaré de señalar un grupo de siete ejemplares hombres que indudablemente alcanzarían las reformas mas apetecibles en estos tiempos de liberalidad y de sociabilidad humana. Son estos: Los Señores Rafael Justino Castillo, Juan Perez, José Antonio Jimenes D., Teófilo Hernandez, Enrique Dechamps, Ducoudray y el que lle-

va la palabra si así a usted le conviene. Debo advertirle que cada un Sec. de Estado debe tener sus atribuciones señaladas para que las equivocaciones sean menos, y el peso enorme de responsabilidades se repartan equitativamente dentro de una honrada liberalidad. Recuerde que hace mucho tiempo me consultó usted otras cosas de mayor importancia que estas y siempre le di mi opinión desinteresada. En los últimos tiempos de su gobierno se ha cansado porque ocupe mi persona el puesto público que quisiera señalar y sin embargo sus súplicas no han tenido efecto. En mas de tres ocasiones le he contestado lo mismo, y en mas de cuatro le he indicado el camino que usted no tiene hoy. A pesar de que sus amigos le han dicho consecuentemente que mi propósito es destruir su administración me he mantenido con perjuicio de mis intereses políticos y personales alejado del engranaje gubernamental. Sus amigos han contribuido a desalojar de la justicia la verdadera honradez y el concepto que se debe tener del derecho del hombre. Lo repito que estoy dispuesto siempre a contribuir al orden público. Pero no a confundirme con los puritanos que lo alejan de la ciencia y del deber para incrustarlo como una piedra preciosa en un anillo de hierro. Ahora en cuanto a la Delegación a la Habana tendré que pensarlo sosegadamente. Por el momento no puedo irme porque mi Señora está bastante quebrantada a consecuencia de una fuerte gripe que la ha puesto en cama. Si acaso determino aceptar esa honrosa representación le avisaré oportunamente para que usted tenga tiempo suficiente de nombrar a otro en mi lugar. Aunque los días son pocos para el embarque por la vía de Santo Domingo hay otra vía que indudablemente responde al mismo fin. Esta es la de Puerto Rico. Los Delegados de aquel país no han salido todavía y puede muy bien el Delegado Dominicano alcanzar su salida. De modo que no se preocupe porque mañana salgan Pancho y los demas por esta vía.

Don Horacio.—Bueno, acéptame este nombramiento

que yo te aseguro que tu serás el Director del Partido cuando regreses de la Habana. No me desprecies esta vez.

Jacinto.—Déjame respirar. Esta tarde le contestaré categóricamente lo que haya pensado.

Don Horacio.—No, Yo no voy a esperar nada. Tu nombramiento vendrá tan pronto regrese a casa. Entiendo que tu no debes despreciarme en un asunto que es puramente de interés general. La República te necesita y tu tienes que servirle como están sirviéndole los demás. Si acaso te niegas voy a creer realmente que eres enemigo personal. Mas vale un mal amigo presente que unos buenos por llegar.

Jacinto.—Si mi Señora sigue quebrantada no le puedo complacer.

Don Horacio.—Pero como solamente es un fuerte catarro entiendo que no guardará muchos días de cama.

Jacinto.—Entonces en caso de que yo me determine embarcaré por vía de Puerto Rico.

Don Horacio.—Desde luego. La resurrección no vino por sí sola. Primero la ideó el hombre y luego se generalizó. Por esa razón quiero que tu idea sirva para resurgir los buenos pensamientos colocando la base sólida del prestigio moral de la República. Desde hoy cuenta con que serás palanca poderosa del partido al cual pertenezco. Ahora deseo que a tu salida seas benévolo despidiéndote de mí. Adios.

Parte para la casa Gris con la sonrisa en los labios hasta llegar al punto céntrico de su salida.

Luego Doña Trina.—Como te fué, saliste bien?...

Don Horacio.—Sí, bastante bien. Jacinto me ha prometido ir a la Habana y cuando regrese ocupará la cartera de lo Interior y policía. Pero eso sí, él quiere el cambio general del gabinete y la Dirección del Partido. Estas son cosas que tal vez no se puedan llevar a cabo. Como tu sabes en la Dirección del Partido está Chuchú a quien debo todo el bienestar político y personal. Sería una felonía de mi parte desorganizar la política que él organizó

con tanto amor y tan desinteresadamente. Comprendo también que Jacinto no puede entrar de manos atrás mis vasallos. Pero he pensado en algunos cambios que no molestarán en nada la perfilada orientación que quiere o dice él que hay que darle a la política. Experimentar no es cosa que forma tumores ni daña el cuerpo entero del organismo. Así es que, haremos todo cuanto sea fácil de hacer hasta llenar las aspiraciones de mi consultor.

Doña Trina.—A mi me parece que Chuchú no es ya el gran amigo aquel que te profesaba la mayor cantidad de afecto. El te ha hecho varias muecas que sin duda alguna hacen creer que desea la Dirección superlativa del gobierno. Cuando Gustavo te habló de la prolongación te dijo que Chuchú no estaba con ella ni con nada que perjudicara sus aspiraciones. Mas luego, viste con tus propios ojos que la política estaba dividida en Horacistas y Chuchusistas. Despues a la llegada de este de sur América te diste cuenta también del recibimiento antipolítico que tus amigos le hicieron a Chuchú. No puedes dudar ya de que los preparativos, son consecutivamente interesantes y comprometedores para la organización que deseas darle al gobierno que tu dignamente presides. Aunque en el primer intento tu alejaste a Chuchú dándole una representación en la cámara del Senado no pudiste alcanzar con ese cambio ni la distracción siquiera del pensamiento elucubrado de sus ideas. Recuerda que preparaste su salida pensando también que de ese modo alejarías de su imagnación la terca resolución de ser el primero y único que debía aspirar la primera magistratura de la nación. De modo pues, que Gustavo te ha dicho la verdad en todo momento. Yo sé que Jacinto es tan aspirante como todos a la candidatura Presidencial. Pero menos peligroso para la marcha regular de tus aspiraciones. Confla siempre en los hombres que hablan la verdad antes que oír palabras necias de tus mejores amigos. Pon en la balanza de tu conciencia las péfidas manifestaciones de los políticos de oficio de esta

tierra y verás que hay unos que pesan toneladas mas que otros.

Don Horacio.—Ya de Chuchú no hay que hablar.

Gustavo se encargará de su record político para enviarlo nuevamente al extranjero a las distintas conferencias que se van sucediendo. El es el Presidente de la junta superior y está siempre dispuesto a complacerme.

Don Horacio.—Respecto a Jacinto experimentaremos nombrándolo Sec. de lo Interior y Policía con preferencia a todo otro que comulgue con los procedimientos establecidos por Chuchú. Pienso, como debe ser natural en que Martin sea candidato a la Presidencia. Pero veo que él no tiene la preparación necesaria para ello por el momento. Vamos a regularizar las cosas para ver si es posible que Jacinto acepte la Vice Presidencia para cuando se hayan cansado de mí. Aunque esto está bastante lejos todavía; restaremos el tiempo para tener mas seguridad en el cambio que ha de haber durante mi permanencia en el poder.

Doña Trina.—Aunque distinta la conversación se me antoja preguntarte si no vas a nombrar la comisión que ha de recibir al gran aviador Lindbergh.

Don Horacio.—Sí, nombraremos a Danche, a Virgilio y a otro cualquiera.

Doña Trina.—Este hombre que ha sabido recorrer el mundo atravesando los océanos y mares esponiendo su vida de navegante en el espacio inmenso que nos cubre; es merecedor de las mejores simpatías y de los pensamientos mas halagadores. Como una ave gigantesca se dispuso a cruzar el Pacífico donde cayeron los mas hábiles aeronautas confundidos para siempre en el abismo insondable de la muerte. ¿Habrá otro que sea capaz de recorrer la misma distancia en el mismo tiempo?... Tal vez; el mundo es de los vivos, no es de los muertos. Cantemos por lo pronto al gran aviador Carlos A. Lindbergh. Oye para ver si te gustan estos versos que he dedicado a él

Volando como un condor sin hiel y con aliento
Llegaste como un loco al final de la distancia,
Envuelto entre las nubes que cubren con el viento
La luz de las estrellas y el sol de la esperanza.

Que madre tan dichosa y tan llena de bonanza!...
Un hijo que se duerme pensando en la jornada,
Se arriesga hasta la muerte fundado en su confianza
Y llega como un héroe al lugar de su parada.

Que bello hubiera sido encontrar en su camino
Los grandes pensamientos de libertad y gloria,
Para ese grande hombre que se llamará Sandino,
Que lucha por su patria envuelto en la memoria
Del gran Simón Bolívar que a su regreso vino,
A levantar la América y su grande Historia.

La luz del firmamento solícito se acerca.
Aurora se levanta con todo su esplendor.
Hablando con el nauta le dice que a la puerta
Se inclina majestuosa la Diosa del amor.

El sueño no despierta la dulce inspiración.
Cuando el poeta duerme se siente enamorada
La candente llama que enciende su pasión.
En su cerebro hierve como en volcan la lava
Para dejar volando el humo que se enfada
Con los suspiros negros que brotan del dolor.

Así tu vida errante encontrará la prueba
De aquel que negó al Cristo cuando lo vió nacer.
No olvides que supiste que tienes corazón
Y que tu alma lleva lo mas bello de tu ser.

Te gustan?...

Don Horacio.—Sí, me gustan; no sé si al amigo Gustavo le gustan las poesías líricas.

Gustavo.—No, estos pensamientos no tienen nada de

líricos, tienen la candidez de la paloma y la sinceridad de la mujer.

Doña Trina.—Pero lo malo es, que ustedes creen que sale de mi plectro la música galante de esta inspiración.

Gustavo.—; Ah! y no es de usted?...

Doña Trina.—Desde que estoy metida en la política me ocupo poco de escribir. Solo admiro a los poetas; recito y leo cuando a mí llegan las dulces trovas que dan vida al corazón.

Don Horacio.—Y al cerebro enloquecen cuando falta la ilusión.

Gustavo.—Y todo eso tenía usted guardado para hoy?

Don Horacio.—No, no lo tenía guardado. es que de poetas y locos todos tenemos un poco.

Pancho.—(Que llega en ese momento) Señores, como estan ustedes? Mañana con seguridad tenemos que embarcarnos. Gustavo, tu estás listo?...

Gustavo.—Desde ayer tengo mis equipajes preparados. Yo no sé si Elías estará lo mismo. Pero entiendo que camarón que se duerme se lo lleva la corriente.

Pancho.—Doña Trina se quiere ir con nosotros?...

Doña Trina.—No haría ningún papel en el escenario político en que ustedes van a representar su papel de comediantes.

Gustavo.—Usted haría el mismo papel que los demás. Todos nos ajustaremos a las disposiciones emanadas del Presidente Coolidge.

Pancho.—Desde luego. Estos congresos nunca son nombrados por los pueblos. Son formados por los agentes que envían los gobiernos al punto de reunión.

Doña Trina.—Bien, pero de todos modos haría yo mal papel. Es mejor que ustedes se embarquen sin mi persona. Cumplan con el deber de compañeros. Si es verdad que los espíritus caminan irá el mío en unión a ustedes hasta la Habana.

Pancho.—Pues entonces me despido hasta mi regreso. Adios. Da sendos abrazos y se retira.

Gustavo.—Dentro de un rato debe venir Elías. Esperemos. Dígame una cosa Don Horacio. (aparte) Qué pasó con Martínez?...

Don Horacio.—Sencillamente dos cosas. Primero que se propasó en sus obligaciones y segundo que da órdenes como si él fuera el Presidente. Esa cuestión de Santiago fué provocada por él y Mario Fermin. Aunque fuese verdad que se le ordenara al Procurador de que hiciese una circular para el orden público; no fué con la única idea de embargar la tipografía que bajo la Dirección de Tolentino funcionaba. Pero como a veces hay que aceptar los procedimientos judiciales para no envolver o caer en nuevos procedimientos; cargué desde luego con la responsabilidad moral hasta tanto pasara la causa justificada del hecho. Sé que he violado el derecho social, el derecho del hombre, el derecho moral y toda clase de derecho. Pero como el derecho de la fuerza es mayor que todos estos, me oculté tras de él para defender la función regular de mi gobierno. Después, me acerqué a Martínez y le dije algunas pesadeces, lo que provocó su renuncia y retirada del gobierno.

Gustavo.—De modo que fué aceptada su renuncia inmediatamente?...

Don Horacio.—No, hasta ahora está en su puesto. Yo le supliqué posteriormente que sostuviera el nombramiento hasta el treinta.

Gustavo.—Usted tiene razón. Cada cual debe estar en su puesto. Traspasar los límites que le corresponde a cada uno en el círculo del gobierno es contribuir a la anarquía del conglomerado social.

Elías que llega.—Saludo a los tres.

Los tres.—Saludo.

Don Horacio.—Ya Pancho se despidió de nosotros.

Elías.—A eso vengo yo también. Mañana temprano partiremos.

Doña Trina.—Deaco que la virgen los acompañe.

Elías.—Muchas gracias. El 21 que es su día estare-

mos en la Habana. Gustavo, tu no vas a prepararte?...

Gustavo.—Yo estoy preparado desde ayer. Desde esta mañana estoy dándole lata a Don Horacio. (Saca el reloj) Son las doce, voy a retirarme.

Elías.—De modo que esperabas que llegara mi persona a saludarlos?...

Gustavo.—No, es que ya hace muchas horas que estoy lateando.

Doña Trina.—Lateando no, cambiando de impresiones políticas.

Elías.—Ahora sí, esa es la verdadera terminación o etimología de esta oración.

Gustavo.—Bien, entonces hasta la vuelta. Elías, nos veremos mas luego para combinar nuestra partida. Adios. (Un abrazo a Doña Trina y otro a Don Horacio).

Elías.—Despues de un rato de charla familiar, saca el reloj, es la una menos cuarto voy a preparar la toilet de costumbre. Adios. A la tierra que fueres haz lo que vieres. Sendos abrazos y parte.

Doña Trina.—Horacio, vamos a comer, la tarde avanza. Salen del salón de recepción y se dirigen al comedor. Luego despues de haber departido un rato; Danche y Virgilio: aquí estamos de nuevo. En que podemos servirles?

Doña Trina.—Esta tarde pensamos descansar. No se si mañana nos obligarán los amigos y amigas a compartir el día.

Danche.—Bueno entonces nos sentaremos en el balcon. Como a la seis, despues de algunas conversaciones campechanas se retiran los consecuentes servidores de Doña Trina.

Escena Octogésima Quinta.

Días posteriores.

Don Horacio.—Trina, voy a ver a Jacinto a ver como piensa respecto a su viaje y a la proposición que le hice en días pasados. Tu quieres ir conmigo?...

Doña Trina.—Bueno, iremos los dos, déjame cambiar de ropa. (Entra en su aposento, se cambia, se empolva y luego parten. Llegan donde Jacinto y tocan).

La sirvienta.—Esperen un momento, acaba de salir del baño, siéntense.

Jacinto.—(Sale y dice): ¡Oh!, ustedes por aquí?...

Doña Trina.—A ver como están los enfermos.

Jacinto.—Ya Vitalina está muy mejor. Muchas gracias.

Doña Trina.—No merecemos gracias, es deber que hay que cumplir.

Don Horacio.—Y tu Señora está levantada?...

Jacinto.—Si señor, ella está un poco ocupada, dentro de un rato aparecerá a su presencia.

Don Horacio.—Mientras esto sucede cambiemos algunas palabras. Primeramente quiero saber tu determinación con respecto a tu salida para la Habana, y segundo si será posible que seas un miembro activo del gobierno.

Doña Trina.—Pero por qué va a rehusar Jacinto estas cosas si él sabe perfectamente bien que se le estima en la casa Gris?...

Jacinto.—Si señora, las demostraciones no indican otra cosa. Pero ser miembro activo de una sociedad que gira a la buena voluntad de su amigo Chuchú... es ni más ni menos que caer en el abismo insondable de la desesperación. Los giros se falsifican, las letras de cambio resultan letras muertas y los bonos restan su valor completamente. De modo que esa sociedad por regla natural llegará a la quiebra si Dios no alumbró el camino que hasta la fecha está incierto.

Doña Trina.—No hay que hablar de Chuchú cuando en tus manos esté la dirección de esa sociedad política a la cual tu te refieres.

Vitalina.—Saludo, cómo están ustedes?... Acabo de salir del baño.

Doña Trina.—Estamos completamente bien, y tú?...

Vitalina.—Parece que el cambio de temperatura ha he-

cho en mi cuerpo un cambio general. En estos días me he sentido muy quebrantada a consecuencia de una gripe que ha desconcertado todo mi organismo. Pero ya estoy muy mejor.

Doña Trina.—A Dios gracias. Espero que no vuelvas a enfermar.

Vitalina.—Gracias.

Don Horacio.—Se van o no se van?...

Jacinto.—Mañana pienso salir para Puerto Rico. Voy por complacerlo. Yo sé que todo esto que usted me ofrece concluirá con mi llegada. O mejor dicho con mi regreso.

Doña Trina.—Y por qué esa seguridad en tu pensamiento?...

Jacinto.—Por qué?... Su esposo también lo sabe por qué es así mi pensamiento.

Don Horacio.—Bueno, doblemos esa hoja y dime si será posible tu concurso cuando vengas. Tengo que cambiar aunque no quiera la faz de la política presente.

Jacinto.—Estoy dispuesto a comulgar con esa hostia siempre que convenga a mis intereses. Le he dicho que si el cambio general se efectúa en el mes de febrero corriente seré su mejor amigo y su servidor consecuente.

Doña Trina.—Vitalina, ¿qué estás tomando para concluir la cura de tu enfermedad?

Vitalina.—Ahora estoy con el aceite de hígado de bacalao compuesto, en cápsulas.

Doña Trina.—;Ah!, esto es magnífico cuando es del francés.

Vitalina.—Precisamente, de ese es. A mi no me gustan las medicinas Americanas porque por lo regular son adulteradas o viejas.

Don Horacio.—;Ah!, conque así piensas tú?... Se lo voy a decir a Mister Coolidge cuando lo vea.

Doña Trina.—(Riéndose) pero esa es la verdad. Hasta la comida es adulterada en ese populoso país.

Jacinto.—No lo digan muy duro que pueden oír en

la calle y decirlo luego al Ministro Americano que es un buen amigo de nosotros.

Don Horacio.—Entonces camblemos de conversación que es lo mejor.

Vitalina.—Pero qué miedo le tienen ustedes a los yanquis!...

Jacinto.—No es miedo, es respeto. Y hay un proverbio que dice que en boca callada no entran moscas.

Don Horacio.—Jacinto tiene razón. Si yo hubiera sido un poco más discreto en mi política no hubiera llegado al colmo de la desesperación. Les voy a contar un cuento. Pues bien, este era un hombre que tenía dos hijitos. Uno se llamaba Chuchú y el otro Federiquito. Entre los dos disputaban la Dirección del Partido. Subió corriendo el primero por escalones discretos y se alzó con la limosna como el mejor limosnero. Después queriendo alcanzar el poder que aspiraba se colocó en la balanza sintiendo que ya pesaba un poco más que el primero. Luego alcanzó en su juego de discreto enamorado la pareja que de hoy es su más dulce consuelo. Pero el padre de estos dos niños tampoco los molestaba. Veía en ellos una torpeza la lucha de dos hermanos. Colocóse francamente entre los dos aspirantes é hizo que sucumbiera el segundo por ser mayor y más grande. Mas tarde, convencido Federiquito vió que su padre quería confundir sus esperanzas y se violentó contra él cayendo en la emboscada que Chuchú le había puesto el día de su retirada. Súplicas no valieron al padre de estos muchachos que en su imaginación tenían el lugar de su mandato. Así pasaron los días de nubarrones y luchas entre los dos que juzaban al gobierno dentro de la casa que vivían.

Jacinto.—¿Y posteriormente qué sucedió?...

Don Horacio.—Pues, sencillamente el padre terminó el juego que veía antes con placer. Ahora aplícate el cuento y dime qué debo hacer.

Jacinto.—Me gusta el cuento en principio. Pero el padre debió tener más energía y franqueza para envolver

en las redes a los dos hijos amados que querían el poder. No debe haber distinciones dentro de una familia que se quiera con amor.

Don Horacio.—Pues bien, eso es lo que yo quiero que comprendas y me ayudes a resolver. Los dos hijos siguen el juego y no hacen caso ni respetan el prestigio de su padre que los quiere convencer.

Vitalina.—Parece que Don Horacio está imitando a Lilla en sus cuentos?...

Doña Trina.—El no se deja caer. Desde que es Presidente se complace en que sus amigos lo oigan y también le cuenten.

Don Horacio.—Bueno, basta de lata. Los vecinos tienen hambre y quieren ir a comer.

Doña Trina.—Entonces hasta la despedida.

Vitalina.—Iremos a despedirnos mañana de los dos.

Don Horacio.—Abur, Jacinto.

Jacinto.—Abur, don Horacio.

Escena Octogésima Sexta.

Al día siguiente.

Llegada de Jacinto y su señora a la casa Gris. Saludo de costumbre y despedida familiar. Bajan, suben a su auto y marchan para el lugar de embarque. Allí un grupo de bellas y perfumadas flores esperan intranquilas la triste despedida de los dos amantes esposos. En tanto en la casa Gris se celebra la adquisición del jurisconsulto que en más de tres años había permanecido frente al gobierno alejado del escandaloso relajamiento político social. Esparemos el resultado de la última comedia de Don Horacio, para ver si concuerda con las ideas expresadas por el Delegado, en distintas ocasiones.

Danche.—Don Horacio, usted tiene que corregir ese asunto del Este. El Virgilio ese se cree con derecho a toda clases de insolencias, y los suyos, o mejor dicho el grupito que le acompaña tienen todo aquello como si fuera un

volcán en erupción. He sabido de fuente fidedigna que a Manuel de Jesús A. lo agredieron. Que el agresor es uno de los policías de servicio en aquel lugar. Que luego ha tenido que intervenir la Policía Nacional y que se yo cuantas cosas mas.

Don Horacio.—Todo lo sé. Ya di orden a Chapita para que ordene la salida de un Comandante que arregle aquello y reduzca a prisión a todo el culpable de esta intriga política. ¡Qué cansado me tiene Virgilio!,.... Si él supiera que yo tengo momentos que no sé ni lo que hago...! En estos días pasados salí para La Vega a intervenir también en un asunto parecido. El amigo José S. renuncia al cargo que tenía de la Policía y me manifestó que aquel ayuntamiento está dirigido por Juan José que alcanza a dirimir en su favor la mayoría para la elección de un nuevo comisario. Son tantos los comadreos que hay en este bendito pueblo que no se como conjurar el mal tan enormemente grande allí establecido. Esta división que ha hecho Chuchú en el Partido no ha sido del todo buena. Carece hasta de buen sentido práctico. El créese que habiéndose adelantado al progreso lento de los acontecimientos llegaría al colmo de sus aspiraciones. Pero no ha sido así; todo está tan embrollado que anárquicamente se sostiene un pujilato dentro de nuestro mismo Partido en contra de la marcha regular del progreso y sostenimiento del gobierno.

Danche.—¿Pero será seguro que aquello se ha convertido en una revolución provocada por los esfuerzos incorregible de ese necio muchacho que inconcebiblemente siguen algunos compueblanos?...

Don Horacio.—¿Tú recuerdas la vez aquella en que se envolvió en los hilos de la Planta Eléctrica?...

Danche.—Sí, lo recuerdo. Si usted no lo desenvuelve la electricidad de aquella Planta lo hubiera llevado a la eternidad. Pero su amigo Chucú lo salvó de caer para siempre en el abismo insondable del olvido.

Don Horacio.—Pues bien, en esta vez si vuelve a

caer en las redes de estos acontecimientos será una víctima más voluntaria que tendré en el libro de mis violentas arrancadas.

Danche.—; Y qué sabe usted de don Federico?... Se dice con mucha insistencia que está laborando para que no haya prolongación ni reelección. Que él ha sometido el asunto a la acción de la justicia y que comprobará que el Plan de Liberación se ha violado en todas sus partes. Que el abogado defensor de este asunto está tratando la cuestión en consejo de gobierno primeramente, antes de entrar en debates públicos. Que es posible que haya un gobierno provisional como el de Chicho para modificar la Constitución, la ley electoral y otras leyes adjetivas. Que ese gobierno llamará a elecciones para el año mil novecientos veintinueve; y que sé yo cuantas otras cosas más se dicen.

Don Horacio.—Sí, todo es verdad. Pero hay que agregar el cuento aquel de Lillis respecto a las gallinas y los mosquillos. Depende de la buena o mala voluntad de nuestros tutores como tu lo habrás leído en el discurso de mi amigo Coolidge y como habrás interpretado su manera de pensar respecto a todos estos pueblos pequeños de América. De modo que, esperemos tranquilamente sin que esto nos preocupe en nada la decisión espontánea de ese gigantesco gobierno de los Estados Unidos de Norte América. Quiero que no te olvides de que fuimos elegidos por cuarto año nada más. Que conforme las interpretaciones razonadas del amigo Gustavo y otros abogados, hemos querido experimentar si es posible la prolongación y reelección como ha sucedido en algunos países continentales. Desde luego, debo decirte que para mí habría sido de orgullo el continuar la obra emprendida hace ya cuatro años. Chuchú no se dió cuenta exacta de mi buena intención y provocó la división dentro de mi partido comprobando su ambiciosa pretensión de ser él el candidato a la Presidencia en el segundo período. Es verdad que yo cometí la debilidad de decirle que él sería el predilecto después de la

conclusión de mi administración. Pero él debió entender sin que esto se lo dijera nadie, que al que le dan recibe. Luego no quiso como tu lo has visto, entrar en el redil y me está haciendo la guerra con pólvora sorda. Gustavo, que no tiene aspiración a la Presidencia y que aspira a ser un buen consejero del gobierno, me ha comprometido a sostener esta comedia de intereses creados. Ahora me cuesta detener la marcha de la política de Chuchú enviándolo con representación al extranjero.

Danche.—Pero usted se comprometió con Chuchú?...

Don Horacio.—Sí, negar esto sería negar que la luna recibe la luz del sol. Pero negar que Chuchú se adelantó a los procedimientos políticos de la hora es una verdad incontrovertible. De ahí que resultara la espontánea negación de una parte bastante grande del partido para que no fuese desde hoy el candidato predilecto. Esto no quiere decir que yo no me ocupe en favorecerle tantas veces cuantas sean necesarias. Es un deber o un cumplimiento razonable el ayudarlo en todo cuanto sea posible. En política hay que sumar, nunca restar.

Doña Trina.—Danche, ¿qué piensas tú decirle a Lingberhg cuando llegue?....

Danche.—Como yo no soy orador le diré en dos palabras lo que tenga que decirle en muchas. Pero mejor es no decirle nada. En boca callada....

Doña Trina.—Entonces te voy a dar una composición de mi buena amiga Emilia Reynado para que la leas en el momento de la recepción.

Danche.—¡Ah!, ya eso es otra cosa! yo entiendo más de oír y darle cuenta de lo que ocurre que de retórica y poética. La política no es literatura ni poesía. Es chismografía compucata, dentro de un orden relativamente moral. Lo combrueba la confianza ilimitada que Don Horacio le presta a los amigos como yo.

Doña Trina.—Sí, tu tienes razón. Pero eso no es la política que salva los países. La política bien entendida es aquella que desprende una buena organización y presenta

ante los ojos de los buenos pensadores la original administración del conglomerado social. Esto nos enseña la filosofía y sociología moderna.

Danche.—Perfectamente. ¿Pero negará usted que los consecuentes servidores son los que sostienen los gobiernos y adulan a los mandatarios?...

Doña Trina.—Nó, no podría negar esto porque convertiría la casa Gris de Mansión en casa solariega.

Danche.—Entonces abundan mis razones.

Doña Trina.—Conforme. Pasemos de esta página, tú no la entiendes.

Don Horacio.—La política es conveniencias personales y con esto basta. Ahora a descansar y que esta conversación íntima que hemos tenido no salga a la luz pública como las demás.

Danche.—No tenga cuidado, las cosas que pasan en el hogar solamente las paredes las oyen. Hasta luego.

Los dos esposos.— Hasta luego.

Día cuatro de Diciembre a la una y cincuenta y dos.

Apareció en el espacio "El Espíritu de San Luis" aeroplano manejado por el mas hábil de los pilotos de los Estados Unidos de Norte América que supo alcanzar en Europa y en el nuevo mundo la satisfacción de sentirse ovacionado por la multitud que lo aclamaba. Todas las clases sociales fueron a recibir al piloto Carlos A. Lindbergh y a darle la bienvenida a esta ciudad primada de las Américas. Mas luego los saludos y presentaciones de estilo en Palacio Presidencial por los altos funcionarios del gobierno. Pero aquí no terminó la gran satisfacción del estimado aviador.

Doña Trina.—Lindy; tengo un mensaje de amor. Tu madre amorosa envía desde San Luis para tu frente un ósculo que en ondas espirituales vino a mi boca, para endulzar tu alma de paloma. Dame un abrazo y toma el beso cariñoso de mi boca, que desprendido del cáliz de la flor lejana reposará en tu frente como fecha imborrable de su historia. Cumple hoy veintiseis años y el sol de la espe-

ranza alumbraba tu camino para alcanzar mas y mas el cielo de tu gloria. Aquí tienes también esta medalla, que mis manos trémulas prenden en tu solapa y que el pueblo te ofrece como homenaje de la República Dominicana. Qué mas quieres?... Quieres otro abrazo y otro beso de mi parte?

Lindbergh.—No, estoy conforme y satisfecho con el primer beso, que es el primoroso beso de mi madre que no quiero borrar con otro beso. Gracias por la atenta complacencia de haber servido de médium entre la mujer que mas quiero y el humilde aviador que os la contempla.

Después... ya saben mis lectores lo ocurrido por las fiestas.

Escena Octogésima Séptima.

Día cinco.

Autos engalanados, y en la tarde en el Country Club distinguida concurrencia agasajaba al Coronel Lindbergh. Se bebió hasta que la buena voluntad de los allí presentes resolvieron la salida para la casa principal del Ayuntamiento. Luego allí, Ramon pronunció un discurso y dió la bien llegada a Don Carlos, poniendo las llaves de la ciudad en sus manos. Aquí terminó el medio día. En la noche el Centro Sirio fué visitado por don Carlos a las ocho y cuarto encontrando en este el mismo homenaje y la misma simpatía que en los demas centros sociales que hubo de visitar la paloma mensajera de paz como lo han bautizado algunos escritores Dominicanos. A las diez salió para el baile ofrecido en el Palacio Nacional conforme lo determinaba el reglamento de la fiesta. Estaba extraordinariamente bello. Parecía uno de aquellos Palacios imaginados que recuerdan las dulces horas de amor y los coloridos señoriales de los grandes Emperadores. En su entrada aparecía sobre el encoframiento de la puerta una linda ensartilla de bombillos eléctricos que a manera de luces multicolores alumbraban el semblante de las gentes. En

la escala por donde había de pasar el héroe, bellísimas flores adornaban el espacio que ocupaba, y bombillos diminutos regaban su luz al paso lento del amado. Las estatuarias iluminaciones de la galería que debía iluminar la hermosa estancia del navegante estaban llenas de palmas alegóricas y de concordantes florecimientos espirituales. El emparrado que ocultaba la luz de la luna en el espacio, parecía comunicarse con los colores que formaban los bombillos rojos, azules y blancos, semejando en la terraza la bandera nacional imaginada. El salón donde había diálaciones artísticas colgantes, figuraba la genialidad del héroe y la lógica y espontánea naturalidad del navegante que con la frescura de la juventud no hacía gala de su íntima satisfacción ni de su relevante conveniencia de labor, que engendra orgullo, envidia y gloria. "Este ha sido el homenaje mas grande que he recibido". Así dijo Carlos A. Lindbergh al terminar la fiesta y salió para Haití por la mañana. En tanto en Nicaragua se matan inocentes niños, mujeres indefensas, hombres viejos que ya pasan de seres ofensivos; y honrados libertadores de la patria que no gozan de libertad porque se esfuerzan por levantar la moral de los pueblos de las Américas junto con el valiente y desprendido General Cesar Augusto Sandino.

Escena Octogésima Octava.

En la aurora siguiente.

Doña Trina.—Horacio la mañana está muy fría. Pero los luminosos rayos del sol aparecen en el oriente, bañando nuestro balcon saturado de ese perfume que dá la naturaleza, para embellecer mas y mas el colorido misterioso que vemos a lo lejos. Compenetrémosnos de esta verdad natural y olvidemos los artificiales momentos de anoche y te convencerás de que todo pasa como un corto privilegio que nos da el Dios Omnipotente. Fíjate bien, no cambies la mirada. Arriba el cosmográfico sistema planetario. Abajo la risa, la bacanal suntuosa, la perfidia

de los hombres, la carcomida moralidad del envidioso, la emborrionada manifestación de los aduladores, el deseo vee-mente del relajo espiritual, la satisfacción del delincuente enervado con los placeres dimanados de su misma inmo-ralidad, el amigo que te engaña, que te profesa amor y solo es odio, la mujer enamorada de sus antojos que olvida su deber para recolectar tempraneras arrogancias de algun e-namorado y la terrible emboscada que preparan los que quieren alcanzar esta misma vida enloquecedora que pro-duce el vértigo amoroso de los amantes. Te fijaate bien en la del traje azul?... En aquella vestida de rojo que engalanaba su pecho con una hermosa francia del mis-mo color del traje?... En aquella otra que dejaba entre-ver la pantaletá amarilla junto al refajo esplendente que aparentaba guardar al medio cuerpo de sus muslos blan-cos?... Pues bien: esas eran dos mujeres atrevidas que jugueteaban en la sombra para inocular dentro del alma de aquel enamorado, el deseo de ocultar bajo el manto de la hipocresía su ambición amorosa, su interés perpi-caz y su enloquecido embrujamiento con los besos de la luz de sus ojos. Te fijastes también en el pasillo, junto a la puerta aquella que dá para el Ozama, en la vestida de blan-co que ocultaba su cuerpo bajo la tenue luz de las estre-llas?... Esa tambien se sentía celosa enamorada del ga-lante que a su lado solapadamente se envolvía con la som-bra negra que dejaba el movimiento activo de una nube que alejaba la claridad de la luna. Despues de esta or-gía mancomunada con los desperdicios que en aquel jar-din florentino se esfumaban, llegó la hora de partir y la misma pareja de aquel día se alejó de nuestro lado con su amante sin que en la noche pudiéramos volverla a ver. Estas son las cosas que pasan en la tierra. En el cielo.... solo Dios sabe lo que pasa en ese espacio azul del firma-mento.

Don Horacio.—He oído tus palabras llenas de belda-des infinitas. Pero te has olvidado de que el triunfo pa-sa como un soplo y la tempestatad de hora en hora nos visi-

ta. Hay que acortar los sufrimientos dejando que los hombres se corrompan, para poder llegar a comprender el valor viable que los adornan. Así de ese modo, nuestra vida será larga, cómoda y llena de placeres a medida de nuestras mejores aspiraciones. Comprendo perfectamente que muchas cosas de las que se hacen están enroladas en la morbosidad de las perversas ideas de los amigos que me rodean. Pero razonando, se ve claro la imposibilidad de un nuevo régimen con los sujetos que actualmente forman el engranaje de la maquinaria gubernativa. Tu eres mujer y por eso te apartas de la materia para moldear con tu sentimiento el pérfido relajamiento de esta sociedad que no se ajusta nunca al verdadero resurgimiento de la sociología moderna. Me has entendido?...

Doña Trina.—Sí, roguemos porque todo esto pase en el curso del año veintiocho. Que tus ideas resplandezcan como un sol en medio día sin manchas nubelescas que lo empañen, y que encuentres nuevos instrumentos que sirvan para talar la hierba mala que mata, que crece sin conciencia, sin amor, sin vergüenza y sin esperanza para la patria. Qué esperas de Chuchú, de Virgilio V. y de Reyna?... Estas hierbas son amargas, hay que arrancarlas de raíz para que no vuelvan a crecer en esta tierra. Te has dado cuenta de que mientras tu quieres detener la corriente contradictoria en tu gobierno, Chuchú se dirige a los amigos que lo siguen?... Qué todo cuanto hizo en tu favor te lo ha cobrado con creces para nublar el prestigio que adquiriste durante tantos años de labor?... Me has entendido?

Don Horacio.—Sí, esposa mía, esperemos a Jacinto. Este es quien debe colocar la piedra filosofal de nuestro bienestar. Ya Martín está conteste con los procedimientos que se han de llevar a cabo y en combinación con el hombre que ha dado la nota mas alta en la conferencia que se celebra en la Habana.

En eso llega Danche y dice: Don Horacio, hace un momento me dijo un amigo que en la puerta de la Conta-

duría estaba conversando con Chuchú, que él le había dicho que no creyera en las palabras de usted porque todas eran inciertas. De modo que, fíjese como piensa Chuchú de un amigo que lo ha levantado de la nada, de un amigo de confianza que supo hacerlo un político de altura en la sociedad, un distinguido en la casa Gris y un interesado en las cuciones ocultas del gobierno.

Doña Trina.—Acabo de hablar con Horacio respecto al incumplimiento del que ayer se llamaba el distinguido de la estancia. Parece que esto viene a justificar la advertencia que le he hecho en distintas ocasiones y el porqué de mi inteligencia respecto a las travesuras de Chuchú. Pero con razonadas explicaciones me ha dejado convencida de que los procedimientos violentos solo se usan cuando no se puede hacer otra cosa.

Don Horacio.—Si, esperemos algunos días mas. En el mes de Marzo habrán grandes resoluciones gubernativas, y, para eso es preciso colocarse en un punto que nos dé clara luz para poder ver el resurgimiento de la nueva política que indudablemente corresponderá al movimiento envolvente que quiero establecer. No hay que apurarse por lo que diga y haga Chuchú. Este es un muchacho malcriado que tiene derecho a insolencias. Pero cuantas veces yo lo llamo viene a recibir su regaño sin que sirvan de mortificación para él mis palabras. Con raras excepciones así son todos mis buenos servidores y amigos. Esa es la política moderna que nos dejaron nuestros hermanos del Norte durante su permanencia en esta tierra de promisión que Dios guarde eternamente.

Danche.—Perfectamente, yo no he querido mas que ponerlo en conocimiento de lo ocurrido y de lo que pueda ocurrir mas luego. Usted sabe que tratándose de su persona yo soy el primero en llegar a la casa Gris.

Don Horacio.—Bien, entonces en recompensa de eso, te haré nombrar en comisión junto con mi amigo Virjilio para la organización del festival carnavalesco que a fines de mes se llevará a cabo. Tengo mucho interés en que

Enriquito acepte el nombramiento de... Cómo le dicen a eso?...

Danche.—A qué Don Horacio?...

Don Horacio.—Hombre a eso que sirve de primer galanteador de la Reyna.

Danche.—!Ah! ya recuerdo. Usted quiere decir el Chambelán.

Don Horacio.—;Eso es!

Danche.—Pues bien, no tenga cuidado que yo me acercaré a él para convencerlo del deseo que usted tiene. Yo entiendo que no se negará puesto que de modo alguno hay compromisos políticos en eso. Le hablaré en nombre de su distinguida amiga Blanca. Las cosas hay que saberlas introducir. Yo sé perfectamente que al amigo Enriquito le gustan todos estos festivales. Hace años, allá en los tiempos de Lilia, cuando apenas tenía yo ocho o nueve años era un gran entusiasta. Supongo desde luego que eso se pierde con los años y con el malestar económico. Pero como él es un hombre de grandes dotes intelectuales y su corazón está aun joven todavía, no podrá rehusar la invitación que espontáneamente le hace usted en nombre de su estimada Blanca. En cuanto a su plectro no hay que hablar. Es un buen poeta, sabe cantar como aquellos de la edad media, sostiene el lenguaje armónico de un galán enamorado, dulcificando siempre el suspiro cadencioso que sale de lo mas hondo de su alma envuelto en las espirales que se forman de la sustancia química que surge en humo capiritual.

Doña Trina.—;Hola! donde tenías todo eso guardado?

Danche.—En mi casco, que algunos creen que lo tengo de avellana vacía. Como muy bien dice Don Horacio, de poetas y locos todos tenemos un poco.

FIN. del 2º

Worlds Of A. FERNANDEZ SPENCER 1991

